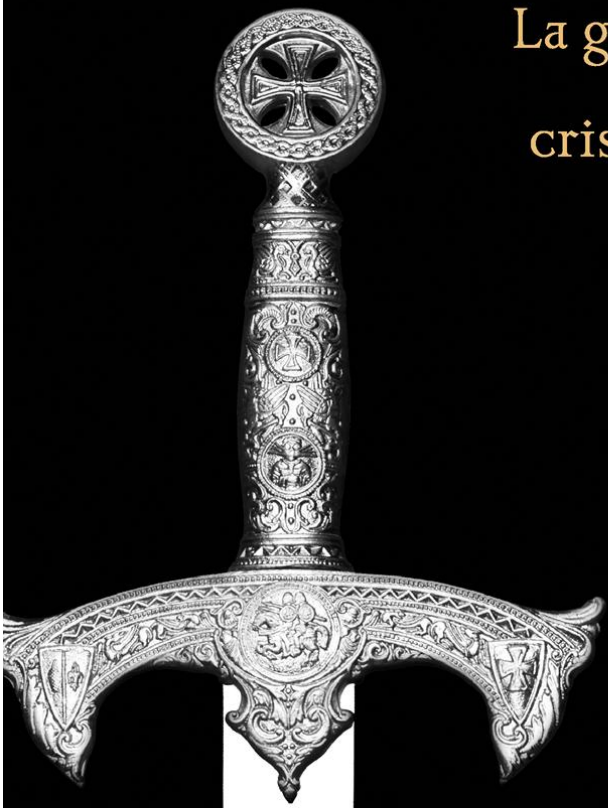
Las cruzadas

Fernando Arias Guillén

La guerra santa cristiana

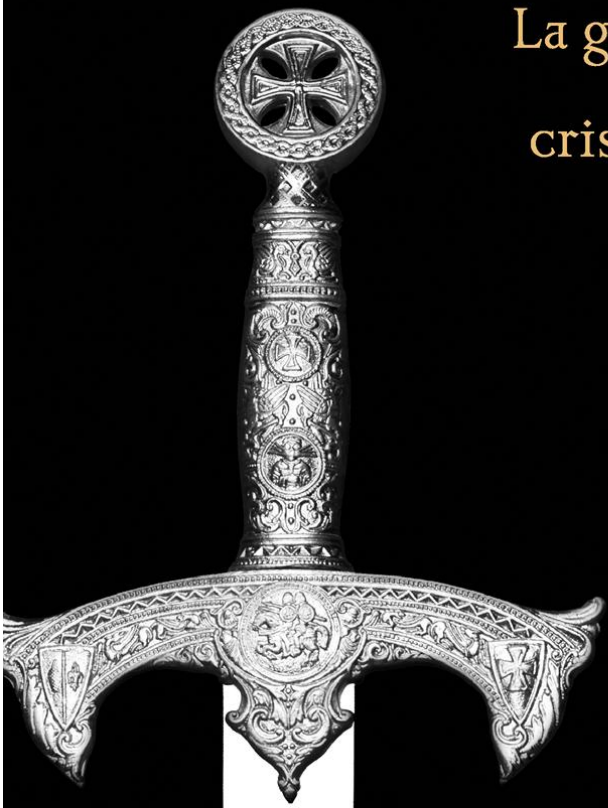


CATARATA

Las cruzadas

Fernando Arias Guillén

La guerra santa cristiana



CATARATA

Las cruzadas

Fernando Arias Guillén

La guerra santa cristiana

CATARATA

Índice

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN. EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO: ¿QUÉ FUERON LAS CRUZADAS?

La importancia del número: ¿cuántas cruzadas hubo?

¿Por qué fueron los cruzados?

CAPÍTULO 1. EL MUNDO ESTÁ CAMBIANDO, EUROPA, EL MEDITERRÁNEO Y PRÓXMO ORIENTE EN EL SIGLO XI: EL ORIGEN DE LAS CRUZADAS

No siempre hay que poner la otra mejilla: el papado, la reforma gregoriana y la idea de cruzada

El mundo musulmán en el siglo XI: la división que amenaza con la destrucción

¿La llamada de Oriente? El Imperio bizantino y el origen de las cruzadas

CAPÍTULO 2. EL ACONTECIMIENTO MÁS IMPORTANTE DESDE LA RESURRECCIÓN. LA PRIMERA CRUZADA (1095-1099)

Lo que Dios quiere y quién está dispuesto a hacer algo: Clermont (1095) y la respuesta de la Europa feudal

Al servicio de Dios y del emperador: Constantinopla, Nicea y la marcha por Anatolia (1096-1097)

Una nueva Troya: Antioquía y el destino de la Primera Cruzada (1097-1098)

Tomar el cielo por asalto: la conquista de Jerusalén y el final de la Primera Cruzada (1099)

CAPÍTULO 3. EL REINO DE LOS CIELOS. LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS LATINOS DE ULTRAMAR

Un Estado feudal en Próximo Oriente: la creación del Reino de Jerusalén

¿Un Estado-guarnición? Los francos y la diversidad social y cultural en Tierra Santa

La milicia que no actúa con malicia: las órdenes militares

¿Destinado a desaparecer? La resistente fragilidad del Reino de los Cielos

El Señor del cielo está perdiendo sus tierras: la conquista musulmana de Edesa (1144)

CAPÍTULO 4. DEFENDER LO QUE CON ESFUERZO CONSIGUIERON VUESTROS PADRES, LA SEGUNDA CRUZADA (1145-1149)

La cruzada contra los vendos (1147): nuevas ideas y viejas soluciones

Cruzados asalariados: las conquistas de Lisboa, Almería y Tortosa (1147-1148)

Pueblos vacíos y reyes cruzados: la organización de la Segunda Cruzada (1145-1147)

Tensión en Constantinopla, desastre en Anatolia y fiasco en Damasco: el fracaso de la Segunda Cruzada (1147-1149)

CAPÍTULO 5. LA LUZ Y LA RECTITUD DE LA FE. SALADINO, LA UNICÓN DEL MUNDO MUSULMÁN Y LA CRISIS DEL REINO DE JERUSALÉN

Nur al-Din y Saladino: una yihad para atraerlos a todos

El Reino de los Cielos en peligro: la batalla de Hattin y la conquista de Jerusalén (1187)

CAPÍTULO 6. A LAS PUERTAS DEL APOCALIPSIS, LA TERCERA CRUZADA (1187-1192)

Escuchando a la Divina Providencia: la organización de la Tercera Cruzada (1187-1189)

Acre, destino de todas las naciones cristianas bajo el firmamento (1189-1191)

La cruzada de Ricardo Corazón de León: fe, honor y crímenes de guerra (1191-1192)

CAPÍTULO 7. "EL MAYOR CRIMEN CONTRA LA HUMANIDAD". LA CUARTA CRUZADA (1202-1204)

El precio de la fe: los problemas de organización y financiación de la Cuarta Cruzada

Yo no he venido aquí a matar cristianos: de Venecia a Zara y de allí a Constantinopla (1202-1204)

Detestados como perros: las consecuencias de la Cuarta Cruzada

CAPÍTULO 8. INOCENCIO III Y LA REINVENCIÓN DE LAS CRUZADAS EN EL SIGLO XIII

Un reino de reinas: el Reino de Jerusalén (o de Acre) y Próximo Oriente a principios del siglo XIII

Las nuevas cruzadas de Inocencio III: la implicación de la retaguardia

Con novedad en el frente: las cruzadas en el Báltico y la península ibérica en el siglo XIII

Más malvados que los sarracenos: la cruzada albigense (1209-1244)

Niños y no tan niños: la pervivencia del carácter popular de la cruzada

CAPÍTULO 9. EL CAMINO DE JERUSALÉN PASA POR EGIPTO. LA QUINTA CRUZADA (1217-1221)

¿Dirigidos desde la guarida de su gran tirano? El papado y la organización de la Quinta Cruzada

Los límites de la poderosa mano de Dios: la conquista de Damieta y el desastre de El Mansurá (1218-1221)

Esperando a Federico: disensiones, profecías y la explicación de la derrota

CAPÍTULO 10. EL ANTICRISTO RECUPERA JERUSALÉN PARA LA CRISTIANDAD, LA "SEXTA CRUZADA" (1225-1229) Y EL CANTO DE CISNE DE LOS ESTADOS DE ULTRAMAR

Ganar Jerusalén en los despachos: la cruzada diplomática de Federico II (1225-1229)

Lo que la diplomacia te da la diplomacia te lo quita: la cruzada de los barones (1239-1241) y el desastre de La Forbie (1244)

CAPÍTULO 11. LA PASIÓN DE SAN LUIS. VIVIR Y MORIR POR LA CRUZADA EN EL SIGLO XIII

Un reino al servicio de Dios: la organización de la Séptima Cruzada (1245-1248)

Otra vez mordidos por la serpiente: la Séptima Cruzada como repetición de la quinta (1249-1254)

En busca de oro y almas: Túnez y la Octava Cruzada (1270)

Otra manera de llegar a Jerusalén: san Luis y la cruzada como imitación de Cristo

CAPÍTULO 12. EL RUGIDO DEL LEÓN. MONGOLES, MAMELUCOS Y LA DESAPARICIÓN DE LOS ESTADOS LATINOS DE ULTRAMAR (1291)

Escondidos en sus madrigueras: la tormenta mongola se abate sobre el mundo islámico

Mejor que 300 hijos: Baibars y el ascenso de los mamelucos (1250-1265)

¿Dónde está el Dios de los cristianos? El final de los Estados latinos de Ultramar (1265-1291)

CAPÍTULO 13. DESPUÉS DE ACRE, LAS CRUZADAS DURANTE LA BAJA EDAD MEDIA (SIGLOS XIV-XV)

Hacer la cruzada por inercia: la orden teutónica y la cristianización del Báltico

Católicos y muy católicos: los reyes de Castilla y el fin de al-Ándalus

Herejes o piratas: el destino de las órdenes militares tras la caída de Acre

¿Y ahora qué? Los proyectos para recuperar Tierra Santa en el siglo XIV

Otomanos, faisanes y viajes mesiánicos: la vigencia de la cruzada en el siglo XV

EPÍLOGO. EL MONUMENTO MÁS NOTABLE A LA ESTUPIDEZ HUMANA: HISTORIA Y MEMORIA DE LAS CRUZADAS

MAPAS

BIBLIOGRAFÍA

Fernando Arias Guillén

Profesor de Historia Medieval en la Universidad de Valladolid. Anteriormente, desarrolló su carrera académica en el CSIC, la Universidad de St Andrews (Reino Unido) y la Universidad del País Vasco. Su línea de investigación se centra en el análisis del poder regio en los siglos XIII y XIV y en la guerra durante la Edad Media.

Fernando Arias Guillén

Las cruzadas

La guerra santa cristiana

Diseño de cubierta: PABLO NANCLARES

© Fernando Arias Guillén, 2024

© Los libros de la Catarata, 2024

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Las cruzadas.

La guerra santa cristiana

isbne: 978-84-1352-966-0

ISBN: 978-84-1352-902-8

DEPÓSITO LEGAL: M-1.630-2024

thema: NHT/NHWA/NHDJ

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Para Anna y Santiago.

Agradecimientos

Además de los muchos historiadores e historiadoras que han trabajado sobre las cruzadas y cuyas obras aparecen en la bibliografía final, hay otras personas sin las que este libro no habría sido posible. En primer lugar, quiero darles las gracias a Arantza Chivite y a todo el equipo de Catarata por su excelente trabajo y por sus correcciones, consejos y sugerencias, que han mejorado la obra. A lo largo de estos meses, numerosos colegas han compartido su tiempo y sabiduría para hablar, escuchar y debatir sobre este tema, lo que ha resultado de gran ayuda. En esta larga lista, en la que tal vez haya alguna ausencia por descuido, no por falta de agradecimiento, debo incluir a Ana Rodríguez, Mario Lafuente, Carlos Laliena, Mariña Bermúdez, Vicent Royo, Sandra de la Torre, Pablo Poveda, Ekaitz Etxeberria, Guillermo Tomás, Luísa Tollendal, Antonio Merino y, sobre todo, a mi esposa, Anna Peterson. De manera especial quiero reconocer la generosa ayuda de Gema Rayo, quien se leyó el primer boceto de este libro y cuyos agudos y certeros comentarios y sugerencias han resultado fundamentales para completar la obra. A Juan Sisinio Pérez Garzón debo agradecerle tantas cosas que no sabría por dónde empezar. En este caso concreto, quiero darle las gracias por haberme embarcado en esta empresa y por sus certeros y estimulantes comentarios tras leer el manuscrito, que han sido enormemente valiosos. Los mapas que acompañan el texto fueron realizados, como es habitual, por Rubén Cascado, a quien ya no tengo palabras para expresar mi deuda y agradecimiento con él. Finalmente, quiero darle las gracias a mi familia por todo el apoyo, cariño y amor que siempre me ha mostrado. El poder compartir con ellos una obra que he disfrutado tanto escribiendo la hace todavía más especial.

Introducción

En el principio era el verbo:

¿qué fueron las cruzadas?

Las cruzadas fueron una invención del papado medieval, pero han tenido una larga y contradictoria memoria en nuestra cultura política. Estas campañas representaban, al mismo tiempo, el fanatismo religioso de la Edad Media o el ideal caballeresco de este periodo y han servido para justificar todo tipo de acciones políticas, desde el mandato francés en Siria tras la Primera Guerra Mundial hasta la invasión norteamericana de Afganistán en 2001. Incluso Francisco Franco disfrazó de cruzada su sublevación ilegal contra el Gobierno de la República al que había jurado lealtad.

Más allá de las distintas y conflictivas memorias que han generado a lo largo de los siglos, las cruzadas son un tema fascinante por sí mismo que permite observar los cambios en la política, sociedad, economía, religión y cultura de Europa y el mundo mediterráneo durante los siglos medievales. Es por ello por lo que este tema sigue cautivando a los historiadores y generando miles de estudios. En el presente libro se hará referencia únicamente a las obras fundamentales y a los trabajos recientes más significativos, aunque el lector debe ser consciente de que, si quiere profundizar aún más sobre las cruzadas, tiene ante sí océanos de papel (o de bits digitales) a su disposición, desde revistas especializadas hasta colecciones que se dedican en exclusiva a este tema.

Todo esto provoca que las cruzadas resulten enormemente familiares y, al mismo tiempo, cueste muchísimo definirlas. Ese mismo problema tuvieron los contemporáneos que las vivieron o padecieron. Los autores de época medieval usaban los términos iter (viaje), expeditio (expedición), peregrinatio (peregrinación) o passagium (pasaje), combinados con Jerusalén, Tierra Santa o el Santo Sepulcro, para referirse a estas expediciones. La palabra cruzada apareció por primera vez en algunas lenguas romances a principios del siglo XIII (y en latín o inglés más tarde aún), mucho después de que las cruzadas en sí ya hubieran comenzado, y su uso nunca fue tan común como los anteriores términos. Por otra parte,

aunque el acto de tomar la cruz, consistente en bordarse una cruz de lana sobre la ropa en el hombro, se convirtió desde el principio en símbolo de los que hacían el voto de cruzada, el término crucesignatus (cruzado) no se utilizó de manera habitual hasta finales del siglo XII.

Pese a ello, había una serie de elementos que hacían las cruzadas reconocibles para los hombres y mujeres de la Edad Media. La idea de una guerra santa de carácter penitencial (algunos autores gustan de usar el término peregrinación armada, aunque pueda parecer un oxímoron) en defensa de la cristiandad por la que la Iglesia concedía gracias espirituales ofrece una definición operativa, pero tampoco está exenta de problemas. A fin de cuentas, las cruzadas significaban cosas distintas a los grupos o individuos que las promovieron o participaron en ellas. Estas expediciones reflejaban, al mismo tiempo, el expansionismo de la cristiandad latina, las ambiciones papales, un deseo de reforma religiosa, el ideal caballeresco de los nobles y prácticas devocionales que resultaban enormemente familiares a todos los sectores de la sociedad cristiana de la época. Además, la naturaleza de estas empresas mutó al mismo tiempo que la sociedad medieval que las originaba fue cambiando. Así, las cruzadas reflejaron el mundo feudal del siglo XII, el fortalecimiento de las monarquías del XIII o la crisis del papado en las centurias bajomedievales (Tyerman, 1998: 5-6).

Durante mucho tiempo, el destino de estas expediciones constituía un elemento clave para definir las cruzadas. Así, se consideraba que solo las campañas que se dirigían a Jerusalén, Tierra Santa o los alrededores (como se verá, esta cuestión fue cada vez más flexible) podían ser denominadas como tales. Sin embargo, a día de hoy predomina entre los historiadores la que se conoce como visión institucionalista o universalista, en la que se acepta que una cruzada era cualquier campaña promovida por el papado en la que se concedían gracias espirituales a través de una bula. Esta delimitación tampoco es perfecta, como el emperador Federico II demostrará en el capítulo 10, pero permite ofrecer una mirada más amplia que incluya las cruzadas en la península ibérica y el Báltico, las campañas contra herejes o las mal llamadas cruzadas políticas. El origen y contexto en que se desarrollaron estas cruzadas eran distintos a los de las expediciones que se dirigieron a Jerusalén,

pero los contemporáneos las reconocieron como tales a pesar de sus particularidades. Esta obra se centrará en las campañas tradicionales, pero no se olvidarán otros escenarios cruzados ni se terminará la narración en 1291, con la caída de Acre y la desaparición de los Estados latinos de Ultramar.

La importancia del número:

¿cuántas cruzadas hubo?

La numeración de las cruzadas refleja esta visión tradicional, pues solo las expediciones dirigidas a Tierra Santa tuvieron el honor de recibir un ordinal. Si se contabilizaran todas, el cómputo superaría con facilidad la centena (Lock, 2006: 3-136), pero desde el siglo XVIII el canon se estableció en ocho y esta cifra sigue gozando de enorme popularidad.

Este número es una convención muy aceptada, pero también resulta discutible. La predicación de la cruzada de 1145 giró alrededor del recuerdo mitificado de la exitosa campaña de 1095-1099, por lo que fue conocida como la Segunda Cruzada, borrando las expediciones que se produjeron en las cuatro décadas anteriores. La exitosa aventura de Federico II en 1228-1229 a veces es considerada como la Sexta Cruzada y, en otras ocasiones, una continuación de la Quinta, lo que altera la numeración de las posteriores. De manera similar, el periplo del príncipe Eduardo de Inglaterra por Tierra Santa en 1271-1272 ha sido calificado de manera ocasional como la Novena Cruzada, no parte de la Octava. Este cómputo, además, oculta empresas de bastante calado, que al ser puestas en valor por los historiadores posteriormente, han tenido que contentarse con un apellido, como la cruzada alemana (1197-1198) o la cruzada de los barones (1239-1240) (Tyerman, 2004: 42-45). En la actualidad, cada vez se usa menos el ordinal después de la Quinta Cruzada, pero a lo largo del libro se hará referencia a estas ocho campañas por la familiaridad que ofrece este número.

¿Por qué fueron los cruzados?

La definición y la propia naturaleza de las cruzadas han suscitado un enorme debate, pero la motivación de los participantes que marcharon a Jerusalén es seguramente la pregunta más difícil de responder. De manera un tanto simplificadora, esta cuestión se puede plantear así: ¿las cruzadas a Tierra Santa respondían a un estímulo religioso o la fe fue un mero pretexto para legitimar conquistas territoriales?

Hasta hace un par de décadas, el deseo de enriquecimiento predominaba a la hora de explicar las cruzadas. Sin embargo, en la actualidad hay una mayor tendencia a enfatizar el elemento ideológico (religioso) como principal impulso de las expediciones a Tierra Santa, no así las del Báltico o la península ibérica (Riley-Smith, 2003: 153). Frente a la imagen de una Europa expansionista liderada por una legión de ambiciosos hijos segundones de la nobleza, quienes buscaban oportunidades para labrar su fortuna fuera de casa a base de espadazos, se ha puesto de manifiesto que las cruzadas ofrecían una dudosa capacidad de enriquecimiento. Los participantes debían endeudarse para poder costear un viaje largo y peligroso en el que las posibilidades de lucro eran remotas. Además, muchos de los participantes en estas empresas volvieron a sus hogares tras completar su peregrinación, incluso si esta fue exitosa. Los intereses materiales, por supuesto, estuvieron siempre presentes, pero resulta imposible deslindarlos de la motivación religiosa, pues los propios contemporáneos no establecían dicha diferenciación. Incluso en el caso de las ciudades-Estado italianas, como Venecia, Génova o Pisa, a las que tradicionalmente se asocia con los intereses más espurios, no había contradicción alguna entre sus ambiciones comerciales y su genuina devoción cristiana.

La pregunta puede parecer, por tanto, irresoluble, pues las motivaciones de los hombres y las mujeres que participaron en las cruzadas fueron complejas o incluso podrían resultar contradictorias

a día de hoy. Sin embargo, se pueden ofrecer otras ideas para superar (o, mejor dicho, complementar) esa dicotomía. Por un lado, se ha mostrado la importancia fundamental de las tradiciones familiares y la movilización que hacían los nobles de sus redes de vasallos y parientes en la composición de los ejércitos cruzados. Es decir, hacer voto de cruzada estaba estrechamente asociado a la identidad familiar de muchos linajes aristocráticos. Al mismo tiempo, esta decisión activaba una serie de mecanismos políticos y sociales que implicaban a decenas, centenares o incluso miles de personas en la empresa, por lo que sus motivaciones o capacidad de decisión resultan difíciles de conocer. Por otra parte, centrar la atención en el prestigio que otorgaba participar en estas campañas puede ofrecer una respuesta algo más satisfactoria. El reconocimiento social que desde el primer momento se confirió a los participantes en esta empresa, sobre todo por el éxito de la mitificada Primera Cruzada, constituiría un aliciente innegable para tomar la cruz. En consecuencia, la experiencia de los cruzados y la memoria que los contemporáneos crearon sobre estas campañas ya en la propia Edad Media se han convertido así en temas predilectos para los historiadores en la actualidad y aparecerá de manera recurrente en estas páginas (Cassidy-Welch, 2016: 4).

Finalmente, hay que tener en cuenta que, aunque las cruzadas nacieron en el seno de la cristiandad latina, en Europa occidental, no se puede conocer su origen y desarrollo sin la perspectiva del Imperio bizantino y del mundo musulmán. El llamamiento del papa Urbano II en Clermont en 1095 a recuperar los santos lugares dio inicio a las cruzadas, pero para explicar por qué se produjo, hace falta posar la mirada más allá de Francia o Roma y dirigirla también hacia el Mediterráneo oriental.

Capítulo 1

El mundo está cambiando. Europa, el Mediterráneo y Próximo Oriente en el siglo XI: el origen

de las cruzadas

La Europa del siglo XI era un mundo rural. El campesinado, que constituía la mayoría de la población europea del momento, trabajaba las tierras y vivía bajo la justicia de una pequeña élite laica y eclesiástica que poseía la principal fuente de riqueza de este momento y además tenía el monopolio sobre el uso de la violencia. Los castillos que caracterizaban el paisaje de la época tenían una función militar, pero, sobre todo, simbolizaban el dominio sobre el territorio y sus habitantes.

La situación no siempre había sido así: en los primeros siglos medievales había más campesinos propietarios de sus tierras y más hombres libres que gozaban de una serie de derechos. Por otra parte, este aumento de las desigualdades e intensificación del dominio aristocrático posiblemente fuera una de las principales causas del crecimiento económico que el Occidente medieval empezó a experimentar en torno al año 1000. El aumento de tierras puesta en cultivo, el desarrollo de mejoras técnicas y tecnológicas o incluso un clima favorable, caracterizado por inviernos suaves y veranos cálidos (pero no tanto como los de la actualidad), auspiciaron también el enorme impulso demográfico y económico que caracterizó a este periodo (Wickham, 2017: 36-40).

La Europa feudal era, por tanto, un mundo en expansión. La actividad comercial y artesanal se multiplicó a partir del siglo XI, reflejada en una mayor circulación de moneda, a la vez que resurgieron las ciudades. El norte de Italia y Flandes se convirtieron en los principales focos urbanos y económicos de la época, pero en Francia, Inglaterra, el Imperio, la península ibérica y en el resto de la cristiandad latina también se desarrollaron importantes urbes y se multiplicó la producción artesanal y el comercio. Ciudades italianas como Venecia, Génova o Pisa comenzaron a establecer redes de intercambio por todo el Mediterráneo, fenómeno que se multiplicaría a partir de las cruzadas. Al mismo tiempo, las

comunas italianas empezaron a experimentar con nuevas formas de gobierno, creando ciudades-Estado controladas por la oligarquía local que gozaban de enorme autonomía política o incluso repúblicas independientes, como Venecia.

En el resto de Europa, estas ciudades formaban parte de un mundo de monarquías feudales que se caracterizaba por la atomización del poder. El rey encabezaba una compleja red de relaciones personales basadas en el vasallaje, el honor y la reciprocidad, en las que, a cambio de una concesión de tierra (feudo), un individuo se comprometía a servir a su señor. Este servicio tenía una naturaleza fundamentalmente militar y resultaba muy caro de mantener: la caballería pesada constituía el elemento clave para hacer la guerra en este periodo, lo que convirtió la práctica bélica en patrimonio de una pequeña élite. La aparición del ideal caballeresco y una conciencia de linaje cada vez más acusada contribuyeron, a su vez, a la conformación de la nobleza, un grupo hereditario que justificaba así su preeminencia social, económica y política.

En los siglos plenomedievales las monarquías afirmaron su control sobre el territorio, incrementaron su capacidad militar, desarrollaron un aparato burocrático cada vez más complejo y con mayores atribuciones judiciales y aumentaron sus recursos a través de impuestos. No obstante, este fortalecimiento del poder regio se asentaba sobre este complejo entramado feudal compuesto por nobles, ciudades y la Iglesia.

Al mismo tiempo, a partir del siglo XI la cristiandad latina comenzó un proceso de expansión que daría lugar a la formación de Europa. A través de una combinación de conquista, colonización y cambio cultural, el modelo político, social, económico, religioso y cultural de la cristiandad latina, surgido en los territorios herederos del Imperio carolingio (Francia, parte occidental de Alemania y norte de Italia), se extendería por (casi) todo el continente. La colonización inglesa de las islas británicas, la expansión de los reinos cristianos en la península ibérica o la cristianización de Escandinavia y el centro y este de Europa serían resultado de este proceso (Bartlett, 2003: 15-18). Del mismo modo, las cruzadas fueron fruto de esta expansión de la cristiandad latina y de los cambios que estaba experimentando la Iglesia católica en este

momento.

No siempre hay que poner la otra mejilla:

el papado, la reforma gregoriana

y la idea de cruzada

En la segunda mitad del siglo XI comenzó un proceso de renovación de la Iglesia católica conocido como la reforma gregoriana. Estos vientos de cambio buscaban sanear las costumbres del clero, sobre todo para acabar con el nicolaísmo, el matrimonio o concubinato de los clérigos, una práctica muy extendida y que el papado llevaba (y lleva) siglos tratando de combatir. El otro gran objetivo consistía en la lucha contra la simonía, la compra-venta de cargos eclesiásticos. Este ideal se traducía en evitar que los nombramientos dependieran de los poderes laicos, cuestión muy espinosa por el poder político y económico derivado de ellos. Los obispos eran miembros de la aristocracia del reino y los monasterios eran considerados instituciones privadas de las familias nobles que los fundaron y dotaron, por lo que nombraban a sus abades y abadesas, muchas veces miembros de su propio linaje, para controlar sus inmensos patrimonios.

Junto a estos cambios, el papado aspiraba a convertirse en la cabeza indiscutible de la fe católica, tanto desde el punto de vista organizativo como doctrinal. Roma tenía un prestigio evidente asociado a la figura de san Pedro, pero el gobierno de la Iglesia había adoptado un modelo conciliar en sus inicios. Por otra parte, en la Europa feudal del siglo XI los obispos gozaban de amplia independencia en sus diócesis. El carisma de algunos pontífices, como san Gregorio Magno (r. 590-604), les había permitido ejercer cierto liderazgo en la cristiandad, pero no había tenido continuidad. La mayoría de los papas dependieron de distintos poderes (la oligarquía de Roma o los emperadores bizantinos, carolingios u otónidas) hasta que consiguieron autonomía en la segunda mitad del siglo XI, cuando los nombramientos empezaron a recaer en el

Colegio de cardenales.

El pontífice Gregorio VII (r. 1073-1085) es la figura que ha dado nombre a este fenómeno por la elaboración del Dictatus papae (1075) y, sobre todo, por su enfrentamiento con el emperador Enrique IV, que fue conocido posteriormente como el Conflicto de las Investiduras (1076-1122). Aunque los impulsos reformistas tenían un origen anterior y no procedían únicamente del papado, merece la pena mantener el apellido "gregoriana" para diferenciarla de otras reformas de la Iglesia, sobre todo la que se escribe con mayúscula.

Tras la reforma, aunque los poderes laicos siguieron teniendo una enorme influencia en los nombramientos de cargos eclesiásticos, se consolidó el principio teórico de la elección por las propias comunidades religiosas, la conocida como libertas ecclesiae (libertad de la Iglesia). Con el tiempo, Roma además consiguió garantizarse la capacidad de ratificación de dichas elecciones y la transferencia de parte de las rentas eclesiásticas a la Santa Sede. A lo largo de la Plena Edad Media se configuró una "monarquía papal" en la que Roma se aseguró la obediencia de las instituciones eclesiásticas de toda la cristiandad latina. A través de la emisión de bulas y actas de concilios, el pontífice tenía el poder de tomar decisiones de tipo doctrinal y administrativo. A su vez, el desarrollo de una red de legados papales contribuía a difundir e implementar las órdenes de la Santa Sede a lo largo y ancho de Europa (Ayala, 2016: 127-148).

Junto a esta centralización interna de la Iglesia católica, el papado reformista aspiraba a liderar la cristiandad latina en su conjunto, legitimando e influyendo las acciones políticas de los poderes laicos. La fortaleza económica y el prestigio de la Santa Sede, junto a diversos instrumentos, como la diplomacia o la emisión de bulas que permitían que la realeza europea continuara realizando matrimonios consanguíneos entre sí, contribuyeron a que Roma jugara un papel clave en la política del continente. La declaración de cruzadas constituía la acción más visible de este liderazgo papal sobre la Europa feudal, aunque, como se verá, el control de estas campañas no estuvo nunca completamente en manos del papado.

La convocatoria de la Primera Cruzada en 1095 fue una decisión

radicalmente innovadora, que chocaba frontalmente con el Nuevo Testamento, plagado de anécdotas y parábolas de Jesucristo que condenaban el uso de la violencia. Al mismo tiempo, reflejaba una evolución consecuente con las ideas cristianas sobre la guerra y la aspiración del papado a liderar la cristiandad (Tyerman, 2004: 106-107). La idea de "guerra justa", creada por autores romanos como Cicerón, fue adaptada a modelos cristianos por diversos autores, en especial san Agustín de Hipona (353-430). Para el padre de la Iglesia, la guerra justa era declarada por una autoridad legítima, los representantes de Dios en la tierra, y se hacía exclusivamente para restablecer la paz y reparar una situación de injusticia. En el siglo XI, la Iglesia ya había desarrollado un discurso muy sofisticado con el que había conseguido imponer el monopolio eclesiástico sobre la violencia legítima y que exaltaba las acciones militares de los soldados de Cristo (milites Christi), aquellos que luchaban en nombre de la Iglesia. Junto a la creación de instituciones como la Paz de Dios o Tregua de Dios que trataban de limitar y regular la belicosidad feudal, el papado empezó a dar pasos concretos para legitimar algunas empresas militares o incluso dirigir a los ejércitos cristianos contra objetivos específicos (Ayala, 2004: 23 y 35-37).

La expansión normanda en el sur de Italia y Sicilia durante la segunda mitad del siglo XI gozó de la bendición papal, al igual que la conquista de Inglaterra en 1066 a manos de Guillermo de Normandía, quien contó con un estandarte (y mucho dinero) pontificio. En 1074, el propio Gregorio VII llegó a coquetear con la idea de encabezar una campaña contra los turcos selyúcidas en Asia Menor. Algo más de una década antes, en 1063, el papa Alejandro II había impulsado una coalición de nobles aragoneses, catalanes, aquitanos y borgoñones que conquistó Barbastro (Huesca) de manos musulmanas al año siguiente. La guerra en la península ibérica había empezado a adquirir un carácter sagrado desde décadas antes, pero la empresa de Barbastro no debe considerarse una precruzada (Sénac y Corbera, 2020: 74-86). En cualquier caso, este ejemplo muestra que, a ojos de los musulmanes, la agresión cristiana contra la morada del islam (Dar al-Islam) había comenzado mucho antes de la Primera Cruzada.

El mundo musulmán en el siglo XI:

la división que amenaza con la destrucción

La llegada de los ejércitos francos (franji era el término que usaban los árabes para referirse a los cruzados, independientemente de su origen) a Anatolia en 1096 fue una sorpresa esperada, aunque parezca contradictorio. Para los autores musulmanes, la Primera Cruzada fue un nuevo frente de batalla que se abría en el Mediterráneo después de las agresivas expansiones cristianas en la península ibérica y en Sicilia. En todos los lugares, el culpable de esta situación era la división que padecía la comunidad musulmana, que impedía una reacción adecuada ante esta amenaza (Cobb, 2014: 41).

La división política y religiosa del mundo islámico había comenzado siglos antes. Tras la muerte de Mahoma (632), el gobierno de los cuatro califas perfectos (rashidun) acabó con la primera división o guerra civil (fitna) entre 656 y 661. Aunque la dinastía omeya (661-750) mantuvo la unidad política, los partidarios de Ali (m. 661), primo del profeta, rompieron la unidad religiosa. Frente a la ortodoxia sunní, este grupo, los chiitas, consideraban que solo los descendientes directos de Mahoma podían encabezar el islam. En 750, la dinastía abasí se hizo con el poder y desplazó el centro político de Damasco a Bagdad tras acabar con casi todo el linaje omeya. Los nuevos califas desarrollaron el gobierno de su vasto imperio, pero este terminó disgregándose. En 756, Abd al-Rahman I creó un emirato omeya independiente en al-Ándalus con capital en Córdoba. Su descendiente, Abd al-Rahman III, se autoproclamó califa en 929. En el siglo X surgieron una decena de Estados independientes a lo largo del Mediterráneo y Oriente Medio, entre los que destacaba el califato fatimí, de inspiración chiita, que terminó estableciéndose en Egipto. Los conflictos internos también provocaron que los turcos selyúcidas, tribus esteparias recientemente convertidas al islam que constituían el grueso de los

ejércitos califales, se hicieran con el control de Bagdad. En consecuencia, Tierra Santa representaba un espacio fronterizo entre los dos califatos, el abasí y el fatimí, en el que Jerusalén tenía un enorme valor simbólico, pero no una especial importancia política o estratégica. Por otra parte, el califato de Bagdad ejercía un liderazgo religioso sobre el islam sunní de la región, pero no un control político sobre todo el territorio. Anatolia y Siria estaban divididas en una constelación de principados turcos en la práctica independientes. Esta compleja situación interna jugaría en favor de los cruzados, como los autores musulmanes se lamentarían posteriormente (Asbridge, 2019: 48-51).

Pese a esta división religiosa y política, persistía un sentido de unidad encarnado en el "círculo de la justicia" (o de la equidad), un ideal de gobierno que mostraba la interdependencia de todos los grupos sociales y que aparecía repetido de manera constante a lo largo y ancho del islam. Según este precepto, los gobernantes necesitaban un ejército. Para pagar a estas tropas, eran necesarios impuestos, que procedían de los cultivos. No podía haber cultivos sin justicia y sin buen gobierno. Los buenos gobernantes, finalmente, eran aquellos que actuaban guiados por la ley islámica y gozaban del apoyo de los ulemas, los estudiosos de la fe (Cobb, 2014: 23-28).

El "círculo de la justicia" también refleja las enormes diferencias entre el mundo musulmán del Mediterráneo y Próximo Oriente respecto a la Europa feudal del siglo XI. Al contrario que casi todos los monarcas europeos del momento, los poderes islámicos contaban con un sistema fiscal que permitía reclutar ejércitos a cambio de un salario, no en función de unas relaciones personales. Aunque la agricultura era la base económica, las sociedades islámicas presentaban un mayor desarrollo urbanístico y comercial. Ciudades como Bagdad, un centro político, económico y cultural de centenares de miles de habitantes, no tenían comparación alguna en el Occidente medieval de esta época.

Esta situación idílica, sin embargo, rara veces se alcanzaba. Los gobernantes musulmanes dependían de ejércitos constituidos mayoritariamente por tropas de origen esclavo o de poblaciones foráneas recientemente convertidas al islam, quienes recibían iqtas,

los ingresos y gestión de un territorio, a cambio de su servicio. Además de las tensiones entre las tropas y las élites locales, este sistema les daba enorme poder a estos grupos militares para derrocar a los gobernantes o poner a un títere en el trono. El abierto sistema de sucesión que caracterizaba los Estados musulmanes contribuía a fortalecer esta dependencia militar, ya que miembros de la misma dinastía competían por la herencia. Aunque algunos individuos conseguirían gobernar extensos territorios, la unidad política estaba lejos de estar garantizada tras su muerte.

Frente a esta división que amenazaba con acabar con el islam, diversos gobernantes apelaron a la necesidad de unión política para extender su propio poder y gozar del apoyo de los ulemas. Esta dinámica alternativa de división y unidad estuvo íntimamente relacionada con la distinta suerte militar de las cruzadas y la supervivencia del Reino de Jerusalén, como se verá en los próximos capítulos.

¿La llamada de Oriente? El Imperio bizantino

y el origen de las cruzadas

La expansión de los turcos selyúcidas por Anatolia tras la derrota bizantina de Mazinkert (1071) llevó al emperador Alejo I Comneno (r. 1081-1118) a pedir ayuda militar a Occidente. Para muchos historiadores, sin embargo, este llamamiento tendría un carácter anecdótico frente al Concilio de Clermont y la predicación de Urbano II en 1095, considerados tradicionalmente como el verdadero germen de la Primera Cruzada. Tal interpretación se apoya en fuentes latinas escritas por clérigos que ensalzaban al papado y tenían que justificar la creación de los Estados francos de Ultramar, por lo que la participación de Bizancio en la empresa resultaba inconveniente. Por el contrario, una nueva lectura a La Alexiada, la fascinante obra escrita por Ana Comnena (1083-1153) sobre el reinado de su padre, ofrece una visión diferente. Aunque salpicada de errores cronológicos y caracterizada por una imagen idealizada del emperador bizantino, La Alexiada, junto con otras fuentes, permite plantear un papel mucho más importante para Alejo I en la gestación de las cruzadas (Frankopan, 2022: 30-36).

En la segunda mitad del siglo XI, la debilidad de Bizancio era patente. Constantinopla era la capital de un imperio menguante, incapaz de frenar la expansión normanda en el sur de Italia, los ataques de los pechenegos, un pueblo estepario, en la actual Bulgaria y el avance turco en Anatolia. La llegada al trono de Alejo I en 1081 tras el enésimo golpe de Estado militar esperaba revertir esta situación y lo consiguió en parte. Sin embargo, en la década de 1090 la situación del Imperio bizantino era más crítica de lo que pudiera parecer. Una nueva migración pechenega, las conquistas musulmanas en el Egeo y los cambios políticos en Nicea y Antioquía, ciudades anteriormente controladas por gobernantes turcos favorables a Bizancio, habían puesto a Alejo I en una situación límite. En 1094 estaba ya en marcha una conspiración

para deponer al emperador.

En este contexto, la solicitud de ayuda militar del emperador bizantino al papa Urbano II en marzo de 1095 cobra un sentido diferente: se trataba de una cuestión de supervivencia, no una petición rutinaria que podía ser desoída sin mayores consecuencias. Por su parte, el pontífice podía aprovechar esta situación para impulsar su cuestionado liderazgo, pues incluso la ciudad de Roma estaba en manos del antipapa Clemente III. Esta colaboración podía servir también para intentar acabar con el Cisma de Oriente (1054), la reciente división de las dos iglesias cristianas, la católica y la ortodoxa por (nimias) cuestiones doctrinales y, sobre todo, las pretensiones universales del emperador bizantino y su deseo de control de la jerarquía eclesiástica. Junto a este espíritu de entente, hay otros indicios que hacen plantear que la convocatoria de cruzada fue una empresa orquestada por Alejo I y Urbano II. Por un lado, la compleja situación política en Bizancio y Próximo Oriente no resultaba desconocida en Occidente. Resultaba habitual que nobles de la región, sobre todo normandos del sur de Italia, formaran parte de los ejércitos imperiales cuando no estaban en guerra contra Constantinopla. Al mismo tiempo, es posible que Alejo I buscara caldear los ánimos religiosos de la Europa feudal propagando rumores sobre la persecución a cristianos en Tierra Santa o el hostigamiento de peregrinos a Jerusalén. Una mayor circulación de reliquias en este momento, en especial fragmentos de la vera cruz, que Bizancio utilizaba como instrumento diplomático de manera habitual, también podría haber contribuido a la excitación de la Europa feudal (Frankopan, 2022: 133-156).

La gestación de la Primera Cruzada, por tanto, tal vez fuera una empresa mucho más planeada de lo que se pudiera creer. En cualquier caso, ni Alejo I ni el propio Urbano II pudieron predecir, ni luego controlar, el movimiento que iba a desencadenarse en Occidente.

Capítulo 2

El acontecimiento más importante desde

la resurrección. La Primera Cruzada (1095-1099)

Estas palabras de Roberto el Monje en su Historia Hierosolymitana (c. 1106-1107) ilustran el impacto que tuvo para sus contemporáneos la Primera Cruzada. Este acontecimiento fue quizás el más narrado de toda la Edad Media y la obra de Roberto el Monje, posiblemente, la más popular de las historias escritas en el siglo XII hasta la realizada por Guillermo de Tiro en la década de 1180. Esta crónica, al igual que otros centenares de narraciones que contaron este acontecimiento, se basaba en textos anteriores escritos por participantes en la empresa. De hecho, solo se conservan tres testimonios compuestos por integrantes de la Primera Cruzada, la anónima Gesta francorum (1099-1100); la Historia hierosolimitana (1105), de Fulquerio de Chartres, y la Historia francorum (primera versión anterior a 1105), de Raimundo de Aguilers, y a partir de ellos se produjeron los trabajos posteriores. Hay, por supuesto, otro tipo de documentación, sobre todo de origen monástico, que permite conocer los anhelos espirituales y las necesidades mundanales de muchos cruzados. También hay cartas escritas por algunos veteranos, como las famosas misivas del conde Esteban de Blois a su esposa, Adela. En todo caso, el número limitado de fuentes y su naturaleza condiciona el estudio de la Primera Cruzada. Más allá de la información que puedan ofrecer y las dudas que surgen alrededor de algunos acontecimientos, el tono religioso y providencialista que permea estas obras, pues incluso los autores laicos estaban influidos por esta visión, condiciona cualquier interpretación (Tyerman, 2011: 7-9 y 2012: 24-25).

La Primera Cruzada fue vista como un acontecimiento único e irrepetible por sus contemporáneos. Solo décadas después fue considerada el inicio de una nueva práctica de devoción religiosa y el precedente de muchas otras campañas. Estos relatos, plagados de imágenes bíblicas y construidos con un lenguaje y una retórica marcadamente religiosos, impiden conocer las creencias y opiniones reales de los cruzados, pero ilustran cuál era el marco sociocultural

de la época y los discursos que servían para crear modelos de conducta (Spencer, 2019: 274). El aura de excepcionalidad que impregna estas narraciones también dificulta ofrecer una explicación convincente del éxito de la empresa, pues parece que la conquista de Jerusalén en 1099, contra todo pronóstico o expectativa razonable, solo pudiera entenderse como fruto de la voluntad divina. De ese modo, el rol jugado por el papado cobraba un papel central en la historia y la memoria de la Primera Cruzada, pues todo era fruto del (¿inesperado?) éxito del llamamiento de Urbano II en 1095 en Clermont a toda la cristiandad para que recuperara Jerusalén.

Lo que Dios quiere y quién está dispuesto

a hacer algo: Clermont (1095) y la respuesta

de la Europa feudal

En marzo de 1095, Alejo I pidió ayuda militar al papado y en noviembre de ese año se articuló la respuesta a través del Concilio de Clermont convocado por Urbano II. La ubicación de esta reunión, en el corazón de Francia, reflejaba el apoyo que el papado y las ideas reformistas, encarnados ambos en el poderoso monasterio de Cluny, donde se había formado el propio pontífice, tenían en el centro y sur de este reino. También muestra la necesidad de Urbano II de afianzar su liderazgo sobre toda la cristiandad frente a su rival, Clemente III, quien controlaba Roma y gozaba del apoyo del Sacro Imperio.

El concilio fue organizado para tratar distintos asuntos sobre el gobierno de la Iglesia, pero sería el llamamiento de cruzada por lo que pasaría a la historia. Las distintas narraciones ofrecen diferencias notables en el discurso que Urbano II pronunció, relacionadas con las preocupaciones o intereses de cada autor. Hay, empero, elementos comunes, como la elocuencia y poder de convicción del papa, que con el lema Deus vult (Dios lo quiere), hoy día apropiado por grupos cristianos de ultraderecha, consiguió inspirar a las masas. La necesidad urgente de recuperar Jerusalén, aunque llevaba en manos musulmanas cuatro siglos y medio, se explicaba por la persecución que sufrían los cristianos allí. La Ciudad Santa se había convertido en un destino de peregrinación de la élite feudal europea, por lo que la idea de cruzada, aunque radicalmente novedosa, se apoyaba en elementos familiares. Aunque solo unos pocos podían costearse el viaje a Tierra Santa, la peregrinación a Roma, Santiago de Compostela o a cualquier iglesia de la zona que albergara la reliquia de un santo popular consistía en una práctica devocional común a todos los grupos sociales de la

Europa feudal. La cruzada se presentaba, por tanto, como una guerra santa de carácter penitencial, una empresa militar por la que el papado concedía gracias espirituales a sus participantes. En qué consistían exactamente dichas recompensas no estaba del todo claro, pero con el paso del tiempo el papado fue ampliando las mismas, para adaptarse a las "maximalistas" creencias populares que las interpretaban como un perdón general de todos los pecados. El componente bélico de la empresa resultaba evidente y el llamamiento iba sobre todo destinado a la aristocracia guerrera de la Europa feudal, pues solo a través de las armas se podría recuperar Jerusalén. No obstante, el voto de cruzada se representaba como una peregrinación. El compromiso de viajar a Jerusalén se escenificaba con una ceremonia en la que se tomaba la cruz, bordándose el emblema en la ropa, y en la que resultaba habitual que las personas que hacían el voto recibieran el bastón y el morral que los identificaba como peregrinos (Gaposchkin, 2017: 73). Esta dualidad se reflejaría en los diversos grupos que respondieron a la llamada de Urbano II.

El pontífice realizó una intensa campaña de predicación de la cruzada en persona y a través de misivas por Francia, el Imperio e Italia. Según los relatos cronísticos, en todos los lugares se desató un enorme fervor y un mar de gentes tomó la cruz en ceremonias teatralizadas para captar a más fieles. Por ejemplo, Bohemundo de Tarento, príncipe normando del sur de Italia, rasgó su más preciada capa en un ritual nada espontáneo para proporcionar cruces para él y sus seguidores. Además de la infatigable tarea propagandística de Urbano II, otros eclesiásticos contribuyeron a difundir el llamamiento papal mientras que los monasterios tuvieron un papel clave a la hora de financiar el viaje de los que tomaban la cruz. No obstante, parte de la Iglesia, dividida por el programa reformista de Roma, no apoyó la iniciativa. Resulta también muy significativo que ningún monarca de Europa, varios de ellos directamente enfrentados con Urbano II en ese momento por motivos similares, respondiera a la apelación pontificia. En cualquier caso, la predicación de la Primera Cruzada fue un éxito indiscutible, con un número muy importante de nobles que se aprestaron a marchar hacia Jerusalén. Además de Bohemundo y su sobrino, Tancredo, procedentes de Sicilia, participaron nobles del norte de Francia, como el duque Roberto de Normandía y los condes Roberto de

Flandes, Esteban de Blois y Hugo de Vermandois, el hermano del rey. Entre los aristócratas del imperio el más poderoso era el duque de la Baja Lorena, Godofredo de Bouillon, que viajó acompañado de sus hermanos, Balduino y Eustaquio. El magnate más destacado era Raimundo IV de Saint-Gilles, conde de Toulouse y fiel aliado de la reforma papal, quien se implicó en el proyecto activamente desde su gestación. De manera tácita, el liderazgo de la empresa recaía sobre él y sobre el legado papal, Ademar de Monteil, obispo de Le Puy, aunque esta fue una cuestión controvertida y cambiante, como se verá.

De manera paralela a la que se conocería como la cruzada de los príncipes, se propagó una de carácter más popular, instigada por predicadores que actuaban de manera independiente al papado y exhortaban a la recuperación de Jerusalén con un discurso más milenarista y apocalíptico. Entre todos ellos destacaba la figura de Pedro el Ermitaño, considerado por algunos como el verdadero originador de la cruzada. Miles de personas marcharon así hacia Jerusalén de manera muy desorganizada, generando numerosos conflictos a su paso por Alemania y Hungría. En varias ciudades, el enardecimiento religioso dio lugar a violentos pogromos contra las poblaciones judías. En localidades como Mainz, Colonia o Worms estas matanzas se convirtieron en un elemento clave de la memoria colectiva de las comunidades hebreas, muestra del creciente antisemitismo de la cristiandad latina.

El estatus de las mujeres como crucesignatae (cruzadas) presentaba dudas y para las autoridades, en especial las eclesiásticas, su participación no era deseable. No obstante, también había voces dentro de la propia Iglesia que señalaban la necesidad de que las esposas acompañaran a sus maridos y los peligros que podía provocar su separación, como la tentación del adulterio o los problemas de salud derivados de la retención de semen. En cualquier caso, Urbano II intentó limitar su presencia en la Primera Cruzada y canalizar la piedad femenina a otras formas devocionales, por ejemplo, persuadiendo a algunas mujeres nobles para que sustituyeran su voto de cruzada por la donación a obras pías en sus lugares de origen. La marcha de sus esposos o parientes dejó a muchas nobles al cargo de la gestión del patrimonio familiar y de crear y conservar la memoria de su linaje, recalcando el

prestigio que les daba tomar parte en las cruzadas. En cualquier caso, numerosas mujeres participaron en la cruzada, tanto de extracciones sociales más humildes, que se encargaban de todo tipo de trabajos, hasta poderosas señoras como Elvira de León, hija de Alfonso VI, quien acompañó a su esposo Raimundo de Saint-Gilles. El principal problema de estudiar el papel de las mujeres en las cruzadas radica en que los autores, más allá de la evidente misoginia de muchos de ellos, transmiten una imagen marcada por los estereotipos de género. Las mujeres solían ser presentadas como vírgenes, mártires y esposas amantísimas que cuidaban a sus maridos o como impías tentadoras que hacían peligrar la pureza de la empresa. En cualquier caso, la piedad, la tradición familiar o la obligación llevó a muchísimas mujeres a emprender el camino a Jerusalén y a jugar un papel relevante en la Primera Cruzada y en las siguientes (Nicholson, 2023: 1-5, 12, 20 y 53-56).

El llamamiento de Urbano II a recuperar Jerusalén tuvo un éxito enorme, por lo que resulta indudable que la idea de cruzada apelaba a los anhelos e inquietudes de la Europa feudal. Es del todo imposible calcular cuántas personas se unieron a las distintas oleadas que confluyeron en la Primera Cruzada, pues las cifras que ofrecen las crónicas son irreales y tienen un valor simbólico. Se han hecho estimaciones que varían entre las 60.000 y las 100.000 personas, aunque también ha habido cómputos más optimistas. En cualquier caso, los nobles y caballeros no representarían más de un 10% del total y habría un gran número de no combatientes. La importancia de los lazos feudales y familiares en la constitución de los contingentes cruzados resultó fundamental. La participación de un noble ponía en marcha una serie de obligaciones de vasallos, parientes y sirvientes que también se unían a la expedición (Asbridge, 2019: 72-75; Riley-Smith, 1997: 63).

Las motivaciones individuales serían variadas (fe, beneficios materiales, prestigio, etc.) y no excluyentes. La piedad laica y la importancia del idealismo se ha puesto de manifiesto como principal motor de la Primera Cruzada, pues los documentos que muchos nobles emitieron insisten en temas como su anhelo de ganar beneficios espirituales o el arrepentimiento por su modo de vida violento anterior y deseo de servir a Dios (Riley-Smith, 2003: 38 y 153-154). No obstante, hay que recordar que dichos diplomas

fueron escritos habitualmente por religiosos o destinados a instituciones eclesiásticas, por lo que quizás estas muestras de devoción eran expresiones formularias más que convicciones genuinas. En cualquier caso, la documentación monástica muestra lo caro que resultaba marchar a la cruzada y lo incierto que podía ser el resultado. Achard de Montmerle, un pequeño noble francés, entregó sus tierras a Cluny a cambio de 2.000 chelines de Lyon y cuatro mulas. Murió en Jaffa, en junio de 1099, sin llegar a Jerusalén (Tyerman, 2006: 27).

Esta situación también afectaba a los grandes señores. Roberto de Normandía recibió la astronómica cantidad de 10.000 marcos de plata de su hermano Guillermo II de Inglaterra (una cuarta parte de las rentas regias), para financiar su viaje a Tierra Santa. A cambio, el monarca inglés controlaría el ducado de Normandía durante tres años. Roberto formó parte del ejército que conquistó Jerusalén en 1099 y, una vez que completó su peregrinación, volvió a Europa. Al regresar, se enteró de la muerte de Guillermo II y de como el hermano menor de ambos, Enrique I, se había apoderado del trono inglés y de Normandía. Derrotado, murió en 1134 tras pasar casi tres décadas encarcelado por su hermano. Las consecuencias de la Primera Cruzada (y de las siguientes) se hicieron, por tanto, sentir en el Occidente medieval, pues, entre otros muchos aspectos que se verán, afectó de manera especial al mercado de la tierra, base del poder y la riqueza en la Europa feudal.

Al servicio de Dios y del emperador: Constantinopla, Nicea y la marcha

por Anatolia (1096-1097)

Anna Comnena comparó la llegada de los contingentes cruzados con una plaga de langostas (Díaz Rolando, 2016: 393), aunque confiaba (de hecho, sabía, pues lo escribió décadas después de la Primera Cruzada) en que se abatiría sobre los musulmanes, no sobre el Imperio bizantino. Alejo I no esperaba que su petición de ayuda se tradujera en que un enjambre humano marchara hacia Constantinopla para luego dirigirse a Tierra Santa. Antes de que llegaran los principales nobles ya se encontraban allí miles de personas encabezadas por Pedro el Ermitaño. Los problemas de alimentar y albergar a esa muchedumbre hicieron que el emperador favoreciera su paso a Anatolia, donde el contingente fue masacrado por los turcos. Pedro el Ermitaño salvó la vida y se unió a la cruzada de los príncipes, llegando a Jerusalén, para posteriormente regresar a Europa, donde alcanzaría una fama enorme.

La presencia de los nobles presentaba otro problema distinto al emperador bizantino. Alejo esperaba un contingente militar de mercenarios, no un conglomerado de huestes dispares que servían a su señor y que tenían sus propios objetivos y ambiciones. El legado papal daba cohesión al grupo, pero el ejército cruzado no actuaba bajo un liderazgo indiscutido. Por tanto, el emperador se reunió individualmente con los principales magnates, consiguiendo que, a cambio de apoyo logístico y avituallamiento, los nobles actuaran a su servicio y cualquier territorio conquistado volviera bajo control bizantino.

Alejo no encabezó la expedición en persona, por temor a ser derrocado durante su ausencia en Constantinopla y porque sus intereses se centraban en Anatolia y Antioquía (en el sur de la actual Turquía, cerca de Siria), no en Jerusalén. A pesar de ello,

siguió a los cruzados a distancia, controlando sus movimientos. Esta cooperación fue muy exitosa durante el primer año. El ejército franco tomó Nicea, en la parte occidental de Anatolia, y las tropas bizantinas se aprovecharon de la amenazante presencia cruzada para recuperar posiciones costeras como Esmirna o Éfeso (Frankopan, 2022: 207-208).

La diversidad social y cultural de Próximo Oriente, además de las divisiones políticas, no pasaron desapercibidas a los cruzados, quienes desarrollaron una importante actividad diplomática con distintos poderes regionales y locales. Pese a ello, la marcha por la actual Turquía fue muy dura. Tras la victoria de Dorilea (1097) sobre Kilij Arslan, sultán turco del Rum, no hubo ninguna batalla ni asedio relevantes, pero la enfermedad, la sed y el hambre provocaron muertes y deserciones, mermando el contingente cruzado y limitando su capacidad militar. Las crónicas narran como muchos caballeros habían perdido sus monturas y tuvieron que continuar a pie o a lomos de vacas y otros animales de carga. Un ejército extenuado, pero aún formidable, llegó a las puertas de Antioquía en octubre de 1097. Tras tomar Nicea, en junio de ese año, Esteban de Blois le aseguró a su esposa que, salvo que en Antioquía se frenase su avance, llegarían a Jerusalén en unas semanas (Tyerman, 2006: 122). Pasarían dos años hasta que los cruzados alcanzaran la Ciudad Santa.

Una nueva Troya: Antioquía y el destino

de la Primera Cruzada (1097-1098)

El asedio de Antioquía fue el episodio más legendario de la Primera Cruzada, una nueva guerra de Troya a ojos de los autores del siglo XII que mitificaron este cerco, pues solo una sucesión de milagros podía explicar el triunfo de los francos en una situación tan desfavorable (Tyerman, 2006: 135). Esta larga empresa, que duró de octubre de 1097 a junio de 1098, puso de manifiesto las divisiones políticas del mundo musulmán. Los cruzados negociaban con los fatimíes de Egipto, a quienes no les importaba la expansión bizantina en Siria (veían a los francos como mercenarios del emperador), aunque no quería que llegaran hasta Jerusalén, lo que impidió un acuerdo final. Por su parte, las disensiones internas del califato abasí, con conflictos entre los diversos sultanes o atabegs (gobernadores provinciales) turcos que competían por extender su poder e influencia, provocaron que la petición de ayuda de Yaghi-Siyan, gobernador de Antioquía, recibiera una tímida respuesta hasta que fue demasiado tarde.

La debilidad de las estructuras de poder locales quedó de manifiesto también en Edesa (en la actual Turquía, pero en la región de Mesopotamia), donde Balduino de Boulogne, apoyado por la élite armenia de la región, se hizo con el poder a principios de 1098. Aunque reconoció nominalmente la autoridad bizantina al principio, el condado de Edesa se convirtió en el primero de los Estados de Ultramar que los cruzados crearían en Próximo Oriente.

Antioquía, en todo caso, presentó un enorme desafío para el ejército de la Primera Cruzada. Con el apoyo naval bizantino y de flotas genovesas e inglesas (cuya “sorprendente” presencia indica, por otra parte, la enorme difusión del llamamiento papal y la a veces limitada visión de las fuentes), los francos consiguieron sostener un largo asedio, pero fueron incapaces de cercar por completo la

ciudad, impidiendo que recibiera alimentos y suministros, ni franquear sus poderosas murallas y tomarla al asalto. El ayuno, el rezo, la penitencia o incluso la supuesta expulsión de las mujeres del campamento cruzado para alejar el pecado no sirvieron para ganar el favor divino.

La situación parecía crítica cuando llegaron noticias de que un ejército musulmán al mando de Kerbogha, atabeg de Mosul (Iraq), se dirigía hacia Antioquía. El pánico cundió por el campamento cruzado y las deserciones se multiplicaron. La más célebre fue la de Esteban de Blois, quien se encontró en su huida con Alejo I y su ejército, pero le advirtió de que todo estaba perdido y era inútil que tratara de socorrer a los cruzados. El emperador bizantino, en consecuencia, se retiró, lo que fue visto por los francos como una traición y sirvió para legitimar sus futuras actuaciones.

Sin embargo, la situación había dado un giro de 180 grados. Tras obtener ciertas garantías de que podría quedarse con Antioquía, Bohemundo de Tarento desveló al resto de líderes cruzados que tenía contactos con las comunidades armenia y griega de la ciudad, quienes estaban dispuestas a abrir una puerta de la muralla para que los cristianos la conquistasen. Los defensores no pudieron repeler el ataque por sorpresa y el ejército franco se hizo con la plaza, cometiendo varias atrocidades, aunque un contingente de tropas musulmanas se atrincheró en la ciudadela. Un par de días más tarde, el ejército de Kerbogha llegó a Antioquía y puso cerco a la urbe.

Los asediadores se convirtieron entonces en defensores, aunque su situación era muy precaria por la falta de suministros. En ese momento, a un tal Pedro Bartolomé se le apareció en sueños san Andrés y le indicó dónde se hallaba enterrada la lanza de Longinos, con la que el soldado romano había atravesado el costado de Jesucristo en la cruz. El hallazgo de la reliquia fue visto con escepticismo por varios cruzados, como Bohemundo, o el propio legado papal, Ademar de Monteil, quien tuvo la oportunidad de admirar la lanza sagrada en Constantinopla, pero era, en todo caso, una manera de levantar la moral del ejército. La dureza del asedio y la sensación permanente de desastre habían exacerbado el fervor religioso de los francos, excitación que serviría de impulso para el

resto de la cruzada. En cualquier caso, resulta difícil reprochar a los cronistas su interpretación providencialista, pues los prodigios no iban a cesar. El ejército cruzado decidió presentar batalla y, aprovechando el elemento sorpresa y las suspicacias internas de varios emires del ejército selyúcida, pues pensaban que Kerbogha quería expandir su dominio por Siria, se impuso con rotundidad. Las fuentes musulmanas consideraban que el hallazgo de la lanza de Longinos fue una mera treta o no le dieron importancia alguna, culpando a la sempiterna división del islam por la derrota (Cobb, 2014: 93-94). Las tropas atrincheradas en la ciudadela se rindieron a Bohemundo, quien, pese a las protestas de Raimundo de Saint-Gilles, se hizo con el control de la ciudad y su entorno, rechazando los derechos de Alejo I sobre Antioquía y forjando así el segundo estado cruzado.

Tomar el cielo por asalto: la conquista

de Jerusalén y el final de la Primera

Cruzada (1099)

Una vez superada la situación crítica que vivieron en Antioquía, las divisiones internas del ejército cristiano se volvieron a hacer patentes, especialmente tras la muerte de Ademar de Monteil, legado papal y personaje enormemente carismático. El culto a su figura fue tal que sus objetos personales se convirtieron en reliquias y algunos cruzados dijeron que se les apareció en visiones o que los acompañó en el asalto final a Jerusalén. Mientras que algunos magnates querían crear y consolidar sus propios señoríos en Siria (entendida en un sentido amplio, no las fronteras actuales), muchos caballeros y pequeños nobles querían continuar hacia Jerusalén. Raimundo de Saint-Gilles se apoyó en esta facción para recuperar el liderazgo sobre el ejército cruzado. También intentó utilizar el prestigio de la lanza de Longinos en provecho propio hasta que Pedro Bartolomé, queriendo despejar las dudas que muchos francos tenían sobre sus visiones, se dispuso a caminar sobre llamas para mostrar que gozaba de la protección divina. La ordalía terminó en fracaso y Pedro Bartolomé murió quemado. En cualquier caso, la capacidad de los señores de pagar y mantener un mayor séquito militar tras años de campañas era lo que otorgaba el liderazgo de la empresa (Riley-Smith, 1997: 86). En ese sentido, la figura de Godofredo de Bouillon comenzó a ganar cada vez más importancia, sobre todo gracias al apoyo que recibió de su hermano Balduino desde Edesa.

Finalmente, tras varios meses de espera, el ejército cruzado se puso en marcha hacia Jerusalén. Tras haber cambiado numerosas veces de manos en los últimos años, la Ciudad Santa se hallaba bajo control fatimí, por lo que desde Egipto se envió un ejército de apoyo. No llegó a tiempo. Los francos rodearon la ciudad y la

tomaron por asalto el 15 de julio de 1099, a pesar de sufrir numerosas bajas, gracias a ciclópeas torres de asedio. Los cruzados saquearon Jerusalén y realizaron una matanza entre la población musulmana y judía que sería recordada durante generaciones. Los autores cristianos, usando imágenes bíblicas, decían de manera hiperbólica, pero también complaciente, que la sangre les llegó a los soldados por encima de los tobillos. Los nuevos conquistadores expulsaron a nestorianos, ortodoxos y otros grupos cristianos del Santo Sepulcro, mostrando escasa tolerancia por sus (más o menos) correligionarios, cuyos supuestos padecimientos habían justificado el inicio de la cruzada. También tuvieron la "suerte" de hallar en la tumba de Jesucristo un fragmento de la vera cruz, que se convertiría en símbolo del nuevo reino. Urbano II falleció dos semanas después de la conquista de Jerusalén, pero no tuvo tiempo para recibir la noticia de que, cuatro años después del Concilio de Clermont, su proyecto había concluido con un éxito tan rotundo como inesperado.

Más allá de la voluntad divina, se pueden identificar otros elementos que expliquen el triunfo de la Primera Cruzada; una victoria que, en cualquier caso, estaba lejos de ser predecible. Desde un punto de vista militar, el ejército franco no gozó de una superioridad tecnológica ni táctica. La Europa feudal estaba desarrollando el uso de la caballería pesada y tenía mejores armaduras, pero la clave en este aspecto fue la capacidad del ejército cruzado de responder a los arqueros a caballo turcos con formaciones muy sólidas. La larga campaña dotó a los francos de mayor experiencia, la cual, combinada con un liderazgo agresivo y un cada vez mayor fervor religioso, resultó providencial en momentos puntuales en los que el destino de la empresa se apostó a todo o nada. La división política musulmana y el apoyo logístico y también diplomático de Bizancio, que no cesó tras la conquista de Antioquía, resultó también fundamental (France, 1994: 367-372).

Tras culminar su peregrinación, muchos cruzados regresaron a Europa. No traían consigo grandes fortunas, más bien al contrario, pero sí un enorme prestigio y, en algunos casos, magníficas reliquias con las que dotar (y enriquecer) las iglesias de sus lugares de origen. Muchos de ellos incluyeron en sus nombres el término Hierosolymitanus (jerosolimitano, el que ha viajado a Jerusalén),

prestigioso apelativo que los acompañaría de por vida y sobre el que muchos linajes nobiliarios crearían su memoria familiar. Para muchos otros, la conquista de Jerusalén no supuso el final de la campaña. Para recrear en la tierra el Reino de los Cielos aún hizo falta continuar la guerra.

Capítulo 3

El Reino de los Cielos. La formación

de los Estados latinos de Ultramar

Tras la conquista de Jerusalén en 1099, la ciudad se convirtió en un destino todavía más popular para la Europa cristiana. Los peregrinos recién llegados podían incluso encontrar guías sobre los santos lugares que se podían visitar. Sin embargo, muchos de los que viajaban a Tierra Santa no iban solo a hacer turismo religioso. Además de peregrinos, llegarían campesinos, mercaderes y soldados que poblarían, explotarían y expandirían (sobre todo defenderían) las tierras conquistadas. De manera paralela, miles de participantes en la Primera Cruzada o de expediciones posteriores volverían a Europa tras su estancia en Tierra Santa. Este doble flujo sería una constante durante los dos próximos siglos, de modo que los francos siempre fueron una minoría en los territorios que gobernaban. A lo largo de toda su existencia, los Estados latinos de Ultramar dependieron de la ayuda económica y militar de Occidente para sobrevivir.

Un Estado feudal en Próximo Oriente:

la creación del Reino de Jerusalén

Apenas un mes después de conquistar Jerusalén, el ejército de la Primera Cruzada derrotó a los fatimíes en la batalla de Ascalón (Israel), pero fue incapaz de conquistar la localidad, un punto estratégico clave que permitiría al califato egipcio amenazar al futuro Estado latino. En 1101, una nueva cruzada, impulsada por el papado tras recibir noticias del éxito de la primera expedición, fue masacrada por los turcos. Esta vez el sultanato del Rum y los danisménditas, que controlaban la parte oriental de Anatolia, actuaron de manera conjunta, frenando el avance de los francos. Entre los participantes en esta cruzada se hallaban muchos nobles que no habían cumplido el voto de cruzada, entre los que destacaba Esteban de Blois. Según algunos autores eclesiásticos, para los que la misoginia era una segunda naturaleza, su esposa Adela había obligado al conde a limpiar su nombre tras su deserción en Antioquía utilizando sus "caricias conyugales" como arma de persuasión (Phillips, 2010: 104). Esteban de Blois consiguió cumplir esta vez con su palabra. Junto a unos pocos supervivientes, llegó a Jerusalén y murió en combate contra los egipcios en Ramala en 1102, alcanzando el martirio. Por otra parte, el fracaso de la expedición de 1101 contribuyó a mitificar todavía más la Primera Cruzada y a sus participantes.

Los cruzados sufrieron otros reveses militares en los que importantes nobles perdieron la vida o fueron capturados por los musulmanes en las primeras décadas del siglo XII. Pese a ello, entre 1099 y 1124 ampliaron su dominio sobre la franja litoral de Tierra Santa y el entorno de Jerusalén con las conquistas de Jaffa, Haifa, Arsuf, Cesarea, Acre, Sidón, Beirut y Tiro, garantizando la defensa de las conquistas de la Primera Cruzada. El apoyo marítimo de Génova, Venecia y Pisa resultó fundamental en esta empresa, lo que permitió a estas ciudades italianas establecer importantes colonias

de mercaderes en los Estados latinos y potenciar el intercambio comercial con Europa occidental.

Muchas de estas campañas tuvieron la consideración de cruzadas y contaron con la participación de importantes figuras procedentes de Europa, como el rey Sigurd de Noruega (r. 1103-1130), el primer monarca en tomar la cruz, en 1110. Sin embargo, expediciones como el ataque sobre el Imperio bizantino de Bohemundo de Tarento en 1107, que se saldó en desastre, también gozaron de la bendición papal. A juicio de Ana Comnena, esto se debía a las mentiras del pérfido Bohemundo y a la inveterada cólera de los bárbaros contra los griegos (Díaz Rolando, 2016: 486), pero también indica que la definición de cruzada resultaba todavía muy ambigua en el primer tercio del siglo XII.

La Primera Cruzada tenía un objetivo claro, la conquista de Jerusalén, pero no había un plan sobre qué hacer después de conseguirlo, tal vez porque hubiera podido considerarse una actitud soberbia, susceptible de ser castigada por Dios, o porque no se esperaba tal resultado. Dagoberto, el nuevo legado papal y arzobispo de Pisa, fue nombrado patriarca de Jerusalén e intentó que los territorios conquistados se convirtieran en un Estado teocrático gobernado directamente por Roma. Sin embargo, los cruzados tenían otros planes. Godofredo de Bouillon fue nombrado defensor del Santo Sepulcro, asumiendo el control de Jerusalén, si bien rechazó titularse como rey. Tras su temprana muerte, en 1100, fue sustituido por su hermano Balduino (r. 1100-1118), quien tuvo menos reparos y se coronó en Belén el día de Navidad de ese año. Como su propio capellán, Fulquerio de Chartres, reconocía, Balduino se había apenado al conocer la muerte de su hermano, pero enseguida se alegró tras conocer su legado (Asbridge, 2019: 162).

El dominio regio de la nueva monarquía incluía la propia Ciudad Santa y otras importantes localidades, como Acre y Tiro. Además, contaba con importantes señoríos como Cesarea, Sidón, Jaffa, Hebrón y Transjordania. Los francos trasladaron su modelo feudal a Ultramar, si bien también se adaptaron a las estructuras políticas existentes. Por ejemplo, algunos vasallos del monarca recibían feudos en moneda, en imitación de los iqta del mundo musulmán.

Existía una Alta Corte (Haute Cour), una curia regia en la que los vasallos podían aconsejar al rey y participar en la toma de decisiones. Los monarcas jerosolimitanos desarrollaron un aparato burocrático, aunque la cancillería regia no era tan compleja como la de algunas monarquías occidentales, y, aunque cobraban tasas sobre el comercio en los puertos del reino, no desarrollaron un sistema fiscal hasta la segunda mitad del siglo XII. Los reyes de Jerusalén tuvieron una amplia capacidad para nombrar los cargos eclesiásticos y a los maestres de las órdenes militares, pese a las ideas reformistas del papado. En cambio, los grandes señoríos se convirtieron en hereditarios, aunque los monarcas podían confiscarlos o gestionarlos cuando la heredera era una mujer.

Junto a Jerusalén, se conformaron otros tres Estados latinos. A Edesa y Antioquía, creados durante la Primera Cruzada, se unió Trípoli (entre los actuales Líbano y Siria), conquistado por Raimundo de Toulouse y sus sucesores entre 1102 y 1109. La herencia del líder cruzado resulto bastante compleja y conflictiva. Finalmente, sus vástagos, Bertrand y Alfonso Jordán, el hijo de Elvira de León, nacido en Tierra Santa y bautizado en el río Jordán, se repartieron Trípoli y Toulouse. Lo más llamativo es que ni Raimundo ni ningún otro gobernante del siglo XII pensaran en combinar sus posesiones en Occidente y Oriente, creando un pequeño imperio mediterráneo.

La formación de estos cuatro Estados no fue premeditada, sino resultado de la conquista franca y las divisiones internas de la Primera Cruzada. Edesa, Trípoli y Antioquía mantenían una relación de vasallaje con Jerusalén, aunque la última seguía siendo reclamada por Bizancio y en ciertos momentos reconoció la soberanía de Constantinopla. No obstante, había una desunión entre estos territorios, cada uno con sus particularidades, su división feudal interna y sus propios intereses políticos. Por ejemplo, Edesa y Antioquía estuvieron enfrentadas en varias ocasiones e incluso llegaron a aliarse con poderes musulmanes vecinos. El monarca de Jerusalén podía ejercer su autoridad como mediador en estos conflictos o para gestionar las frecuentes crisis sucesorias que se produjeron, decidiendo el matrimonio de las herederas. Esta situación resultó muy frecuente en los Estados latinos y pronto tuvo un primer ejemplo en el propio Reino de Jerusalén. En 1131,

Melisenda, la hija mayor de Balduino II (r. 1118-1131), subió al trono y gobernó junto a su cónyuge, Fulco de Anjou. Este enlace reflejaba lo que se convirtió en la estrategia matrimonial habitual de los principados de Ultramar: emparentar a las herederas con nobles de Occidente para implicarlos en la defensa de estos territorios. Esta tendencia se agudizaría en las décadas siguientes, hasta el punto de que Jerusalén fue el lugar que más reinas titulares tuvo durante la Edad Media. Muchas de ellas ejercieron el poder de manera efectiva. De hecho, la propia Melisenda se enfrentó a su hijo, Balduino III (r. 1143-1162), por el control del reino (Tyerman, 2006: 176-211).

¿Un Estado-guarnición? Los francos y la diversidad social y cultural en Tierra Santa

Los Estados latinos de Ultramar han sido definidos como Estados--guarnición, en los que una minoría franca dominaba militarmente a una población muy diferente desde el punto de vista social y religioso (Bartlett, 2003: 393). En algunas ocasiones se ha llevado esta idea hasta el extremo, planteando que los conquistadores crearon un régimen de apartheid y solo vivían en las principales ciudades. En cambio, los estudios arqueológicos más recientes han evidenciado la presencia franca en el mundo rural. Asimismo, al contrario de lo que sucedió en Jerusalén, donde se expulsó a la población musulmana, en las ciudades conquistadas a partir de 1110 se permitió que sus habitantes siguieran allí. Estos matices no ocultan que la minoría franca tenía una preeminencia política, social y económica incuestionable sobre el resto de grupos y, aunque hubo contactos de todo tipo, sería erróneo plantear que se formó una sociedad multicultural ni mucho menos tolerante (Rubin, 2018: 171). Esta situación, por otra parte, no resultaba anómala en el Mediterráneo oriental. Al contrario, era bastante habitual que una élite militar foránea dominara un territorio social y religiosamente diverso. Este era el caso de muchos atabegs turcos o kurdos en Siria o Iraq, o incluso del propio califato fatimí de Egipto, que controlaba un Estado mayoritariamente suní.

La élite franca estaba compuesta por los nobles, que tenían importantes Estados señoriales, y otros vasallos de estos magnates o del propio rey, que poseían feudos en tierra o en metálico a cambio de prestar servicio militar. Los principales cargos eclesiásticos fueron ocupados por clérigos occidentales, con la excepción de Guillermo de Tiro (1130-1185), patriarca de Jerusalén e historiador, quien había pasado, en cualquier caso, dos décadas formándose en Europa. Peregrinos de toda la cristiandad latina se establecieron allí por motivos piadosos o para mejorar su posición. Así, había una población libre franca de notable tamaño, tanto en

las ciudades como en el ámbito rural, compuesta por artesanos, mercaderes y colonos agrícolas. Las ciudades italianas como Venecia, Génova y Pisa, fundamentales en las conquistas militares y en el transporte de peregrinos, controlaban el tráfico comercial. La importancia de su poderío naval, necesario para la supervivencia de los Estados latinos, hizo que estas comunidades recibieran numerosos privilegios legales hasta convertirse en poderes autónomos en el siglo XIII, con sus propios intereses y con una enorme capacidad de influir en las decisiones políticas del Reino de Jerusalén.

El resto de grupos cristianos tenía una situación legal y política inferior, aunque los armenios eran los más cercanos a la clase dirigente, emparentando con los nobles francos. Las comunidades griegas, muy importantes en ciudades como Antioquía, mantuvieron conflictos con la élite eclesiástica latina de manera habitual. La mayor parte de la población musulmana, ubicada en el ámbito rural o en ciudades como Tiro, Trípoli o la cosmopolita Acre, mantuvo sus leyes y costumbres, y fue gobernada por sus propias élites políticas (rais) y judiciales (cadíes), a cambio del pago de un tributo personal. Este modelo mostraba paralelismos con la situación de los dimmíes (Gentes del Libro, los cristianos y judíos) que vivían bajo dominio islámico. Por último, la conquista franca supuso un descenso notable de la comunidad hebrea, pero esta siguió existiendo (Barber, 2018: 26-50; Tyerman, 2006: 219-240).

Dos o tres generaciones después de la conquista de Jerusalén, los nobles europeos veían a la élite de Ultramar con cierto desdén, considerándolos decadentes. Hubo, por supuesto, numerosos contactos culturales entre los francos y el resto de grupos. Por ejemplo, el intelectual sirio Osama ibn Munqidh (m. 1188) afirmaba tener amigos cristianos e incluso templarios. No obstante, las conversiones resultaron muy infrecuentes y no hubo matrimonios interreligiosos, por lo que las diferencias se mantuvieron y no surgió una sociedad multicultural. Los cristianos y los musulmanes adquirieron un conocimiento mucho mayor del otro y habría cierta aculturación, pero eso no hizo desaparecer la hostilidad ni la pervivencia de estereotipos negativos. Para los nobles occidentales, sus “parientes” orientales podían haber adquirido costumbres “exóticas”, pero para los autores musulmanes seguían siendo

francos que no se adaptaban a la cultura local. Según una historia contada por ibn Munqidh, un noble franco había ido a un baño público musulmán y, al descubrir con asombro que el encargado llevaba rasurado el vello púbico, pidió que le hicieran lo mismo a él y a su esposa, lo que causó una enorme vergüenza y asombro a todos los presentes. La anécdota indica que la élite cruzada estaba adoptando nuevas costumbres. No obstante, el propósito principal de ibn Munqidh era mostrar en tono humorístico la falta de higiene de los francos y la laxitud moral (sexual) de sus mujeres, dos imágenes habitualmente asociadas con ellos que reflejaban la diferencia (y la superioridad) de los musulmanes respecto a los conquistadores (Hillenbrand, 1999: 274-278).

La milicia que no actúa con malicia:

las órdenes militares

En su De laude novae militiae, san Bernardo de Claraval (1090-1153), monje cisterciense que protagonizará el próximo capítulo, hacía un juego de palabras entre la malvada actitud de la mayoría de los caballeros, que se dedicaban a robar y oprimir a los débiles, frente a una nueva milicia, las órdenes militares, que luchaba en defensa de la cristiandad. Al igual que la idea de cruzada, la noción de que una orden religiosa pudiera tomar las armas suponía una revolución en la doctrina cristiana, pero, al mismo tiempo, era consecuente con el pensamiento del papado reformista y el ideal caballeresco que se extendía por Europa. El anhelo de la Iglesia de que los violentos señores feudales cambiaran su forma de vida y canalizaran sus energías contra los enemigos de la fe, ya muy presente en el discurso de Urbano II en Clermont, adoptaba así una forma institucional.

En 1118 (o en 1119), un caballero llamado Hugo de Payens y sus compañeros formaron una confraternidad para defender a los peregrinos que viajaban a Jerusalén. La iniciativa gozó del apoyo papal y una década más tarde se redactó la regla de la Orden del Temple (su primera sede fue la mezquita de al-Aqsa, el antiguo templo de Salomón, de ahí el nombre de la orden), de inspiración cisterciense y en la que resultaba probable que el propio Bernardo de Claraval participara de manera activa. Surgió así una institución que aunaba los votos monásticos de castidad, obediencia y pobreza con la actividad militar en defensa de Tierra Santa. La orden estaba encabezada por un gran maestre y, además de los caballeros, existía un tercer grupo, los sargentos, que podían actuar como soldados, artesanos o sirvientes. El éxito fue enorme y, en poco tiempo, la Orden del Temple recibió el control de importantes castillos en los Estados latinos de Ultramar y numerosas donaciones en Europa que servían para financiar su esfuerzo bélico. La unión de los ideales

religiosos y caballerescos resultó muy atractiva para la nobleza feudal. Además de apoyar económicamente la orden y engrosar sus filas, muchos magnates se asociaron a ella, aunque no llegaran a tomar los votos (Nicholson, 2021: 11-41).

Tres décadas antes del nacimiento del Temple, ya existía la Orden de San Juan, cuyos miembros eran conocidos como los hospitalarios. La institución había sido creada por mercaderes y viajeros de Amalfi (Italia) para atender a los peregrinos que llegaban a Jerusalén. Su importancia creció enormemente tras la conquista cristiana, aumentando sus donaciones en Tierra Santa y en Europa. La orden recibió privilegios fiscales y jurisdiccionales, actuando directamente bajo supervisión papal, como el Temple, y, a finales de la década de 1130 ya hay algunas evidencias de su creciente carácter militar. De manera similar a los templarios, los hospitalarios adquirieron progresivamente una mayor importancia en los Estados latinos de Ultramar gracias al control de numerosas fortalezas (Nicholson, 2001: 16-27).

La autonomía de ambas órdenes las convirtió en actores políticos relevantes que se inmiscuían también en las cuestiones internas de los Estados latinos. La hostilidad de la obra de Guillermo de Tiro, patriarca de Jerusalén, contra templarios y hospitalarios refleja la enorme influencia que alcanzaron. Dicho poder derivaba de su importancia militar, que creció hasta el punto de que sus tropas y castillos resultaron fundamentales en un Reino de los Cielos que vivió en un estado de guerra casi perpetuo.

¿Destinado a desaparecer? La resistente fragilidad del Reino de los Cielos

La formación de los Estados latinos de Ultramar fue el resultado de la Primera Cruzada. Sin embargo, no se produjo un "choque de civilizaciones" en el que la religión alzaba una barrera indivisible entre dos mundos condenados a enfrentarse entre sí. El Reino de Jerusalén se convirtió en un actor político más en un escenario muy dividido en el que la fe no constituía necesariamente el elemento que vertebraba las alianzas. El Egipto fatimí y los gobernantes de Mosul, Alepo y Damasco se enfrentaron a los Estados latinos y también entre sí por asentar y extender su poder en Siria, Mesopotamia y la franja litoral mediterránea. Los francos, en consecuencia, se convirtieron en un nuevo enemigo, pero también en un potencial aliado de todos estos poderes. Los ejércitos tanto cruzados como musulmanes, enormemente heterogéneos e integrados por tropas de diverso origen y fe, reflejaban de manera clara esta situación (Tibble, 2018: 346).

Por tanto, al contrario de lo que a veces se ha defendido, el Reino de Jerusalén no era un cuerpo extraño en la región, condenado a desaparecer, ni sus dos siglos de existencia estuvieron caracterizados por una lenta agonía y una lucha imposible por la supervivencia. Los Estados latinos de Ultramar presentaban unas debilidades estructurales, pero, al mismo tiempo, mostraron una notable capacidad de resistencia y adaptación a las distintas coyunturas políticas que se produjeron a lo largo de este periodo.

La caballería pesada y la disciplina de la infantería, sobre todo durante las marchas, eran las principales bazas cristianas frente a ejércitos en los que tenía un gran peso la caballería ligera y los arqueros montados. Sin embargo, el reducido tamaño y la falta de movilidad de las huestes francas constituían su principal debilidad, ya que dificultaban sus posibilidades de conquistar grandes núcleos urbanos tras apagarse el impulso de la Primera Cruzada. De ese

modo, tras el fracasado asedio sobre Alepo (1124-1125), se frenó la expansión latina. La llegada de nuevos contingentes cruzados de Occidente podía paliar este problema, pero su integración con los ejércitos jerosolimitanos siempre fue compleja. Hubo pugnas por el liderazgo y ambos grupos no siempre compartían los mismos objetivos, como se verá en próximos capítulos (Morton, 2019: 244-257). Por otra parte, pese a reveses tan importantes como la derrota en la batalla del Campo de Sangre (1119) y la muerte o captura de importantes nobles, los Estados latinos mantuvieron su integridad territorial durante cuatro décadas.

El Señor del cielo está perdiendo sus tierras: la conquista musulmana de Edesa (1144)

San Bernardo de Claraval, una vez más, fue capaz de expresar con elocuencia (y de manera un tanto sensacionalista) la conmoción que supuso la conquista musulmana de Edesa en 1144. La caída de la ciudad mesopotámica a manos de Imad ad-Din Zengi (1085-1146) ha sido tradicionalmente vista como el inicio de un periodo en el que una serie de líderes musulmanes reactivaron la yihad y llevaron al borde de la destrucción a los Estados latinos. Una interpretación que, como se verá en el capítulo 5, necesita ciertos matices.

Desde la conquista de Jerusalén, muchos ulemas llevaban reclamando a los gobernantes islámicos que ofrecieran una respuesta conjunta a unas agresiones cristianas a lo largo y ancho del Mediterráneo que parecían no tener fin. La división política debía terminar de una vez por todas. La pérdida de la Ciudad Santa (una de ellas, a ojos islámicos) había tenido un profundo eco en el mundo musulmán e incluso desde Bagdad se hicieron llamamientos esporádicos a la guerra santa. Sin embargo, la actuación de los distintos poderes regionales fue descoordinada y siempre condicionada por otras agendas políticas.

De ahí que la conquista de Edesa encumbrase la figura de Zengi dentro del mundo islámico. De origen kurdo, Zengi era descrito por los autores de la época como un feroz guerrero, hasta el punto de que una vez un hombre había caído muerto con solo mirarlo. Se convirtió en atabeg de Mosul (1128) y de Alepo (1129), conformando un importante poder territorial entre Siria y Mesopotamia. A lo largo de su vida, luchó de manera habitual contra los cristianos, pero también contra otros gobernantes musulmanes. En 1144, al enterarse de que el conde Joscelino II se hallaba fuera de Edesa, atacó por sorpresa la ciudad y la conquistó. Pese a la victoria, los intereses de Zengi se centraban en Mesopotamia, no en atacar a los lejanos Estados latinos. El prestigio

asociado a la práctica de la guerra santa servía, sobre todo, para extender su poder sobre otros gobernantes musulmanes de la zona en aras de la necesaria unidad política frente a los francos (Asbridge, 2019: 268-271). Además, Zengi murió en 1146, lo que provocó una división de su Estado entre sus sucesores. No obstante, la Cristiandad latina ya había comenzado a preparar la respuesta ante lo que se consideró como una amenaza existencial al Reino de los Cielos que tanto había costado crear.

Capítulo 4

Defender lo que con esfuerzo consiguieron vuestros padres. La Segunda Cruzada (1145-1149)

En 1145, el papa Eugenio III (r. 1145-1153) convocó la que es conocida como la Segunda Cruzada. La bula Quantum praedecessores supuso un hito fundamental en la historia de las cruzadas. Los privilegios temporales (protección legal de los participantes y de sus bienes durante la ausencia) y espirituales que se concedían a quienes tomaban la cruz fueron esbozados de manera más concreta, con la convocatoria de Clermont como referencia, y sirvieron de modelo para el futuro. Además, consolidaba la idea de que la Primera Cruzada no había sido algo irrepetible. En las primeras décadas del siglo XII ya se habían efectuado numerosas campañas que habían tenido el apoyo papal y habían sido recompensadas con gracias espirituales, pero no se produjo un llamamiento general a toda la cristiandad como en 1095. Esta nueva convocatoria, por tanto, utilizaba la Primera Cruzada como modelo ideal que repetir, de ahí que haya pasado a la historia como la Segunda Cruzada. El recuerdo mitificado del éxito de esta empresa apelaba a los descendientes de los héroes que habían conquistado Jerusalén para que no consintiesen que se perdiera lo que tanto había costado ganar. Es decir, las cruzadas no terminaron con la recuperación de la Ciudad Santa, sino que podían ser convocadas cuando el papado lo considerara oportuno (Tyerman, 2006: 273-275).

Esta ampliación de la idea de cruzada tuvo también una dimensión geográfica. Además de Tierra Santa, la Segunda Cruzada tuvo otros dos teatros de batalla, la península ibérica y el mar Báltico. Al contrario que en Ultramar, las campañas en los frentes ibérico y teutón respondían a la iniciativa de las élites locales. El papado incentivó estas empresas con la promesa de la remisión de pecados, pero fueron lideradas por los poderes autóctonos, que veían así una manera de legitimar su expansionismo. Sería en estos escenarios secundarios donde las armas cristianas cosecharían sus únicos triunfos.

La cruzada contra los vendos (1147):

nuevas ideas y viejas soluciones

La expansión de los príncipes germanos y, posteriormente, de los reyes daneses por la región occidental del Báltico tenía un sentido religioso desde sus inicios, en el siglo X, ya que se hizo a costa de poblaciones paganas. La idea de guerra santa empezó a acompañar estas campañas desde principios del siglo XII, pero no fue hasta 1147 cuando se consideró un campo de batalla cruzado. A pesar de ello, la dinámica política de la región no cambió de manera sustancial.

Durante su predicación de la Segunda Cruzada, san Bernardo de Claraval extendió los privilegios religiosos a todo aquel que luchara contra los vendos, un pueblo pagano asentado al este del río Elba, por iniciativa propia. Los nobles sajones, fronterizos con estas tribus, no querían acompañar al emperador Conrado III (r. 1138-1152) a Tierra Santa y esta solución permitía asegurar la paz interna en el Sacro Imperio con una campaña exterior. Eugenio III, en abril de 1147, ratificó la decisión de san Bernardo y emitió una bula en la que ya vislumbraba la cruzada como una operación en tres frentes: Edesa, Iberia y el Báltico.

En la campaña participaron guerreros y eclesiásticos del norte de Alemania, Dinamarca y Polonia, y el resultado fue decepcionante para las expectativas creadas por san Bernardo. El ejército cruzado asedió Dobin (Alemania), pero las enormes disensiones internas provocaron que se aceptara una tregua y una promesa vacía de conversión a cambio de retirarse. Las tropas danesas estaban divididas por el conflicto entre Canuto V (r. 1146-1157) y Svend III (r. 1146-1157) por el trono. De manera más significativa, muchos nobles alemanes no veían con buenos ojos la campaña, ya que consideraban que estaban destruyendo sus propias tierras, al estar acostumbrados a extraer tributo de las poblaciones locales. El

ejército posteriormente marchó a Stettin (actual Szczecin, en Polonia), donde la población local alegó que ya eran cristianos. Parte de la hueste consideraba que se estaba utilizando la cruzada para satisfacer los deseos expansionistas de magnates locales a costa de otros correligionarios, por lo que la campaña terminó sin resultados.

San Bernardo, como era habitual en él, tenía unas ideas extremas en las que solo la conversión total o el exterminio eran resultados aceptables. Sin embargo, la nobleza alemana y la danesa estaban acostumbradas a negociar con los vendos e incluso a entablar relaciones matrimoniales con ellos. La conversión y un acuerdo político que preservara la posición de las élites locales era la práctica más habitual en la región para resolver un conflicto. En cualquier caso, a partir de este momento, la expansión de la cristiandad latina en el Báltico sería legitimada por el papado de manera habitual a través de bulas de cruzada (Phillips, 2007: 228-243).

Cruzados asalariados: las conquistas

de Lisboa, Almería y Tortosa (1147-1148)

Para algunos investigadores, la expansión de los reinos cristianos en la península ibérica a costa de los musulmanes a partir del siglo XI sirvió de impulso e inspiración a las propias cruzadas (O'Callaghan, 2004: 24-27). Los autores musulmanes del siglo XII estarían de acuerdo con esta apreciación, pero no lo vieron así ni el propio papado ni los narradores de la Primera Cruzada, como tampoco lo hacen la mayoría de los historiadores actuales. No se cuestiona que la lucha contra el islam en la península ibérica tuviera un claro sentido religioso en el siglo XI, pero, sin duda, la invención de las cruzadas influyó en la aparición de un nuevo lenguaje y una nueva simbología en estos conflictos. Roma también fomentó esta conexión al equiparar en el Concilio de Letrán I (1123) las recompensas espirituales por participar en las luchas contra los musulmanes en la península ibérica con las de Tierra Santa (Ayala, 2004: 46).

De manera tradicional, se consideraba que la participación de un contingente de soldados anglonormandos, flamencos y alemanes en la conquista de Lisboa en otoño de 1147 fue fruto de la casualidad. Esta flota cruzada marchaba camino de los Estados latinos de Ultramar cuando fueron convencidos por Afonso Henriques, rey de Portugal (1128-1185), para ayudarlo en su asedio. Sin embargo, hoy día parece claro que hubo contactos previos y premeditación.

Afonso I entabló una negociación con los cruzados sobre el coste de su servicio. Resulta interesante señalar que, más allá de que parte del grupo no quisiera demorar su viaje a Tierra Santa, los soldados del norte de Europa se encontraban en una paradójica situación. Demandar una excesiva recompensa socavaba los ideales de su voto de cruzada, como los eclesiásticos presentes gustaron de subrayar. En cualquier caso, se alcanzó un acuerdo (en su novela Historia del

cerco de Lisboa, escrita en 1989, el gran escritor y premio nobel José Saramago propone una versión alternativa) por el que los soldados foráneos entregarían la ciudad al rey portugués, aunque tendrían derecho a saquearla. Cualquier soldado que quisiera instalarse allí recibiría tierra acorde a su rango. Al final, la ciudad pactó su rendición, lo que provocó tensiones por el reparto del botín. Algunos cruzados (solo los flamencos, según la interesada crónica de un testigo anglonormando) robaron indiscriminadamente a la población y asesinaron al obispo mozárabe de la urbe, pero los conquistadores mantuvieron su acuerdo. Tras pasar el invierno, la mayoría de los cruzados reemprendieron su viaje, aunque algunos se quedaron, como el inglés Gilbert de Hastings, nombrado obispo de Lisboa.

Esta campaña serviría al monarca portugués para, además de obtener una importante ciudad, asentar su posición. Aunque había adoptado el título regio en 1139, para el papado seguía siendo un dux (duque, aunque el territorio de Portugal originariamente fuera considerado un condado) (Phillips, 2007: 136-167).

En paralelo, Alfonso VII de León (r. 1126-1157) y el conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV (r. 1131-1162), alcanzaron un acuerdo para que los genoveses los ayudaran en las conquistas de Almería y Tortosa, respectivamente, a cambio de un pago en metálico, un tercio de las propiedades de estas urbes y privilegios comerciales para sus mercaderes. El pacto, suscrito en 1146 y con un plan a dos años vista, fue bendecido por el papado, que le otorgó el estatus de cruzada. La predicación de la campaña combinaba los beneficios espirituales con el aliciente de las riquezas a obtener, algo que no le hubiera gustado a san Bernardo.

Alfonso VII conquistó Úbeda y Baeza en el verano de 1147 y llegó a Almería con su ejército, donde se reunió con las flotas catalana y genovesa. La ciudad fue conquistada al asalto y se masacró a la población, lo que no resultaba habitual en las campañas peninsulares. A continuación, las flotas genovesa y catalana marcharon al norte y, tras invernar allí, prepararon la campaña del año siguiente. Tras un prolongado asedio, Tortosa se rindió en diciembre de 1148 (O'Callaghan, 2004: 44-49).

En los escenarios secundarios de la Segunda Cruzada se mezclaron

sin disimulo los alicientes materiales con los espirituales para fomentar la participación de guerreros foráneos. El papado no puso objeción a esta situación si no había una codicia exagerada y porque, en última instancia, la iniciativa de estas campañas partió de las élites locales, no de Roma. A partir de este momento, se sucedieron cruzadas de manera habitual tanto en la península ibérica como en el Báltico. Ambos fueron los teatros de guerra más exitosos, porque, a fin de cuentas, las dinámicas expansionistas de los poderes cristianos en ambas regiones no dependían de la ayuda exterior ni de un papado que se limitó a legitimar dichas campañas. En cambio, la suerte de las armas en Próximo Oriente no iba a resultar favorable a los francos.

Pueblos vacíos y reyes cruzados:

la organización de la Segunda Cruzada (1145-1147)

Si Dios era omnipotente, ¿por qué había permitido que cayera Edesa en manos musulmanas? San Bernardo tenía respuesta para todos aquellos que dudaran de la voluntad divina. El Señor pretendía que necesitaba ayuda por caridad, para que los cristianos tuvieran la oportunidad de purificarse a través de la cruzada.

El célebre monje fue clave en la expansión de la nueva orden cisterciense, pese a que era muy hostil a la creación de la rama femenina, y en la creación de la Orden del Temple. Además, alcanzó mucha notoriedad por su debate con el intelectual Pedro Abelardo (1079-1142). Aunque desde un punto de vista filosófico seguramente perdió, su conclusión de que había que obedecer las Sagradas Escrituras y no intentar demostrar su validez era difícilmente cuestionable. A pesar de estos precedentes, el gran momento de fama de san Bernardo fue la predicación de la Segunda Cruzada. En contraste con el pasivo papel de Eugenio III tras la emisión de la bula en 1145, el monje consiguió que miles de personas pudieran gozar de la oportunidad de redimir sus pecados.

Al igual que en la Primera Cruzada, en estos momentos de ebullición religiosa se multiplicaron los predicadores, varios sin apoyo papal. Algunas de estas figuras difundían un mensaje hostil a una Iglesia cada vez más institucionalizada y poderosa, y sus prédicas derivaron en explosiones de violencia antisemita en el Sacro Imperio, como se estaba convirtiendo en triste costumbre. A pesar de ello, la enorme implicación de san Bernardo con la cruzada hizo que la empresa y, posteriormente, su fracaso, se asociara íntimamente a su figura.

El Domingo de Resurrección de 1146 se organizó en Vézelay una ceremonia que recordaba a la acaecida en Clermont medio siglo

antes. Luis VII de Francia (r. 1137-1180) tomó la cruz en una ceremonia más o menos privada, pero luego hubo un acto público en el que se desató la locura. Tras el discurso de san Bernardo, tantas personas hicieron voto de cruzada que el propio monje tuvo que rasgar tiras de su hábito porque se habían quedado sin tela para las cruces de los peregrinos. En Navidad, consiguió que el emperador alemán Conrado III (r. 1138-1152) se uniera a la empresa tras su vibrante sermón en Speyer. El tour que san Bernardo realizó por Francia y el Imperio solo puede calificarse como apoteósico. Según diversas narraciones, curó a centenares de enfermos, realizó varios exorcismos e incluso resucitó a una persona de entre los muertos. Su éxito fue tal que, en sus propias palabras, los pueblos y castillos quedaron vacíos y, tras predicar en una localidad, apenas se podía encontrar un hombre por cada siete mujeres.

Más allá de narraciones idealizadas e interesadas o ensoñaciones lisérgicas, el reclutamiento de la Segunda Cruzada siguió un modelo muy similar al de la primera. Los contingentes se formaban a partir de redes feudales y familiares, y los participantes debían vender o empeñar sus tierras, normalmente a un monasterio, para afrontar el enorme gasto del viaje. El aspecto más llamativo es la formación de dinastías nobiliarias cruzadas. Aquellas familias cuyos miembros habían participado en anteriores empresas, sobre todo en la Primera Cruzada, desarrollaron una identidad de su linaje alrededor del prestigio que estas campañas conferían. Por ejemplo, siguiendo los pasos de Roberto II de Flandes (m. 1111), conocido como Robertus Hierosolymitanus tras la conquista de Jerusalén, sus sucesores en el condado participaron de manera habitual en las cruzadas. En el momento de partir para la Segunda Cruzada, el conde Teodorico (m. 1168) ya era un veterano de Tierra Santa, donde había luchado en 1139 y donde volvería en otras dos ocasiones más (Phillips, 2007: 99-106).

La otra novedad principal fue la presencia de reyes, que cambiaría la naturaleza de las cruzadas. La intensa labor de predicación fue acompañada de una destacada actividad diplomática para que la nobleza de Francia y el Imperio participara en la campaña y así garantizar la estabilidad interna, sobre todo en Alemania. En el caso francés, estas empresas contribuirían a fortalecer el poder regio,

pues las cruzadas se convirtieron en momentos en que el monarca podría ejercer su autoridad sobre unos nobles muy autónomos. La participación de Luis VII y Conrado III también solventó los problemas de liderazgo de la Primera Cruzada, pues los monarcas dotaban de unidad y coherencia a las tropas de sus respectivos reinos. Por otro lado, la mayor capacidad financiera de los reyes (algo que se incrementaría sustancialmente con el paso del tiempo) y su elevado estatus les dio más libertad para fijar la estrategia a seguir, lo que relegó al papado a una posición secundaria. Estos cambios, sin embargo, no llevaron al éxito militar.

Tensión en Constantinopla, desastre

en Anatolia y fiasco en Damasco: el fracaso

de la Segunda Cruzada (1147-1149)

Las fuentes narrativas de la Segunda Cruzada son todavía más escasas que las de la primera y tuvieron mucha menos difusión. Como reconocía el obispo Otón de Freising (Frisinga, Alemania), hermano de Conrado III y participante en la campaña, nadie tenía muchas ganas de escribir sobre un desastre. El fracaso de la campaña llevó a los autores occidentales a buscar a sus responsables, ya fueran los pérfidos griegos o la traicionera nobleza del Reino de Jerusalén. Más allá de buscar a los culpables de la debacle, los problemas que la cruzada encontró a cada momento revelan que estas empresas, aunque resultaban fundamentales para los Estados latinos desde el punto de vista militar, respondían a unas dinámicas propias de la Europa feudal. En el lapso de tiempo que pasaba desde la convocatoria de cruzada hasta la llegada de los ejércitos, normalmente un par de años, la situación política de la zona podía cambiar. Además, los intereses de la nobleza de Ultramar, una élite que llevaba asentada allí dos generaciones, y, por supuesto, los del Imperio bizantino, eran distintos a los de los contingentes occidentales.

Manuel I Comneno (r. 1143-1180) vio con todavía mayor recelo que su abuelo Alejo I la llegada de los ejércitos cruzados. El emperador bizantino acababa de firmar una tregua con el sultanato turco del Rum, lo que generó una enorme desconfianza a alemanes y franceses. Además, sospechaba (con razón) de las verdaderas intenciones de estos contingentes militares una vez que llegaran a Constantinopla, en especial el de Luis VII, ya que el monarca francés era aliado de Roger II de Sicilia (r. 1130-1154), quien deseaba expandirse por Grecia y el Egeo. Finalmente, Manuel I acabó transportando a los cruzados al otro lado del Bósforo y

accedió a proporcionarles guías y a abrir sus mercados para que se avituallaran, pero no apoyó militarmente la empresa.

Conrado III emprendió la marcha sin esperar al contingente francés y utilizó la misma ruta por Anatolia que la Primera Cruzada había tomado. Desprovisto de alimentos y agua, el ejército alemán resultó prácticamente aniquilado por los continuos ataques turcos. Solo una pequeña parte de este, con el propio emperador herido en la cabeza, consiguió llegar a la Cilicia armenia (sureste de Anatolia), territorio favorable, y de allí a Tierra Santa. Por su parte, las tropas de Luis VII, pese a conocer la suerte de sus compañeros de armas, iniciaron su marcha sin un plan logístico adecuado. Hostigado, pero no vencido, el monarca francés y los grandes nobles se embarcaron desde Anatolia a Tierra Santa, dejando atrás una gran parte del contingente cruzado a su suerte en una zona hostil. El desastre de ambos ejércitos revela el papel fundamental que jugó el apoyo logístico bizantino en la Primera Cruzada. Además, la situación política en Anatolia era diferente 50 años más tarde: el sultanato del Rum había consolidado su poder y ya no era una confederación de pequeños principados, sino un fuerte Estado con capital en Konya (Cobb, 2014: 138).

Pese a todo, la llegada de los dos monarcas en 1148 con refuerzos militares ofrecía a los francos de Ultramar la posibilidad de realizar una campaña ofensiva, el problema radicaba en decidir dónde. Las opciones consistían en atacar Alepo (para evitar que Nur al-Din, hijo de Zengi, asentase su poder en Siria), intentar conquistar una debilitada Damasco o dirigirse hacia Ascalón en el sur. Aunque la primera posibilidad parecía la más razonable, finalmente se optó por tratar de tomar Damasco, como se había probado sin éxito en 1128-1129. Dos décadas después, el resultado fue el mismo.

Una de las leyendas más famosas de las cruzadas fue que Raimundo de Antioquía (c. 1105-1149) y la célebre Leonor de Aquitania (1122-1204) habían mantenido un romance cuando ella se hospedó allí con su marido, Luis VII. Además de adúltera, se trataba de una relación incestuosa, ya que Raimundo y Leonor eran tío y sobrina. El monarca francés, herido en su orgullo, se negó por tanto a atacar Alepo, al considerar que el príncipe de Antioquía sería el mayor beneficiado de la campaña. La historia de esta relación prohibida

fue muy popular en la Edad Media, pero todas las obras que la mencionan fueron escritas tiempo después, tras la anulación del matrimonio entre Leonor y Luis VII, en 1152. La aristócrata había heredado el enorme ducado de Aquitania muy joven e inmediatamente se casó con el monarca francés. La oposición de varios nobles a la reina, el deseo de esta de anular el matrimonio y la ausencia de herederos varones (tuvieron dos hijas) llevó a la disolución del enlace por motivos de consanguinidad (comodín que podía usar la élite cuando le convenía, no solo el papado). Dos meses después, Leonor se casó con el futuro Enrique II de Inglaterra (r. 1154-1189) y el matrimonio resultó en la creación del Imperio angevino (un enorme dominio territorial a ambos lados del canal de la Mancha) y en el nacimiento de ocho hijos, cinco de ellos varones, pero esa es otra historia.

La realidad política de 1148, en cambio, era más prosaica. Tras la destrucción de Edesa en 1146, la campaña en el norte de Siria no tenía ya tanto sentido. Además, el ataque a Alepo hubiera requerido una capacidad bélica, sobre todo en lo que respecta a máquinas de asedio, de la que los cruzados carecían. Ascalón, la llave de paso a Egipto y viceversa, tenía una importancia estratégica clave, pero habría beneficiado a Amalrico, conde de Jaffa y hermano menor de Balduino III, que rivalizaba con el propio monarca. Damasco, por tanto, se convirtió en una solución de compromiso. La ciudad no era un objetivo militar erróneo ni imposible de alcanzar. Además, ofrecía a los soldados occidentales el aliciente de viajar a Jerusalén primero y así completar su voto de cruzada, cuestión nada baladí a la hora de decidir una estrategia, como sucedió en la Primera Cruzada y volvería a suceder en el futuro. En cualquier caso, las disensiones internas y el rápido apoyo de Nur al-Din a la ciudad obligó a los cruzados a retirarse. Luis VII y Leonor de Aquitania permanecieron en Tierra Santa hasta 1149, pero sin embarcarse en ninguna campaña de relevancia.

El fracaso estrepitoso de la Segunda Cruzada tuvo consecuencias de largo alcance. La muerte de Raimundo de Antioquía, en 1149, y la captura de Joscelino II de Edesa al año siguiente supusieron la desaparición definitiva del condado de Edesa y la consolidación definitiva de Nur al-Din como gran poder en la zona norte de Siria. Además, la visión idealizada que los nobles occidentales tenían de

Tierra Santa desapareció, al conocer que el faccionalismo y la división política también existían en el Reino de los Cielos, como en cualquiera de las monarquías feudales de Europa. Hubo, empero, aspectos positivos desde el punto de vista cristiano. Como se consolaba el obispo Otón de Freising, no se habían extendido las fronteras territoriales, pero sí se habían salvado muchas almas. Este balance podía ofrecer cierto consuelo a san Bernardo, quien recibió enormes ataques por el desastre de la empresa, hasta el punto de ser tildado de falso profeta. A pesar de ello, el monje siguió gozando de una notable fama. Canonizado en 1174, tuvo el honor de aparecer en la Divina comedia de Dante (1265-1321), sustituyendo a Beatriz como guía en la parte final del viaje. Un balance similar se puede hacer con la figura de Luis VII, quien obtuvo un enorme prestigio por su tenacidad y devoción a pesar del fracaso militar y los rumores sobre el adulterio de su esposa. Finalmente, el papado consiguió crear un modelo de cruzada que serviría de referente para el futuro (Tyerman, 2006: 321-338). En la segunda mitad del siglo XII se produjeron nuevos llamamientos con escaso eco, pero, cuando la situación en Jerusalén se tornó angustiosa, se volvió a demostrar la capacidad de Roma de liderar a la cristiandad en una causa común.

Capítulo 5

La luz y la rectitud de la fe. Saladino,

la unión del mundo musulmán y la crisis

del Reino de Jerusalén

Nur al-Din (la luz de la fe) y Saladino (la rectitud de la fe) fueron ensalzados por los autores musulmanes del siglo XII, al considerarlos los sucesores de Zengi en la lucha por expulsar a los invasores cristianos. Como se verá en este capítulo, la guerra santa resultó fundamental para consolidar la posición de ambos gobernantes, pero su actuación política resultó mucho más compleja. Por otra parte, los paralelismos y las continuidades entre ambos son evidentes, con una notoria diferencia: mientras que Nur al-Din (1118-1174) no es alguien muy conocido, Saladino (1137-1193) es uno de los personajes más populares de la Edad Media y una figura con tintes míticos para el mundo islámico.

Saladino se convirtió en un referente para los intelectuales musulmanes desde su muerte, pero fue el nacionalismo árabe, a mediados del siglo XIX, el que popularizó su figura. Las luchas por la independencia en Siria o Egipto lo utilizaron como modelo de éxito frente a Occidente. En los últimos 60 años, numerosos políticos han intentado vincularse a la memoria del sultán para ensalzar su propia posición. El presidente egipcio Gamal Abdel Nasser (1918-1970) impulsó la célebre película Saladino (1963), en la que se intentaba mostrar un claro paralelismo entre ambos. En 1996, la obtención por parte de la autoridad palestina de la custodia de los lugares sagrados en Jerusalén fue para su líder, Yasir Arafat (1929-2004), el triunfo de Saladino. Incluso líderes chiitas, como el antiguo líder sirio Háfez al-Ássad (1930-2000), padre del actual presidente, buscaron asociarse con el exitoso gobernante kurdo. El deseo de atraerse a este grupo étnico hizo que, en fechas más recientes, Recep Tayyip Erdogan (n. 1954), primer ministro y luego presidente de Turquía durante los últimos 20 años, potenciara el recuerdo de su figura. El caso más peculiar fue el del presidente iraquí Sadam Huseín (m. 2006). El célebre dictador era originario de Tikrit, como Saladino, por lo que llegó a cambiar su fecha de

nacimiento a 1937, haciéndose pasar por dos años más viejo, para que coincidiera con el octavo centenario del nacimiento del sultán (Phillips, 2021: 502-525).

A día de hoy, perviven multitud de estatuas, calles, escuelas, etc., en honor a Saladino. Su memoria es tan poderosa porque su éxito militar y político evoca un ideal de unidad del mundo musulmán, aunque fuera efímero y, en parte, ficticio.

Nur al-Din y Saladino: una yihad

para atraerlos a todos

El concepto de yihad fue (y sigue siendo) muy debatido por los ulemas y demás intelectuales islámicos, interpretándose a veces como una lucha interior, no una forma literal de combatir a los infieles. Al mismo tiempo, esta idea no cuestionaba el respeto (tolerancia sería un término exagerado para cualquier sociedad medieval y debatible en la actualidad) a las minorías judías y cristianas que vivían bajo dominio musulmán (los dimmíes, las Gentes del Libro), que mantenían su fe y sus costumbres a cambio del pago de un impuesto. En cualquier caso, la agresión cristiana debía responderse a través de la guerra santa. Por tanto, las fuentes musulmanas favorables a las dinastías zengí y ayubí presentaron a Nur al-Din y luego a Saladino como los únicos gobernantes que priorizaron la yihad contra los invasores para así recuperar Jerusalén. La importancia de la causa, pues luchaban por el bien de todos los musulmanes, servía a su vez para consolidar su poder en nombre de la necesaria unidad del islam (Hillenbrand, 1999: 32).

Nur al-Din fue el segundo de los hijos de Zengi y heredó de su padre el gobierno de Alepo en 1146. El Estado que había creado el guerrero kurdo se dividió entre sus hijos, pero Nur al-Din empezó enseguida a reconstruirlo y ampliarlo. Sin embargo, tras liquidar los restos del condado de Edesa y hacerse con Mosul, no se lanzó sobre el resto de Estados latinos, sino que sus ojos estaban puestos en Damasco, bajo dominio musulmán. Tras impedir que los cruzados tomasen la ciudad en 1149, el líder kurdo se hizo con ella en 1154.

A partir de la década de 1160, Nur al-Din sí empezó a alentar el discurso de la yihad y la recuperación de Jerusalén. Los monumentos de Damasco se llenaron de inscripciones con esta temática e incluso ordenó la elaboración de un mimbar (púlpito desde el que el imán da los sermones) para instalar en la mezquita

de al-Aqsa en Jerusalén cuando ganase la ciudad. Sin embargo, su principal objetivo era la conquista del califato fatimí de Egipto.

El país del Nilo gozaba de una enorme riqueza agrícola y El Cairo constituía un centro comercial de primera importancia, donde convergían las mercancías procedentes de Europa, Asia, África y el Índico. A pesar de ello, en la segunda mitad del siglo XII el califato fatimí afrontaba una terrible crisis política, devorado por conflictos internos. Esta situación estaba siendo aprovechada por el Reino de Jerusalén. Balduino III y los barones del sur confiaban en extender sus dominios en la región. En 1153, los latinos tomaron la importante ciudad de Ascalón, lo que también muestra que la historia de los Estados de Ultramar no fue la de una inexorable agonía (Barber, 2018: 237). Amalarico I (r. 1162-1174), tras suceder a su hermano mayor en el trono, fue más allá. El nuevo rey, descrito por las fuentes como un individuo muy gordo, pero muy vigoroso, se preparó para conquistar El Cairo. Algunos historiadores han considerado la estrategia del monarca enormemente ambiciosa y peligrosa, responsabilizando a sus acciones de la futura caída del reino. Sin embargo, esta es una interpretación teleológica condicionada por el conocimiento de lo que iba a acontecer 20 años después. Además, Amalarico I no tenía muchas más opciones, pues una apuesta tan arriesgada era la única alternativa a mantener una perpetua guerra defensiva (Tibble, 2020: 281).

La presión militar cristiana sobre Egipto ofreció a Nur al-Din una excusa legítima para intervenir. Además, acabar con el poder de los fatimíes (que eran chiitas) en el país del Nilo fortalecería su imagen como defensor de la fe para seguir gozando del favor de los ulemas suníes mientras esperaban a que cumpliera el sueño de recuperar Jerusalén. Nur al-Din envió un ejército que defendió Egipto de los ataques francos y se hizo con el poder. En 1169, el califa al-Adid se convirtió en un títere del general kurdo Asad ad-Din Shirkuh, quien llevaba las riendas del gobierno desde su puesto de visir. Apenas dos meses después de ocupar el cargo, Shirkuh murió a causa de los excesos de la vida disipada que llevó durante este breve periodo de tiempo, según algunos testimonios maliciosos. Su sobrino, Saladino, heredó su posición y, dos años después, tras el fallecimiento por causas naturales del joven al-Adid, decidió acabar con la ficción política y asumir el título de sultán, poniendo fin a dos siglos de

dominio fatimí en Egipto. Saladino reconocía la autoridad religiosa del califa suní de Bagdad y la soberanía de Nur al-Din, pero el conflicto con él parecía inevitable. Sin embargo, su señor le concedió un último regalo al morir en 1174, lo que le dio vía libre para conformar un gran imperio (Cobb, 2014: 142-145 y 162-165).

Las fuentes contemporáneas presentan una imagen idealizada de Saladino, pero resulta indudable que su enorme éxito se explica por, entre otras razones, su gran talento político. Su posición como sultán necesitaba una especial justificación por su procedencia social y étnica, ya que ni su origen kurdo ni su familia ofrecían el prestigio o el abolengo de las grandes dinastías árabes o persas. Por ello, al principio se presentó como defensor de los derechos de As-Salih, el jovencísimo hijo de Nur al-Din, y en las monedas y en las plegarias de los viernes su nombre acompañaba al de Saladino. Su matrimonio con Ismat, una de las viudas de su anterior señor, seguramente también contribuyó a legitimar su posición.

El otro gran pilar sobre el que construyó su autoridad fue la lucha contra los francos. A pesar de que entre 1174 y 1186 Saladino pasó solo 11 meses en campaña contra los cristianos, frente a 33 contra los musulmanes, y a que potenció el comercio con los Estados latinos, el sultán consiguió erigirse como el defensor de la fe y utilizar hábilmente la propaganda para presentar a los sucesores de Nur al-Din como obstáculos para la guerra santa. A lo largo de estos años consiguió reunificar los territorios que había gobernado su señor hasta crear un enorme Estado que incluía Egipto, Damasco, Alepo y Mosul. Las monedas de Saladino lo titulaban “sultán del islam de los musulmanes”, pero su vasto imperio, que se extendía desde el Éufrates al Nilo, no era un territorio férreamente unido, sino una coalición de entidades políticas controladas por él y sus familiares, y mantenidos por el prestigio del sultán y una conjunción de intereses (Asbridge, 2019: 423; Phillips, 2021: 28-29).

El Reino de los Cielos en peligro: la batalla

de Hattin y la conquista de Jerusalén (1187)

Guillermo de Tiro (1130-1185), patriarca de Jerusalén, historiador y tutor de Balduino IV (r. 1174-1185), no llegó a ver la conquista musulmana de la Ciudad Santa, pero supo vaticinar la amenaza que se cernía sobre el reino. En una página memorable de su historia sobre los Estados latinos de Ultramar, Guillermo de Tiro advirtió en 1184 del peligro que suponía la insólita unión de todos los territorios musulmanes adyacentes conseguida por Saladino. Según el patriarca jerosolimitano, los pecados de los francos y la pérdida del celo religioso y del talento militar que habían caracterizado a sus antepasados habían sumido al reino en una profunda crisis. Esta situación de debilidad resultaba aún más dramática por el proceso de unificación política que habían impulsado, de manera consecutiva, Zengi, Nur al-Din y finalmente Saladino. A pesar de que lo hicieran a regañadientes, todos los territorios de Siria y Egipto obedecían ahora a la voluntad del sultán (Tyerman, 2006: 343).

Gracias a intereses comunes, alianzas matrimoniales y un posible (y temporal) reconocimiento de soberanía, el Reino de Jerusalén mantuvo una buena relación con Bizancio hasta la muerte de Manuel Comneno, en 1180. A partir de entonces Constantinopla se alejó de los Estados latinos y firmó un acuerdo de paz con Saladino, antes de ensimismarse en una terrible crisis interna, como se verá en el capítulo 7. De Occidente llegaban de manera esporádica pequeños grupos de cruzados, pero no servían para alterar el equilibrio de fuerzas en la región.

La situación interna de Ultramar era, además, enormemente complicada. El joven Balduino IV (r. 1174-1185) heredó la corona de su padre, Amalarico I, con 13 años, pero al estar enfermo de lepra resultaba evidente que su reinado sería breve y que había que

preparar la futura sucesión. En 1183 se asoció al trono a su joven sobrino, Balduino V, quien fue proclamado monarca dos años más tarde, tras la muerte de Balduino IV. Sin embargo, quién debía ejercer de regente del rey niño dividía a la nobleza. De manera llamativa, Balduino IV no quiso que su hermana, Sibila, madre del futuro monarca, ocupara ese cargo. Tal vez el precedente de la reina Melisenda y su enfrentamiento con su hijo Balduino III por el poder cuando este alcanzó la mayoría de edad influyó en esta decisión (Nicholson, 2022: 101-103). En cualquier caso, Balduino V murió en 1186, lo que convirtió a Sibila en reina.

La crisis del Reino de Jerusalén y la conquista de Saladino son acontecimientos bastante populares gracias a la famosa película El reino de los cielos (Ridley Scott, 2005). La obra se tomó numerosas licencias artísticas, lo que provocó que algunos de los investigadores más célebres de las cruzadas, sobre todo los más conservadores, se escandalizaran. El objetivo de la película no era dar una lección de historia, sino hacer una reflexión sobre temas e inquietudes muy presentes a principios del siglo XXI, sobre todo la tolerancia y la convivencia entre distintas religiones. En cualquier caso, se habría agradecido que los principales personajes fueran algo más complejos, aunque Saladino, interpretado por el actor sirio Ghassan Massoud, sí obtuvo un reconocimiento unánime.

En el caso de la reina Sibila, encarnada por Eva Green, su biografía fue ampliamente modificada, pero el resultado no fue del todo satisfactorio. Los estereotipos de género y las expectativas culturales que transmiten las fuentes dificultan analizar la actuación política de la reina, aunque es innegable que jugó un importante papel en unos años críticos (Nicholson: 2022: 2-3). Sibila tuvo a su hijo Balduino V con su primer esposo, Guillermo de Montferrato, conocido como Espadalarga, conde de Jaffa y Ascalón. Tras enviudar, se casó con Guido de Lusignan, en 1180, quien suscitaba un enorme rechazo entre la nobleza local. En 1186, los barones del reino aceptaron a Sibila como monarca a cambio de que se divorciara de Guido para después casarse con quien quisiera. La reina, hábilmente, rompió su enlace con su marido para acto seguido volver a elegirlo como cónyuge. En la película, en cambio, Sibila detesta a su esposo y se casa con él por obligación. Además del amor genuino que pudiera profesarle a Guido, el noble era el

único líder militar que inspiraba confianza en Occidente, lo que explica la decisión de la reina (histórica). Sin embargo, esto podía interpretarse en el siglo XXI como símbolo de una esposa sumisa, por lo que resultaba más sugerente presentar a Sibila como una mujer emancipada que tenía un (ficticio) romance con Balian de Ibelin, el protagonista. Este cambio, de manera paradójica, acabó socavando la propia independencia de la Sibila cinematográfica, pues la llevó, en última instancia, a renunciar a su trono por amor, algo que no sucedió. La reina en realidad murió en el asedio de Acre, en 1190, luchando junto a su marido por recobrar sus tierras.

De vuelta a la historia, se consideraba de manera tradicional que los cautos y prudentes barones de las familias locales fueron postergados en la Haute Cour del Reino de Jerusalén por intrigantes cortesanos y temerarios nobles occidentales, encabezados por Guido de Lusignan, quienes provocaron a Saladino. Sin embargo, la actitud belicosa de magnates como Reinaldo de Châtillon, señor de Transjordania, tenía precedentes en el reinado de Balduino IV, hasta que la enfermedad impidió al monarca liderar las tropas en persona. Además, esta visión simplifica la profunda (y cambiante) división de la élite del reino y la enorme autonomía que algunos nobles tenían, hasta el punto de firmar treguas particulares con el sultán. Más que una diferencia ideológica entre “halcones” y “palomas”, la política del reino dependía de los intereses personales de la facción dominante en la corte, algo que variaba significativamente según la coyuntura.

El ataque de Reinaldo de Châtillon a una caravana de peregrinos que atravesaba sus dominios en dirección a La Meca, a principios de 1187, fue el detonante para que Saladino declarara la guerra a Jerusalén. Para las fuentes musulmanas, el inicio de las hostilidades estaba escrito en las estrellas. En 1169, cuando se convirtió en visir en El Cairo, Saladino dejó de tomar vino como muestra de su reforzada devoción (y tal vez para no seguir los pasos de su tío Shirkuh). En 1186, el sultán enfermó de gravedad, lo que interpretó como un inequívoco mensaje divino para reemprender la yihad. Más allá de que este tipo de catarsis se tratara de un lugar común habitual en obras panegíricas, tanto musulmanas como cristianas, Saladino debía ser consciente de su superioridad militar y de la oportunidad que se le presentaba por las disensiones internas de sus

enemigos.

El avance del poderoso ejército de Saladino en verano de 1187 ofrecía un dilema a los Estados latinos de Ultramar: presentar batalla o atrincherarse en los castillos y fortalezas del reino, permitiendo que los musulmanes saquearan la tierra a placer y se apoderaran de numerosas plazas. Las batallas campales en la Edad Media resultaban un acontecimiento excepcional que pervivía en la memoria durante generaciones. Su utilidad militar era limitada, aunque las consecuencias de una gran derrota podían ser terribles. Hay, por tanto, un enorme debate sobre el papel de estos choques en la estrategia medieval. Un gran número de historiadores plantea que, por norma general, los comandantes evitaban las batallas campales y estas se producían en momentos en que resultaba inevitable, como durante un asedio o cuando no hacerlo podía socavar la posición política de un gobernante. En fechas recientes, en cambio, se ha sugerido que algunos líderes militares, conscientes de su superioridad táctica, buscaban el enfrentamiento directo para resolver un conflicto. Esta cuestión tiene muchos más matices, pero sirve para situar la decisión del ejército cristiano de salir al paso de Saladino.

Es del todo imposible conocer los motivos últimos que llevaron a los latinos a presentar batalla, pero resulta probable que la experiencia anterior influyera en las acciones de Guido de Lusignan. En una situación parecida, en 1183, durante el asedio de Kerak, el noble, que ejercía la posición de regente, había preferido evitar el choque directo con Saladino. Fue el propio rey Balduino IV quien se presentó al frente del ejército, aunque tuvo que ser trasladado en una litera por su enfermedad, y quien consiguió que los musulmanes levantaran el cerco. Las dudas de Guido le hicieron perder el favor político del monarca y su puesto en la corte. En consecuencia, cuatro años después, en un momento en que su posición era muy discutida, la decisión de aceptar una batalla campal podía no ser la mejor opción desde el punto de vista militar, pero era necesaria para mantener su prestigio político. En julio de 1187, el ejército cristiano, rodeado y sediento, fue masacrado por las tropas de Saladino en la batalla de los Cuernos de Hattin. La vera cruz, símbolo del Reino de Jerusalén y presente en el choque para gozar del favor divino, no parece que surtiera gran efecto y

terminó en poder de los musulmanes.

La derrota cristiana se tradujo en miles de bajas y en la captura de gran parte de la nobleza del reino, entre ellos Guido de Lusignan, lo que dejó la tierra desprotegida. En cuestión de semanas, Acre, Arsuf, Nazaret, Cesarea, Haifa, Sidón, Beirut y un largo elenco de ciudades y fortalezas se rindieron a Saladino. La fama del sultán de ofrecer condiciones favorables a los vencidos y respetar dichos acuerdos aceleró este proceso. Los focos de resistencia se concentraron en Ascalón, donde la reina Sibila empezó a negociar el rescate de su marido, y, sobre todo, en Tiro. La localidad costera, reforzada con contingentes de refugiados, se convirtió en el principal enclave militar del reino, liderada por Conrado de Montferrato (m. 1192), hermano menor del primer esposo de Sibila (Tyerman, 2006: 357-374).

Saladino tomó entonces la decisión de dirigirse a Jerusalén, no a Tiro, aunque el valor militar de la ciudad era muy reducido, ya que resultaba fundamental desde el punto de vista propagandístico. Tras un breve asedio, Balian de Ibelin (c. 1144-1193), un importante noble local, no el herrero "hecho a sí mismo" interpretado por Orlando Bloom en El reino de los cielos, rindió la Ciudad Santa en octubre de 1187. Al contrario de lo que sucedió en 1099, Saladino optó por una solución pacífica y mostrar su magnanimidad, permitiendo a la población cristiana abandonar Jerusalén tras el pago de un rescate, aunque los que no pudieron permitírselo fueron vendidos como esclavos. El sultán hizo traer el mimbar que Nur al-Din había mandado construir y, dos décadas y media más tarde, lo instaló en la mezquita al-Aqsa de Jerusalén (el que se encuentra allí hoy día es de una réplica, pues el original fue destruido por un incendio en 1969). Este púlpito, conocido como el mimbar de Saladino, puede verse como un ejemplo más de la continuidad entre ambos gobernantes y de como el sultán se apropió del legado de su antiguo señor. El primer viernes después de la conquista, Saladino escuchó en la mezquita el sermón de Muhyi al-Din, un importante imán de Damasco, en el que el religioso le ensalzaba como defensor de la fe y protector de Tierra Santa (Cobb, 2014: 192-194). Este momento fue el punto culminante de su carrera política, pero no el final de su lucha contra los cristianos.

Pocos días después, a más de 3.000 kilómetros de distancia de Jerusalén, las noticias de la derrota cristiana y la pérdida de la vera cruz en la batalla de Hattin llegaron a Roma. El papa Urbano III (r. 1185-1187), quien aún desconocía que la Ciudad Santa ya había sido conquistada por los musulmanes, al parecer, se murió del disgusto. La respuesta de Occidente no se hizo esperar, aunque tardaría cuatro años en llegar.

Capítulo 6

A las puertas del apocalipsis.

La Tercera Cruzada (1187-1192)

Joaquín de Fiore (1135-1202), un monje cisterciense de Calabria, era tan célebre por sus poderes proféticos que, cuando Ricardo I de Inglaterra (r. 1189-1199) llegó a Messina en 1190, de camino hacia Tierra Santa, quiso entrevistarse con él. Juntos discutieron sobre el Apocalipsis de san Juan y Joaquín de Fiore le explicó al monarca inglés el significado del dragón rojo de siete cabezas. La bestia representaba al diablo y cada una de dichas cabezas simbolizaba los grandes perseguidores de la Iglesia. Cinco de ellas ya habían caído, pero la sexta era Saladino. Una vez que fuera derrotado, solo quedaría la última, la del anticristo, que precedería la segunda venida de Jesús y el fin de los tiempos.

La figura de Saladino tomó un papel central en la convocatoria de la Tercera Cruzada. La bula papal lo equiparaba al diablo y era frecuentemente referido como "hijo de Satanás" o asociado con el anticristo. Sin embargo, su imagen sufrió una transformación radical después la cruzada. A partir de entonces se presentó al sultán como un digno oponente y se mitificó su enfrentamiento con Ricardo I, de donde surgieron todo tipo de anécdotas y leyendas. Aunque ambos monarcas nunca se vieron en persona, posteriormente circularon historias sobre un duelo entre ambos. Enrique III de Inglaterra (r. 1216-1272), sobrino del rey angevino, llegó incluso a encargar un cuadro del supuesto combate para su palacio de Clarendon. Saladino, por tanto, se convirtió en un modelo de honor, cortesía y generosidad en el imaginario del Occidente medieval. La obra anónima Ordene de chevalerie (c. 1210-1220), uno de los tratados caballerescos más célebres de la Edad Media, tenía a Saladino como protagonista. El sultán apareció en el Decamerón (1351-1353) de Bocaccio y tuvo el "honor" de ubicarse en el primer círculo del infierno de Dante en la Divina comedia (1321), junto a héroes y filósofos de la Antigüedad y a los también musulmanes Avicena (m. 1037) y Averroes (1126-1198). Dicha fama ha pervivido durante siglos. Voltaire (1696-1778) lo admiraba, considerándolo un buen hombre y un filósofo. En El

talismán (1825), la célebre novela histórica de Walter Scott, Saladino rompía los estereotipos orientalistas y era un buen gobernante. Por último, El reino de los cielos (Ridley Scott, 2005) pone de manifiesto como su imagen de hombre culto, inteligente y honorable se mantiene hasta nuestros días (Phillips, 2021: 434-451).

Escuchando a la Divina Providencia:

la organización de la Tercera Cruzada (1187-1189)

El 29 de octubre de 1187, tan solo ocho días después de ser elevado al trono de San Pedro por la muerte de su predecesor, Gregorio VIII proclamó la bula Audita tremendi. La Divina Providencia había decidido castigar de manera terrible a los cristianos con la pérdida de Jerusalén, por lo que el papado apelaba a los creyentes a que se arrepintieran de sus pecados y ¿qué mejor manera de demostrar su deseo de contrición que con una cruzada para recuperar la Ciudad Santa?

La bula papal ofrecía la remisión de todos los pecados sin introducir ninguna novedad relevante al modelo creado en la Segunda Cruzada. No obstante, la respuesta a la caída de Jerusalén reinventó la forma de organizar las cruzadas. El papado diseñó una predicación sistemática y centralizada desde Roma. Se crearon impuestos específicos destinados a financiar la empresa, el conocido como diezmo de Saladino, para profesionalizar el reclutamiento, si bien las cruzadas siempre mantuvieron un componente popular. Por primera vez, el transporte marítimo se convirtió en el principal medio para trasladar a los ejércitos a Tierra Santa, con la excepción del contingente alemán. Este sistema resultaba muy caro, pero era más rápido, seguro (no había que exponerse a atravesar Anatolia) y no dependía de Bizancio. Además, revelaba la superioridad naval cristiana en el Mediterráneo, que no había hecho sino aumentar desde la Primera Cruzada. Finalmente, en este momento el término crucesignatus se convirtió en la forma predominante de denominar a los que habían hecho voto de cruzada, no como peregrinos, viajeros o soldados de Cristo, lo que indicaba que las cruzadas ya se habían convertido en una realidad cotidiana en la Europa de finales del siglo XII.

A pesar de los conflictos internos y el cálculo político de todos los

gobernantes, la cristiandad respondió a la llamada de Roma. El emperador alemán Federico Barbarroja (r. 1155-1190), antiguo enemigo del papado y veterano de la Segunda Cruzada (por entonces era solo duque de Suabia), se hizo un poco de rogar en esta ocasión, pero pronto se entusiasmó con la idea. De manera caballeresca, en 1188 envió una carta a Saladino para indicarle el final del tratado de amistad que habían suscrito 13 años atrás (Freed, 2016: 355). Por su parte, los monarcas inglés y francés, enfrentados entre sí, solo estaban dispuestos a participar si iban ambos a Tierra Santa. Los reyes de Inglaterra eran vasallos de los de Francia por los territorios (Normandía, Anjou y Aquitania) que tenían en el continente, aunque, debido a su poder, mayor que el de los reyes Capeto, reconocían a regañadientes esta situación. Esta compleja relación daba lugar a conflictos entre ellos de manera habitual, pero, por fortuna, se produjo un milagro durante la reunión que Enrique II de Inglaterra (r. 1154-1189) y Felipe (Augusto) II de Francia (r. 1180-1223) sostuvieron en 1188. La aparición de una cruz en el cielo convenció a ambos reyes de partir hacia Jerusalén. El monarca inglés falleció poco después, pero su hijo y heredero, Ricardo I, conocido como Corazón de León, hizo el voto de cruzada con mayor convicción todavía que su padre. No obstante, la tensión entre ambos monarcas viajó con ellos a través del Mediterráneo.

Ninguna otra cruzada pasada ni futura reunió un elenco tan célebre de gobernantes. La participación de los monarcas garantizaba que se formara un enorme contingente militar, pues además de servir de estímulo a los nobles para unirse a la expedición con sus propios séquitos, su mayor capacidad económica les permitía reclutar un gran número de tropas bajo su mando directo.

Las diferencias en las estructuras políticas de cada territorio condicionaron la forma de organización y financiación de sus respectivos ejércitos. El contingente alemán reunió una gran cantidad de tropas, posiblemente entre 12.000 y 15.000 hombres, una cuarta parte de ellos caballeros, pero tenía un carácter descentralizado (Loud, 2010: 19). Por el contrario, la mayoría de las tropas inglesas y francesas, aunque también incluían destacadas huestes nobiliarias, dependían directamente de sus reyes. Había, no obstante, particularidades en cada uno de ellos. Los menores

recursos de Felipe Augusto, que controlaba un dominio regio de tamaño más reducido y contaba con un sistema fiscal mucho más débil, le permitieron reclutar 650 caballeros y 1.300 escuderos a caballo. En cambio, Ricardo I reunió una flota de 100 navíos, 20 galeras y diez barcos de transporte, necesarios para transportar a varios miles de personas. Entre 1189 y 1190, el monarca inglés gastó en los preparativos de su viaje la astronómica cantidad de 14.000 libras, más de la mitad de los ingresos anuales de la Corona (Tyerman, 2006: 433).

Las diferencias entre ambos reinos también se observan a otros niveles. El mayor desarrollo administrativo de Inglaterra se tradujo en una recaudación mucho más eficiente del "diezmo de Saladino". Al contrario que en Francia, y que en anteriores cruzadas, el número de nobles anglonormandos que tuvo que empeñar o vender sus propiedades para costearse el viaje a Jerusalén fue mucho más reducido. Sí hubo un importante número de donaciones a instituciones religiosas para que rezaran por su alma, lo que indica que eran conscientes de los enormes peligros que la empresa comportaba. Más de dos tercios de estos magnates tenían conexiones con órdenes religiosas vinculadas a Tierra Santa, lo que vuelve a mostrar la importancia de la tradición familiar a la hora de tomar los votos de cruzada (Bennet, 2021: 50-51).

Los preparativos para la Tercera Cruzada fueron concienzudos, pero muy lentos. Federico I Barbarroja marchó hacia Constantinopla en 1189, pero Felipe Augusto y Ricardo I no empezaron sus respectivos viajes hasta 1190 y terminaron alcanzando Tierra Santa en 1191. En el momento de su llegada, hacía ya dos años que los Estados latinos estaban en guerra, intentando recuperar su reino de manos de Saladino.

Acre, destino de todas las naciones cristianas bajo el firmamento (1189-1191)

Tras las rápidas conquistas de Saladino, el condado de Trípoli y el principado de Antioquía resistieron sin sustantivas pérdidas territoriales, pero el Reino de Jerusalén quedó reducido a Tiro, Ascalón y una serie de fortalezas aisladas. Sin embargo, tras la liberación de Guido de Lusignan, él y la reina Sibila no se resignaron a su suerte y pusieron cerco a Acre en 1189. Saladino se presentó para defender la ciudad, pero pecó de cierta indecisión, lo que permitió a los francos pertrecharse. Las tropas cristianas empezaron a recibir refuerzos con los primeros contingentes cruzados que llegaban de Europa, así que se creó una situación de impasse. Los atacantes no pudieron cercar Acre por completo ni Saladino expulsarlos de sus posiciones, por lo que el asedio se prolongó. El sultán egipcio, además, sabía que la inminente llegada de Federico Barbarroja y su ejército complicaría su situación, al obligarlo a dividir su atención en dos frentes. Sin embargo, pronto recibió buenas noticias del norte.

Una vez más, la llegada de los ejércitos occidentales despertó un enorme desasosiego en Constantinopla. El emperador Isaac II Ángelo (r. 1185-1195 y 1203-1204) había firmado un acuerdo de paz con Saladino y temía que Federico Barbarroja se dispusiera a atacar la capital bizantina. No era ese el propósito del emperador alemán, pero las dificultades que tuvo para abastecer a su ejército por la hostilidad griega le llevaron a ocupar Filipópolis (actual Plovdiv, en Bulgaria) y a marchar hacia Adrianópolis (actual Edirne, en Turquía) hasta que, finalmente, alcanzó un acuerdo con Isaac II para cruzar a Asia Menor en 1190.

Una leyenda apócrifa contaba que Federico Barbarroja optó por tomar la ruta terrestre porque había escuchado una profecía que vaticinaba su muerte en el agua (Phillips, 2010: 182). No obstante, el emperador alemán conocía el paso por Anatolia, al haber

participado en la Segunda Cruzada. Además, antes de partir estuvo estudiando la Primera Cruzada, pues contaba con una copia de la popular obra de Roberto de Reims. Se puede considerar que Federico I estaba volviendo a repetir estas campañas y, hasta el 10 de junio de 1190, lo hizo con mucho éxito. Al contrario que en 1101 y en 1147, las tropas alemanas fueron capaces de llegar a la favorable Cilicia armenia, al norte de Siria, sin haber sufrido importantes daños y tras vencer a los turcos, llegando a ocupar Konya para abastecerse. Ese día, el emperador se ahogó en el río Göksu (o Saleph). Las versiones sobre el incidente son distintas, así que es imposible saber si Federico cayó del caballo al cruzar el río (tal vez a causa de un infarto) o si perdió la vida al bañarse por la mañana, como acostumbraba. En cualquier caso, el emperador murió antes de que los reyes inglés y francés salieran de Europa y su descentralizado ejército, sin una carismática figura que lo liderase, se disolvió. Apenas un pequeño contingente de tropas decidió continuar hasta Acre (Tyerman, 2006: 418-432).

La desaparición de la amenaza alemana permitió a Saladino concentrarse en Acre, pero fue incapaz de levantar el cerco. Finalmente, en abril de 1191, Felipe Augusto llegó a Tierra Santa y dos meses más tarde lo hizo Ricardo I. El monarca inglés se había detenido en Chipre, parte del Imperio bizantino, pero, en la práctica, independiente, y la había conquistado. Las fuentes favorables al rey angevino presentaron la toma de la isla como una casualidad imprevista, pero Chipre resultaba fundamental desde el punto logístico para apoyar cualquier cruzada (Gillingham, 1999: 200-201). Ante la oposición de la élite local a su gobierno, Ricardo vendió la isla a los templarios, aunque pronto volvería a cambiar de manos.

El largo asedio a Acre fue una prueba de resistencia para los cruzados y un cementerio para la aristocracia europea. Más de 500 nobles, además de una veintena de grandes prelados, perdieron la vida durante el cerco. Este tipo de operaciones generaban una enorme mortalidad en la Edad Media pues, más allá de los combates que se producían, el hacinamiento e insalubridad de campamentos militares poblados por miles de personas fomentaban todo tipo de enfermedades. El asedio también generó centenares de anécdotas, desde la fe de los latinos en la ingeniería pirobalística, con piezas

como la “catapulta de Dios”, el uso del temido “fuego griego” por los defensores o la heroicidad de los combatientes. La historia más célebre fue la de una mujer franca, herida cuando transportaba piedras para colmatar el foso de la ciudad, que pidió que arrojaran su cadáver allí para ayudar en la tarea. Puede que la anécdota sea una ficción moralizante, pero también refleja la participación de mujeres de origen humilde en las cruzadas, incluyendo las operaciones militares (Nicholson, 2023: 16).

Finalmente, en julio de 1191, Acre se rindió a los cruzados. La indecisión de Saladino dio vida al asedio y permitió la llegada de refuerzos de Europa. Felipe Augusto y la nobleza francesa, que incluso llegó antes que el monarca, jugaron entonces un papel clave en la conquista de la plaza, aunque la fama de la Tercera Cruzada pudiera parecer exclusiva de Ricardo I (Hosler, 2018: 282-287). Casi tan importante como la toma de Acre fue la captura de la flota egipcia amarrada en la ciudad. Esta pérdida acabó con el intento de Saladino de desafiar la superioridad naval cristiana en el Mediterráneo, que ya podía considerarse un “lago italiano” (Gillingham, 1999: 212). Este dominio marítimo resultaría clave en la supervivencia de los Estados latinos de Ultramar.

La dura campaña militar había postergado un asunto que, una vez conquistada Acre, debía solucionarse: ¿quién era el rey de Jerusalén? La reina Sibila y las hijas que había tenido con Guido de Lusignan fallecieron durante el asedio, por lo que el consorte no tenía ya ningún derecho de sangre, ni siquiera para ejercer de regente. Conrado de Montferrato, quien gozaba del apoyo de la mayoría de la nobleza local por liderar la resistencia latina desde Tiro, se postuló como alternativa. En consecuencia, se arregló el matrimonio del magnate con Isabel, hermana menor de Sibila y heredera al trono, olvidando de manera conveniente que, a ojos de Dios, Conrado ya tenía una esposa, la princesa bizantina Teodora Ángelos, aunque la hubiese abandonado. Los reyes inglés y francés trasladaron sus diferencias en Europa a Tierra Santa: Ricardo I defendió la causa de Guido de Lusignan y Felipe Augusto se alineó del lado de Conrado de Montferrato.

Al principio se llegó a un acuerdo por el que Guido mantendría el título de rey en vida y Conrado sería su heredero, pero en 1192 el

apoyo mayoritario de los barones jerosolimitanos al segundo propició que obtuviera la corona. Guido compró Chipre a los templarios y recibió del papado el título de monarca de dicha isla. El conflicto sucesorio no terminó ahí, ya que Conrado fue asesinado poco después de su elección. Los nizaríes, o asesinos, eran una secta chiita surgida en el siglo X que controlaba una serie de fortalezas montañosas (la más célebre era Alamut, en el actual Irán). Protagonistas de una de las franquicias de videojuegos más populares de la historia, se caracterizaban por el consumo de hachís y el asesinato de importantes dirigentes suníes (el propio Saladino sufrió un par de atentados, aunque acabó alcanzando un acuerdo con el grupo). Con el paso del tiempo, ampliaron su rango de acciones e incluso mataron por encargo, como parece que sucedió en este caso. Se ha especulado mucho con el responsable del asesinato de Conrado e incluso se ha planteado que Ricardo I estuviera detrás de él, pero sigue siendo una incógnita. En cualquier caso, la élite del reino encontró una rápida solución: Isabel se desposó con Enrique de Champaña, candidato de consenso y sobrino de los monarcas inglés y francés, y ambos fueron proclamados reyes.

La cruzada de Ricardo Corazón de León:

fe, honor y crímenes de guerra (1191-1192)

Ricardo Corazón de León (el sobrenombre ya lo recibió en vida) fue un monarca muy célebre en su época y que ha pasado a la posteridad por su habilidad militar, devoción y sentido caballeresco. A día de hoy, si paseamos por Londres, concretamente por las proximidades de Westminster, podemos encontrarnos con una estatua del monarca, lo que resulta una curiosa decisión, pues el Parlamento aún no existía en su época y Ricardo I apenas pasó unos meses de su reinado en Inglaterra, ocupado con las cruzadas y sus ambiciones continentales. En el siglo XIX, momento de erección de la estatua, esta cuestión ya desató controversia, pues estos monumentos nunca son inocentes. Sin embargo, la imagen positiva del monarca estaba ya instalada en la memoria de los ingleses, muy reforzada por las obras de Walter Scott, quien también revitalizó el mito de Robin Hood en Ivanhoe (1820) y lo asoció a la figura de Ricardo I.

La Tercera Cruzada quedó para siempre vinculada a la figura del monarca inglés, considerado como el líder indiscutible de la empresa. Incluso los autores musulmanes sabían que Ricardo I era inferior a Felipe Augusto en rango, pero de mayor fama por su coraje militar (Cobb, 2014: 199). Esta asociación entre el rey inglés y la cruzada resultó incuestionable en el momento en el que el monarca francés abandonó Tierra Santa, inmediatamente después de la conquista de Acre, porque su atención era reclamada en Europa por la complicada situación en Flandes. El conde Felipe I (1143-1191) había continuado con la tradición familiar y se había unido a la Tercera Cruzada (de hecho, esta era la segunda vez que tomaba la cruz), donde encontró la muerte sin dejar un heredero claro. La decisión del monarca francés, que tenía sus propios intereses en la sucesión al condado flamenco, dañó su reputación. Así, los autores favorables a su rival inglés pronto señalaron como

Ricardo I puso el amor a Cristo y su honor por encima de cualquier ganancia territorial (Tyerman, 2006: 455).

Comenzó así un pulso militar y diplomático de un año entre Ricardo I y Saladino. El monarca inglés era consciente de que no tenía la capacidad bélica para marchar directamente sobre Jerusalén y conquistarla, pero confiaba en que su presión militar obligase a Saladino a negociar. Por su parte, el sultán sabía que Ricardo I tendría que volver a Europa tarde o temprano, por lo que el tiempo jugaba a su favor, a pesar de que su heterogénea coalición de tropas tampoco era eterna.

Esta situación provocó lo que no puede ser sino calificado como un crimen de guerra. La demora de Saladino en alcanzar un acuerdo para el rescate de los musulmanes capturados en Acre llevó a Ricardo I a ejecutar a 2.600 prisioneros a la vista de la vanguardia del ejército del sultán. Algunos autores han intentado justificar la decisión por la dificultad de alimentar y vigilar un número tan grande de enemigos. Sin embargo, resulta difícil excusar esta acción, ya que incluso el recurrente argumento de que "eran otros tiempos" cae por su propio peso cuando su acto también fue visto con horror por los contemporáneos. Los autores musulmanes, aunque admiraban el talento militar de Ricardo I, su astucia y su resistencia, nunca le perdonaron esta matanza (Phillips, 2010: 176).

Una vez asegurada Acre, Ricardo se puso en marcha hacia Jerusalén sin alejarse de la costa, seguido por el ejército musulmán, que presentó batalla en Arsuf, en septiembre de 1191, donde fue derrotado. Poco después, los cruzados tomaron Jaffa. Esta campaña le dio al monarca inglés una merecida fama como estratega, general y guerrero. La marcha por el litoral, apoyada por la flota, garantizó el suministro y evitó que el ejército cruzado quedara aislado. La disposición de la infantería durante la marcha protegió a las columnas de hombres y mercancías del hostigamiento de la caballería ligera de Saladino. Llegado el momento, Ricardo I encontró el mejor momento para plantear batalla y desplegar la caballería. Finalmente, su liderazgo y actuación personal posibilitaron un importante triunfo.

La victoria de Arsuf no fue comparable a la de Hattin, pues el ejército de Saladino no fue destruido. Ricardo I siguió presionando

para buscar una salida diplomática y en los meses siguientes reemprendió dos veces la marcha hacia Jerusalén para luego desviarse a Ascalón o interrumpirla. Estas dudas reflejaban los dispares intereses de los contingentes cruzados. Desde un punto de vista estratégico, Ascalón resultaba mucho más importante, pues era la puerta a Egipto. Sin embargo, el valor simbólico de Jerusalén y la extrañeza e indignación de un buen número de tropas al saber que no se dirigían allí condicionaron las decisiones de Ricardo I. El monarca inglés era el líder indiscutible de la expedición, pero el carácter de peregrinación que tenían estas empresas hacía que los participantes que no dependían directamente de él tuvieran libertad de acción y capacidad de influir en la toma de decisiones. Esta situación ya se dio en la Primera Cruzada, tras la toma de Antioquía, y volvería a suceder en el futuro (Gillingham, 1999: 227-237).

Finalmente, en 1192 se alcanzó un acuerdo por el que Saladino aceptó el control cristiano de la franja costera que habían conquistado los cruzados y permitió el acceso a Jerusalén de los peregrinos que quisieran visitar el Santo Sepulcro a partir de entonces. No se recuperó la vera cruz, posiblemente porque para entonces ya se había perdido, pero esta demanda seguiría estando presente en futuras cruzadas.

Saladino falleció en 1193, pero el apocalipsis no se produjo y la vida siguió en la tierra. La división de su imperio a su muerte y la poco conocida cruzada de los alemanes, que posibilitó la conquista de Sidón y Beirut en 1197, terminó de asegurar la supervivencia del Reino de Jerusalén. A pesar de quedar reducido a la franja costera y a algunos castillos en el interior, gracias a la superioridad naval cristiana y la conquista de Chipre, resultaba un territorio viable de defender.

La Tercera Cruzada dejó un resultado equívoco, por lo que Tierra Santa siguió ocupando las mentes del Occidente medieval hasta convertirse en un elemento característico de la vida cultural y religiosa de la cristiandad latina. Esta empresa fue, en cierta medida, el cénit de las cruzadas, pues sirvió para reinterpretar el pasado, al situar esta campaña en una tradición de expediciones que se remontaban un siglo atrás, y como guía para el futuro (Tyerman,

1998: 30). La forma de organizar y financiar la cruzada y la sustitución de la ruta terrestre por el transporte marítimo serviría de modelo para las siguientes empresas. Jerusalén seguía en manos de los musulmanes, pero esta campaña les brindaría a los cristianos una mayor visión estratégica de la región. Las llaves de la Ciudad Santa estaban, realmente, en Egipto, y allí se dirigirían las próximas cruzadas, aunque la siguiente tomó un desvío inesperado.

Capítulo 7

‘El mayor crimen contra la humanidad’.

La Cuarta Cruzada (1202-1204)

Con estas palabras definió Steven Runciman (1903-2000) la Cuarta Cruzada, que culminó con el saqueo de Constantinopla (Runciman, 1954: 130). La trilogía del autor británico sobre las cruzadas es un libro tendencioso y moralizante, repleto de estereotipos e invenciones y con un sentido de atemporalidad más literario que histórico. A pesar de todo eso, no hay una obra sobre este tema más popular o conocida que esta y, sin duda, no hay ninguna tan bien escrita. El célebre historiador británico era experto en el mundo griego, pero en este caso el Imperio bizantino simbolizaba para él a una civilización occidental racional, tolerante y humanista. Era, por tanto, una oda a un mundo perdido, el de Bizancio y el de Runciman. Consciente de lo que podían significar estas palabras escritas en 1954, en sus memorias cambió la oración para denominarla la mayor tragedia de la historia (Tyerman, 2011: 192-199).

Este sentido trágico ha acompañado al saqueo de Constantinopla por los francos en 1204 hasta nuestros días, al considerarlo un hecho terrible e inevitable. No obstante, el resultado de la Cuarta Cruzada fue fruto de las circunstancias, no algo premeditado. Pese a los estereotipos negativos sobre los griegos que poblaban los textos latinos y al distanciamiento entre el Imperio bizantino y Occidente, el ataque sobre Bizancio no estaba condenado a suceder tarde o temprano.

Desde la Gesta francorum (1099-1100), los cronistas occidentales de las cruzadas habían criticado a los bizantinos por su supuesta falta de ayuda y su doble juego. El miedo de los latinos a la traición bizantina, asociada a su perfidia y su carácter afeminado, era un lugar común en estas obras, hasta el punto de ser considerado una emoción aceptable, como lo era el temor a Dios, al pecado o al engaño (Spencer, 2019: 268).

Esta visión estereotipada no quiere decir que la actitud entre latinos

y griegos fuera siempre hostil hacia el otro. Como se ha mencionado en anteriores capítulos, esta situación cambió según la coyuntura y entre 1160 y 1180 hubo muy buenas relaciones entre el Imperio bizantino y Occidente. En 1182 hubo un estallido de violencia en Constantinopla contra los latinos, sobre todo contra los comerciantes venecianos, cada vez más influyentes en el imperio. Se produjo también un acercamiento a Saladino, pero a principios del siglo XIII las relaciones volvieron a ser cordiales. Los mercaderes occidentales volvieron a Bizancio y el papado de Inocencio III (r. 1198-1216) mantuvo una actitud conciliadora (Phillips, 2022: 423-436). El problema del imperio no era una amenaza externa, sino la debilidad interna. Desde 1180 se habían sucedido golpes de Estado y cambios de emperadores a la par que comenzaban tendencias centrífugas dentro del imperio, con varios gobernadores, como el de Chipre, que obtuvieron una independencia de facto. Los cruzados se verían inmersos en uno de estos conflictos y, aunque se aprovecharían enormemente de la situación, no la provocaron.

El precio de la fe: los problemas

de organización y financiación

de la Cuarta Cruzada

Inocencio III reinventaría las cruzadas, como se verá en el siguiente capítulo. Sin embargo, no se puede considerar que su primer intento de organizar una fuera un éxito. La crisis sucesoria que se abrió en Inglaterra tras la muerte de Ricardo I, en 1199, que afectaba muy directamente a Francia, hizo imposible que ninguna de las dos monarquías se implicara en la nueva campaña pese a los esfuerzos diplomáticos de Roma. El papado, en todo caso, realizó una ambiciosa campaña de predicación en la que destacó Fulco de Neuilly, un clérigo famoso por sus elocuentes sermones que pronto cayó en desgracia, acusado de apropiarse de donaciones destinadas a la cruzada.

Ningún monarca respondió a la llamada de Inocencio III, pero la convocatoria no fue un fracaso completo, pues varios nobles, sobre todo de Francia, sí se animaron a tomar la cruz. Entre ellos destacaban los condes de Blois, Champaña y Flandes. Todos ellos procedían de dinastías muy comprometidas con la cruzada, como Balduino I de Flandes (1172-1205), quien continuó con una tradición familiar centenaria. El condado flamenco era uno de los principales centros comerciales y manufactureros de Europa occidental, destacando su industria textil, pero la notable riqueza de Balduino no podía compararse a los enormes recursos de las cada vez más pujantes monarquías.

La ausencia de cabezas coronadas fomentó una actuación más colegiada de los cruzados, quienes llegaron a un acuerdo con Venecia para que les proporcionara el transporte necesario para 33.000 hombres y 1.500 caballos a cambio de 85.000 marcos de plata. Esta decisión se tomó sin conocimiento de Inocencio III y se

basaba en la expectativa de que todos los participantes se reunirían en el mismo lugar, algo que nunca había pasado. La muerte de Teobaldo III de Champaña en 1201 supuso un importante golpe, pues además de sus propios hombres, su presencia habría incentivado a otros nobles a unirse a la expedición. Finalmente, además del limitado éxito de la predicación de la cruzada, el plan de la campaña, dirigirse directamente contra Egipto, se guardó en secreto y era desconocido para muchos participantes. Un gran número de nobles que querían marchar a Tierra Santa, en consecuencia, no se sintieron vinculados por este acuerdo. Como resultado de estos problemas de organización, el tamaño del contingente fue mucho menor de lo esperado, apenas 12.000 hombres, por lo que los cruzados se encontraron con una deuda que no podían afrontar.

Muchas veces se ha considerado que el problema de financiación de la Cuarta Cruzada fue un plan maquiavélico de Venecia para controlar la expedición, pero esta interpretación obvia lo arriesgada que era la operación para la república italiana, que realizó una enorme inversión para armar la flota. La Serenísima mantenía ya una cordial relación con Bizancio. Además, una hipotética conquista de Alejandría y la posibilidad de negociar por Jerusalén multiplicaría sus beneficios comerciales y le conferiría un enorme prestigio, que acentuaría aún más el fracaso de genoveses y pisanos en la Tercera Cruzada (Phillips, 2022: 423-427; Tyerman, 2006: 497-506 y 512-521). En cualquier caso, había que encontrar una fórmula para compensar a la ciudad italiana y, al mismo tiempo, poder cumplir con el voto de cruzada. El anciano Enrico Dandolo (1107-1205), dux de Venecia, propuso una solución original: tomar la ciudad de Zara.

Yo no he venido aquí a matar cristianos:

de Venecia a Zara y de allí

a Constantinopla (1202-1204)

Simón de Montfort (c. 1160-1218) no tendría tantos reparos, años después, en matar cátaros durante la cruzada albigense, pero sus palabras resumían el sentir de muchos nobles que se unieron a la Cuarta Cruzada cuando los venecianos propusieron tomar Zara (actual Zadar, en Croacia) antes de continuar el viaje a Egipto. La ciudad dálmata formaba parte del reino de Hungría, aunque gozaba de enorme autonomía, y constituía un emporio comercial de gran importancia en el Adriático, de ahí el interés de Venecia en tomarla. El legado papal, Pedro de Capua, aprobó la campaña, aunque Inocencio III se opuso frontalmente y amenazó con excomulgar a todos los que participaran en el ataque.

Muchos nobles como Simón de Montfort abandonaron la expedición y llegaron por sus medios a Tierra Santa. Sin embargo, la mayoría aceptó la propuesta veneciana, en parte por la necesidad económica y en parte por poder continuar el viaje a Tierra Santa. En noviembre de 1202, los cruzados tomaron Zara y la saquearon. El botín no fue suficiente para cubrir su deuda, por lo que la flota invernó allí en espera de tomar una decisión. Inocencio III excomulgó a los participantes, aunque luego levantó la pena a todo el mundo excepto a los venecianos, confiando en que así completarían su viaje.

En 1203, Alejo Ángelo, hijo del depuesto emperador bizantino Isaac II, contactó con el ejército cruzado e hizo una tentadora oferta. Si lo ayudaban a recuperar el trono de su padre, deponiendo a su tío Alejo III (r. 1195-1203), pagaría la deuda con Venecia, aceptaría la autoridad religiosa de Roma y los ayudaría a continuar su campaña. La propuesta provocó importantes divisiones internas y un intenso

debate entre los cruzados.

El número de cronistas que narró la Cuarta Cruzada fue significativamente mayor que en anteriores ocasiones. Además, entre estos autores se encontraban caballeros y nobles que tomaron parte en la empresa, no solo clérigos. Estas obras, por tanto, buscaron excusar lo que iba a suceder en Constantinopla y justificar la deriva que tomó la expedición. A pesar de las cautelas necesarias que hay que tener, por tanto, al leer esos testimonios, sí parece que había enormes dudas. Por otra parte, como en anteriores cruzadas, el liderazgo de los grandes nobles sobre el ejército tenía sus límites y el sector más popular, por así decirlo, el de caballeros y pequeños nobles, tenía capacidad de influir en la toma de decisiones. Así, más allá del cálculo político y económico de los magnates más importantes, había un sentir compartido entre muchos participantes de que esta era la única solución posible si querían cumplir su voto de cruzada (Phillips, 2022: 17).

Por tanto, el ejército cruzado se dirigió a Constantinopla, donde los acontecimientos se sucedieron con enorme rapidez en unos pocos meses. En junio de 1203, los latinos proclamaron a Alejo IV como emperador y animaron a la ciudad a deponer a su tío, sin éxito. Las tropas venecianas y francas comenzaron entonces un asedio y, tras ofrecer una tímida respuesta militar, Alejo III huyó de manera ignominiosa. Alejo IV se hizo con el control de la capital y liberó a su padre de las mazmorras. Isaac II fue restaurado en su posición, aunque su hijo quedaba asociado al trono y sería él, en la práctica, el gobernante efectivo del imperio.

Los nuevos emperadores tenían una posición muy contestada y su acuerdo con los latinos los hacía muy impopulares. Al huir Alejo III con gran parte del tesoro, Alejo IV tuvo incluso que derretir iconos de oro para pagar a los cruzados, quienes esperaban que cumpliera todo lo prometido. En enero de 1204 falleció Isaac Ángelo y, poco después, se produjo un golpe de Estado. Alejo V Ducas, conocido como Murzuflo (por el espesor de sus cejas), asesinó a Alejo IV, se proclamó emperador y se negó a cumplir lo acordado por su predecesor. Los francos, sintiéndose engañados, pusieron cerco a la ciudad.

La situación de los latinos, aislados a las afueras de Constantinopla,

resultaba desesperada. La segunda Roma era considerada inexpugnable, pero la experiencia militar que había desarrollado el ejército cruzado a partir de Zara, combinando la pericia naval veneciana con la fortaleza de la caballería pesada franca, le permitió romper la resistencia y tomar la ciudad (Phillips, 2022: 221-257 y 428-436).

Constantinopla fue brutalmente saqueada durante días y los cruzados se llevaron todo tipo de tesoros. Los cuatro caballos de bronce que hoy día coronan la catedral de San Marcos de Venecia proceden del hipódromo de Bizancio. Unos objetos especialmente codiciados durante el expolio de la ciudad fueron las numerosas reliquias que se albergaban en las iglesias de la urbe. El abad Martin de Pairis (en Alsacia, actual Francia) consiguió fragmentos de la vera cruz, un vial con la sangre de Cristo y restos de todo tipo, incluyendo una parte considerable de san Juan (Tyerman, 2006: 557). El tráfico de reliquias fue tan intenso que las falsificaciones se multiplicaron, por lo que Inocencio III intentó poner orden para autentificarlas. Baudolino (2000), una novela de Umberto Eco, narra de manera amena el asedio de Constantinopla y el lucrativo negocio que ofrecían estos restos. De manera llamativa, más allá de las crueldades cometidas o de las consecuencias políticas que tuvo, la memoria de la Cuarta Cruzada quedó asociada a la llegada de reliquias al Occidente medieval (Cassidy-Welch, 2016: 5). La presencia de estos restos en iglesias de toda Europa, en algunos casos hasta hoy día, es un recordatorio tangible de dicho acontecimiento.

Detestados como perros:

las consecuencias de la Cuarta Cruzada

Los conquistadores eligieron, en 1204, a Balduino de Flandes como nuevo monarca de lo que sería conocido como el Imperio latino de Oriente. El antiguo conde, de manera orgullosa, consideraba que esto era fruto de la voluntad divina. Los designios del Señor, sin duda, resultaban inescrutables, pues su esposa, María de Champaña (1174-1204), recibió la sorprendente noticia de que era la emperatriz de Bizancio en Acre, donde había llegado poco antes, pensando que allí encontraría a su marido.

Tras la conquista de la capital, los latinos fueron incapaces de mantener la estructura centralizada del Imperio bizantino. Las tendencias centrífugas anteriores se acentuaron y surgió una constelación de entidades políticas independientes, como Nicea, Epiro o Trebisonda. El cambio de gobierno también fortaleció la autoridad patriarcal, que se convirtió en un elemento de cohesión cultural griega. La situación de los emperadores latinos fue precaria y dependiente de una ayuda exterior que rara vez llegaba, pues Tierra Santa ocupaba las mentes y los corazones del Occidente medieval. Las penurias económicas incluso llevaron a Balduino II (r. 1228-1261) a tener que empeñar la corona de espinas que Cristo llevó en la cruz, una de las reliquias más preciadas de la cristiandad, a los venecianos. Finalmente, en 1261, Miguel VIII Paleológo (r. 1261-1282) conquistó Constantinopla, pero ni él ni sus sucesores pudieron recomponer la unidad política del antiguo imperio. Esto no quiere decir que la desaparición de Bizancio fuera inevitable. A finales del siglo XIII, los otomanos, que más tarde acabarían con el Imperio bizantino, todavía eran un pequeño principado del interior de Anatolia. Además, la dinastía de los Paleólogo buscó acercarse a Occidente y acabar con el cisma religioso, pese a la oposición de la Iglesia griega y sus reforzados patriarcas. Las consecuencias de la Cuarta Cruzada fueron terribles

para Bizancio, pero no significaron el inicio de un camino inexorable que terminaba en 1453.

La Cuarta Cruzada también tuvo importantes consecuencias para el papado y su forma de organizar estas campañas. Inocencio III tuvo sentimientos encontrados. La alegría inicial por el posible final del cisma con los ortodoxos dio lugar a la decepción y al enfado al enterarse de que Pedro de Capua, legado papal, había decidido levantar el voto de cruzada a todo el ejército sin consultárselo y, por tanto, la expedición nunca iba a alcanzar Tierra Santa. Según fueron llegando noticias de la brutalidad del saqueo de Constantinopla a Roma, la cólera se apoderó del pontífice, quien afirmaba que ahora la Iglesia griega, con toda la razón, detestaba más a los latinos que a los perros (Phillips, 2022: 16). Finalmente, la ira fue dejando paso al pragmatismo y a la necesidad de sostener al nuevo Estado latino creado en Oriente como resultado de una cruzada. Hubo que esperar hasta el año 2001 para que el papa Juan Pablo II (r. 1978-2005) pidiera perdón a la Iglesia ortodoxa por toda la violencia sufrida a manos de los católicos, mencionando de manera específica la Cuarta Cruzada.

Inocencio III había sido el impulsor y organizador de la empresa, pero enseguida se convirtió en un mero testigo, incapaz de influir sobre el devenir de los acontecimientos. El pontífice, sin embargo, aprendería de este fracaso para reinventar las cruzadas. Europa y el Mediterráneo oriental en el siglo XIII habían experimentado importantes cambios desde la convocatoria de Urbano II en Clermont en 1095. Las guerras de Dios, por tanto, debían responder a esas nuevas realidades.

Capítulo 8

Inocencio III y la reinvención

de las cruzadas en el siglo XIII

Matthew Paris (c. 1200-1259), monje benedictino de la célebre abadía de St Albans, no perdía una oportunidad para criticar al papado. Para el famoso cronista inglés, los pontífices actuaban sin vergüenza alguna con quienes tomaban la cruz. Una vez los mandaban a Tierra Santa; en otra ocasión, a defender al Imperio latino de Oriente para luego sugerir que debían atacar al emperador Federico II Hohenstaufen (r. 1220-1250). Por si esto no fuera suficiente, Roma también obligaba a las instituciones eclesiásticas a que financiaran estas empresas con sus rentas (Phillips, 2010: 431).

Esta diatriba refleja los cambios que la cruzada experimentó en el siglo XIII. Inocencio III (r. 1198-1216) amplió los objetivos de la cruzada y reformó la forma de financiación, hasta cambiar su propia naturaleza para hacerla todavía más ubicua en la sociedad europea. Esta reinvención tuvo sus críticos, más allá de Matthew Paris; intelectuales y gobernantes empezaron a reprochar el uso que el papado hacía de estas campañas e incluso surgieron voces que se preguntaban sobre su utilidad. Además, se empezó a plantear que conseguir la conversión al cristianismo podía ser una alternativa (o una acción complementaria) a la guerra santa. Esta idea se desarrolló de la mano de nuevas formas de espiritualidad asociadas a las recién creadas órdenes mendicantes, los dominicos y franciscanos. Estos monjes, al contrario que las anteriores órdenes monásticas, no buscaban el aislamiento para rezar, sino que predicaban activamente y con el ejemplo, haciendo un voto de pobreza. En cualquier caso, a pesar de estas nuevas visiones y del continuo fracaso militar de (casi) todas las cruzadas del siglo XIII, este fenómeno no estaba, ni mucho menos, en decadencia. Jerusalén y Tierra Santa se mantuvieron muy presentes en las mentes y en las oraciones de la cristiandad occidental. Además, los Estados latinos de Ultramar aún perdurarían por casi un siglo.

Un reino de reinas: el Reino de Jerusalén

(o de Acre) y Próximo Oriente a principios

del siglo XIII

Acre se convirtió en la capital de este "segundo" Reino de Jerusalén reducido a la franja costera entre Jaffa y Beirut y a una serie de castillos dispersos. Trípoli y Antioquía seguían existiendo, aunque la segunda estaba cada vez más enfrascada en los asuntos del norte. Allí se consolidó un nuevo reino cristiano, aunque no latino, como resultado de las cruzadas. Las comunidades armenias de Cilicia (sureste de Anatolia) vieron la llegada de los francos como una oportunidad para establecer su dominio frente a los selyúcidas y, posteriormente, su autonomía respecto a Bizancio, que la consideraba una provincia. Aunque las relaciones no siempre fueron idílicas, los armenios se convirtieron en aliados de los francos y su acercamiento a Occidente culminó en 1198 con el reconocimiento del papado a León I (r. 1198-1219), de la dinastía rubénida, como primer monarca. Las grandes familias armenias emparentaron con la élite latina de manera habitual, especialmente con los gobernantes de la vecina Antioquía, territorio que incluso coquetearon con unir a su reino (Lock, 2006: 379-380).

Los Estados latinos se convirtieron en un centro comercial de primer orden. Las conexiones con Europa, la cercanía a Egipto (que recibía productos de África y la India) y la expansión mongola, que reactivó la ruta terrestre con Asia, hicieron de Acre un punto internacional de intercambio. Los dos grandes grupos que más se beneficiaron de ello fueron las ciudades italianas y las órdenes militares. Las primeras, en especial Venecia, se convirtieron en un Estado dentro del Estado. La importancia de sus flotas para el transporte de peregrinos y mercancías era vital para la supervivencia del Reino de Jerusalén, por lo que las comunidades italianas recibieron un estatus legal propio y todo tipo de

privilegios. En lo que respecta a las órdenes militares, estas instituciones se enriquecieron a través de las numerosas donaciones que recibieron en Europa. Allí desarrollaron un papel financiero, gracias a sus conexiones comerciales con Acre, actuando como banqueros y prestamistas de nobles que querían ir de cruzada o de los propios reyes de Francia. En Tierra Santa mantuvieron una labor militar clave, pues su red de castillos constituía un pilar defensivo fundamental. La riqueza que adquirieron estas órdenes tuvo su reflejo en la erección o reforma de estas impresionantes fortalezas, como el célebre Crac de los Caballeros (cerca de Homs, en Siria), que aún hoy día conserva su majestuosidad. En este momento se creó, además, una nueva asociación, los caballeros teutónicos. Aunque su principal área de acción fueron las cruzadas del Báltico, esta orden nació en Tierra Santa, durante el asedio de Acre, y tuvo allí también un papel importante en determinados momentos, sobre todo por el apoyo de los emperadores alemanes.

Las tasas comerciales constituían las principales rentas de una monarquía que había visto su territorio y, en consecuencia, su poder, significativamente reducido. Además, al ser una institución legitimada por la sangre, dependía del azar biológico (disfrutar de una larga vida y la capacidad de engendrar un sucesor, preferiblemente masculino) para asegurar su continuación. En esa lotería, la descendencia de los conquistadores de Jerusalén continuó con la racha de mala suerte que se había iniciado en el último cuarto del siglo XII. Enrique de Champaña murió en 1197, al caerse por una ventana, por lo que la reina Isabel I se casó una cuarta vez con Amalarico (o Emerico) de Lusignan, quien había heredado Chipre de su hermano Guido en 1196. La unión de ambos reinos cruzados fue efímera, pues el monarca falleció en 1205, por una indigestión de pescado, y su esposa siguió sus pasos poco después. Estas muertes dejaron en el trono a María, una niña de 13 años, que se casó con el noble franco Juan de Brienne tras la regencia de uno de los grandes barones jerosolimitanos, Juan de Ibelin. María falleció con solo 20 años, dejando una pugna por el control de su hija recién nacida, Isabel II o Yolanda, entre su marido y la nobleza local. La jovencísima reina se casó con el emperador Federico II en 1225 (Asbridge, 2019: 661-664 y 671-677).

Más allá de estos enrevesados avatares dinásticos, lo más destacado

es que la brevedad de los reinados y la sucesión de herederas femeninas fue una importante causa de inestabilidad. El matrimonio de estas mujeres con nobles occidentales servía para vincular a familias europeas con el destino del Reino de Jerusalén y así contar con refuerzos militares. Sin embargo, estos recién llegados chocaban con los barones locales por el control del gobierno, en especial si había una situación de regencia por la minoría de edad de una reina. Esta problemática, ya manifiesta en el caso de Guido de Lusignan y Sibila, se repitió varias veces a lo largo del siglo XIII.

A pesar de esta debilidad, la posición del Reino de Jerusalén y el resto de Estados latinos no era agónica en este momento, ni mucho menos. Tras la muerte de Saladino, su imperio se había disgregado entre sus hijos y su hermano, al-Adil. Este último, conocido en las fuentes cristianas como Safadino, emergió victorioso y se hizo con Siria y Egipto. Aunque reunificó casi todos los territorios de su predecesor, al-Adil centró su reinado en consolidar su posición y evitar una nueva expedición franca, pues su control sobre esta coalición de Estados era mucho más tenue que en tiempos de su hermano (Humphreys, 1997: 111-122). El segundo de estos objetivos no pudo conseguirlo, pues la idea de cruzada seguía muy viva en Europa.

Las nuevas cruzadas de Inocencio III:

la implicación de la retaguardia

La Europa en expansión que se vislumbraba en el siglo XI ya era una realidad consolidada en el XIII. El crecimiento demográfico, el desarrollo urbano y comercial, el aumento de la circulación de la moneda o los avances en la navegación cambiaron la sociedad europea y, en consecuencia, la forma de organizar las cruzadas. Por ejemplo, la costosa financiación del viaje ya no dependía de los grandes monasterios y la ruta terrestre fue abandonada en favor del transporte marítimo. Junto a estos cambios, el fortalecimiento del poder regio cambió la forma de concebir estas empresas. Los monarcas europeos eran los únicos gobernantes que tenían la capacidad política y económica para organizar y financiar una campaña de importantes dimensiones por su cuenta. En el momento de convocar la Cuarta Cruzada, la situación de inestabilidad interna en Francia, Inglaterra y el Imperio impedía a los monarcas comprometerse a una expedición a Tierra Santa, pero Inocencio III persistió en ella, confiando en que una coalición de nobles sería suficiente, como había sucedido en la mitificada Primera Cruzada. El fracaso de la empresa, al menos respecto al proyecto originario, mostró que el mundo feudal del siglo XI ya había mutado. Por otra parte, la reunión de varios reyes se traducía en un ejército de enormes dimensiones, pero provocaba disensiones internas, como la Tercera Cruzada había mostrado. En consecuencia, el papado se centraría de ahora en adelante en convencer a un gran monarca para liderar la expedición y se encargaría de reformar los aspectos administrativos y financieros de la convocatoria para asegurarse de que nunca más una cruzada pervirtiera sus objetivos por problemas económicos. Además, se implicaría en la campaña a toda la cristiandad latina de una forma u otra.

A través de las bulas Quia maior (1213) y Ad liberandam (1215) Inocencio III reinventó las cruzadas. Muchas de estas medidas no

eran novedosas, pero su sistematización sirvió para crear un modelo que se utilizaría a lo largo de todas las empresas del siglo XIII. La Iglesia contribuiría económicamente a estas, entregando una veinteava parte de sus rentas para financiar la expedición. Estas bulas también precisaron con más detalle la protección legal de la que gozaban los que tomaban la cruz durante su ausencia, además de ofrecer beneficios como exenciones fiscales o suspensión de las deudas. Para hacer la predicación más sistemática y organizada, se crearon argumentarios y se involucró a las nuevas y populares órdenes mendicantes (dominicos y franciscanos). Sobre todo, el principal cambio fue la extensión de la cruzada a todos los ámbitos de la sociedad cristiana. En las misas se rezarían oraciones por los cruzados y la recuperación de Jerusalén de manera habitual. Además, a lo largo y ancho de Europa se realizarían procesiones y ceremonias para pedir perdón por los pecados antes de cada cruzada y así gozar del favor divino (Gaposchkin, 2017: 256-258). De manera más tangible, se expandieron los beneficios espirituales que concedía la Iglesia, especialmente los relativos a las indulgencias. El perdón del que hasta ahora habían gozado quienes se unían a las campañas se hizo a su vez extensible a aquellos que pagaran un sustituto y a los propios sustitutos. Además, quienes realizaran donativos para la cruzada recibirían también gracias espirituales, en función de la cuantía. Era, pues, la primera vez que la Iglesia se arrogaba la capacidad de "vender" indulgencias (Tyerman, 2006: 481-488). Este negocio se desarrollaría enormemente en los siglos siguientes y, como es conocido, provocaría que en 1517 cierto monje llamado Lutero clavara sus 95 tesis en la puerta de la iglesia de Todos los Santos de Wittenberg (Alemania), iniciando la Reforma protestante (o la Reforma a secas).

Ya en el siglo XIII no todo el mundo compartía la visión de Inocencio III. Dentro de la Iglesia surgieron voces críticas con las cruzadas que censuraban sus formas, escandalizados por cuestiones como la convivencia entre hombres y mujeres durante las campañas, o su propia naturaleza, poniendo en duda que el uso de la violencia fuera legítimo. El fracaso de estas expediciones animó a preguntarse si estas empresas respondían a la voluntad divina, crítica que se hizo extensible a las órdenes militares, quienes acaparaban las donaciones de los fieles, suscitando la envidia de

otras instituciones eclesiásticas, sin aparente éxito. En consecuencia, algunas voces dentro de la Iglesia empezaron a plantear la idea de la conversión de los musulmanes como alternativa o complemento a las cruzadas. Junto a teólogos e intelectuales, el desarrollo de las órdenes mendicantes potenció esta visión. Convencidos de que a través del ejemplo podrían conmover las almas de los infieles, estos religiosos consideraban que la conversión era la mejor manera de extender la cristiandad y recuperar Tierra Santa (Ayala, 2004: 331-337; Bombi, 2017: 85).

Los franciscanos se situaron en los límites de la ortodoxia católica desde su nacimiento, sobre todo por la cuestión de la pobreza evangélica. Varios de ellos, los conocidos como espirituales, serían considerados herejes y expulsados de la Iglesia en el siglo XIV, como se muestra en la magistral novela El nombre de la rosa (1980), de Umberto Eco. En lo que respecta a los intentos de conversión, hasta el propio san Francisco (1181-1226) se implicaría personalmente en esta misión, como se verá en el próximo capítulo. No obstante, estas voces no van a disminuir la pujanza de la idea de cruzada. De hecho, Inocencio III ampliaría sus horizontes.

Con novedad en el frente:

las cruzadas en el Báltico

y la península ibérica en el siglo XIII

A partir de la Segunda Cruzada, el Báltico y la península ibérica se unieron a Jerusalén como los principales escenarios donde se desarrollaba la guerra santa. Inocencio III impulsó la convocatoria de cruzadas en ambos frentes, que sería donde los cristianos conseguirían sus mayores éxitos a lo largo del siglo XIII.

Pese al fracaso de la campaña de 1147, a finales del siglo XII el territorio de los vendos ya formaba parte de la cristiandad latina sin ningún atisbo de duda. Así, en 1198 Inocencio III impulsó una cruzada en Livonia (en las actuales Letonia y Estonia), que culminó con la fundación de Riga en 1200. Como era habitual en la zona, estas empresas contra las poblaciones paganas del este de Europa combinaban acciones militares con la conversión de las élites locales y la fundación de sedes episcopales para garantizar la cristianización del territorio. En 1240, Estonia ya se había convertido en la frontera de daneses, germanos y el principado ruso de Nóvgorod.

En 1226, el emperador Federico II (r. 1220-1250) le concedió Prusia (norte de la actual Polonia) a la orden teutónica como feudo imperial una vez que la conquistara y cristianizara. Cuatro años después, el papado bendijo una empresa que no culminó hasta 1249. Una vez más, la conversión e integración de las élites locales resultó clave para incorporar estos territorios a la cristiandad latina.

La expansión germana en el Báltico tuvo en el siglo XIII su primer enfrentamiento con los principados rusos, de religión ortodoxa. En 1242, Alexander Nevski (r. 1236-1263), príncipe de Nóvgorod, derrotó a un ejército cruzado en la batalla del lago Peipus (frontera

entre Estonia y Rusia). El choque fue inmortalizado en la película Alexander Nevski (1938), del célebre cinematógrafo soviético Sergei Eisenstein (1898-1948). En un contexto de expansión de la Alemania nazi en el este de Europa, recuperar la memoria del célebre gobernante medieval que ya había derrotado a los germanos tenía una función propagandística evidente (Lock, 2006: 216-222).

En lo que respecta a la península ibérica, la irrupción del Imperio almohade había frenado la expansión de los reinos cristianos en la segunda mitad del siglo XII. Inocencio III ejerció una intensa labor diplomática para que los monarcas peninsulares dejaran de lado sus conflictos y se unieran contra los musulmanes. El pontífice convocó una cruzada en 1211 a la que acudieron varios nobles ultrapirenaicos. Sin embargo, la mayoría abandonó la campaña antes del acontecimiento principal, la batalla de Las Navas de Tolosa (1212), en la que Alfonso VIII, acompañado de Pedro II de Aragón (r. 1196-1213) y Sancho VII el Fuerte de Navarra (r. 1194-1234), pero no de Alfonso IX de León (r. 1188-1230), se impuso al ejército almohade (García Fitz, 2005: 133-138).

A partir de la década de 1220, Castilla (unida con León desde 1230), la Corona de Aragón y Portugal expandieron sus territorios a costa de los musulmanes. Las conquistas de Córdoba (1236), Sevilla (1248), Mallorca (1229), Valencia (1236) y el Algarve (1249) redujeron el dominio andalusí al reino nazarí de Granada. Estas campañas gozaron del apoyo económico y espiritual del papado, quien concedió sucesivas bulas para legitimar dichas empresas. La concesión de estas gracias era tan habitual que los monarcas castellanos muchas veces se apropiaban de las rentas correspondientes sin esperar a que Roma emitiese una bula. En el siglo XIII, las tercias reales (dos novenas partes del diezmo eclesiástico) eran consideradas por los reyes una renta ordinaria de su hacienda (Hernández, 1993: LXXXI).

Más malvados que los sarracenos:

la cruzada albigense (1209-1244)

Además de potenciar dos escenarios cruzados ya consolidados, Inocencio III creó un nuevo tipo de guerra santa que tendría mucho futuro en los siglos venideros: la realizada dentro de la propia cristiandad contra herejes o enemigos de la Iglesia. Estas campañas se multiplicaron a lo largo del siglo XIII, destinadas contra enemigos de la Iglesia (del papado, mejor dicho), como el emperador Federico II, o contra gobernantes que actuaban contra Roma o sus aliados, como la cruzada contra Pedro III de Aragón (r. 1276-1285) tras hacerse con Sicilia en 1282 a costa de los intereses franceses en la isla. Dichas cruzadas tradicionalmente recibían el poco apropiado término de políticas, como si las otras fueran un ejercicio genuino de fe, desprovisto de otro tipo de intereses. Aunque la cruzada albigense contra los cátaros ha tenido siempre una personalidad propia para los historiadores, podría considerarse el primer ejemplo de este nuevo tipo de campañas, ya que muchos contemporáneos no dudaban de que había intereses políticos en el deseo de extirpar la herejía cátara del Languedoc por la fuerza de las armas.

A diferencia de otros movimientos heréticos, los cátaros no se limitaban a criticar a la Iglesia y la poca ejemplaridad de muchos de sus representantes. Esta herejía suponía un desafío doctrinal a la fe católica, lo que la convirtió en excepcional durante la Plena Edad Media. El catarismo se extendió en el siglo XII por el norte de Europa y partes de Italia, pero fue en el Languedoc, en el sur de Francia, donde consiguió una enorme implantación. Resulta difícil conocer sus creencias, ya que las fuentes que se conservan son hostiles al movimiento. A ojos de los polemistas católicos que predicaron contra ella, constituía una nueva manifestación de la herejía maniqueísta que había surgido en los albores de la cristiandad. Esta identificación se debía a la concepción dualista

que mostraban los cátaros, para los que existían el buen Dios del espíritu y el malvado Dios de las cosas materiales. Según esta interpretación, Cristo no podía haber tomado forma humana, ni haber muerto en la cruz y resucitado, lo que negaba pilares doctrinales del catolicismo como la encarnación, la resurrección y la redención. Además, este movimiento herético creo una estructura alternativa a la de la Iglesia, liderada por los bonhommes (hombres buenos) o perfecti (perfectos).

Desde finales del siglo XII, la Iglesia inició una activa campaña de predicación en el Languedoc para erradicar la herejía, sin mucho éxito. Se acusaba a la nobleza local, la mayoría católica, de connivencia con estos grupos heréticos. En 1208, el asesinato del legado papal en la zona, Pedro de Castelnou, justificó que Inocencio III convocara una cruzada al año siguiente contra los cátaros. Un ejército de nobles del norte de Francia, encabezados por Simón de Montfort, cruzado que se había negado a atacar Zara en 1202 durante la malhadada Cuarta Cruzada, se enfrentó a Raimundo VI de Toulouse (1156-1222) y a Pedro II de Aragón, que tenía tierras y vasallos en la zona. Para el conde tolosano, descendiente de uno de los conquistadores de Jerusalén, y el monarca aragonés, la cruzada era un pretexto para expandir el control de los reyes Capeto y sus vasallos sobre un territorio que, aunque nominalmente pertenecía al reino de Francia, era muy autónomo.

La suerte de las armas fue favorable a los cruzados al principio. Tras la masacre de Béziers (1209), donde supuestamente el nuevo legado papal, Arnaldo Amalrico, pronunció la famosa frase de “¡Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos!”, los nobles franceses vencieron en la batalla de Muret (1213), donde Pedro II de Aragón, quien un año antes había luchado en la cruzada de Las Navas, perdió la vida. La guerra fue especialmente feroz, tratando a los cátaros peor que a los enemigos musulmanes, pero los cruzados no consiguieron someter todo el territorio y los occitanos comenzaron a recuperar posiciones en los años siguientes. En 1226, Luis VIII de Francia (r. 1223-1226) se implicó personalmente en la empresa y, a pesar de su prematura muerte, los nobles del sur de Francia firmaron el Tratado de Meaux (1229). Raimundo VII de Toulouse (1197-1249) se reconcilió con la Iglesia, aceptó dejar de proteger a los cátaros, entregó parte de sus tierras y se comprometió a que su hija Juana se

casara con Alfonso de Poitiers, uno de los hijos de Luis VIII, y a que ambos heredaran el condado. A partir de entonces, Toulouse pasó a ser controlado de manera efectiva por los reyes franceses.

Aunque la caída del castillo de Montsegur en 1244 se consideró el final de la cruzada, la herejía cátara pervivió hasta el siglo XIV. El papado, consciente del limitado alcance de las campañas militares para extirpar movimientos heréticos, creó la Inquisición, una institución mucho más efectiva para "recristianizar" el Languedoc. En cualquier caso, la cruzada albigense se convirtió en un precedente para que el papado pudiera proclamar la guerra santa dentro de la propia cristiandad, no solo contra sus enemigos externos (Phillips, 2010: 245-260).

Niños y no tan niños: la pervivencia

del carácter popular de la cruzada

La reinvención de las cruzadas formulada por Inocencio III buscaba implicar a toda la sociedad cristiana en estas empresas, de manera que todos los fieles pudieran contribuir, con oraciones o limosnas, aunque fuera luego la nobleza guerrera quien se encargara de hacer tangible la voluntad divina con sus espadas. Pese a ello, las cruzadas nunca perdieron su carácter popular y los ejércitos fueron acompañados de peregrinos que no tenían experiencia militar. Además, esa ubicuidad de la cruzada estimuló la eclosión espontánea de fenómenos como la célebre cruzada de los niños (1212).

Este movimiento popular surgió como resultado (inesperado) de la frenética actividad cruzada de Inocencio III y la omnipresencia de la perdida Jerusalén en las oraciones de las iglesias de toda Europa. Las campañas contra los cátaros en Languedoc y los almohades en la península ibérica estimularon una sensación de crisis en 1211 y 1212 que impulsó a muchos jóvenes de Chartres a marchar a Jerusalén y en búsqueda de la vera cruz. Tras llegar a Renania (Alemania), emergió la figura de un tal Nicolás de Colonia, quien se convirtió en el principal líder del movimiento. Los pueri (niños) se dirigieron a Génova y, tras no conseguir pasaje a Tierra Santa, la cruzada se disolvió.

Este movimiento cautivó la imaginación de los contemporáneos y enseguida comenzó un proceso de mitificación y tergiversación de este. Conforme avanzaba el tiempo, los participantes tenían cada vez menos años, pasando de ser jóvenes a niños. Al mismo tiempo, se narraron destinos terribles para muchos de ellos, de quienes se decía que fueron vendidos como esclavos por mercaderes faltos de escrúpulos que los engañaron con falsas promesas de llevarlos a Jerusalén. Estas noticias probablemente fueran invenciones que

buscaban transmitir enseñanzas moralizantes sobre la avaricia de los comerciantes (especialmente los italianos) o la ingenuidad y falta de sabiduría de los jóvenes. Pese a la dificultad de reconstruir con seguridad lo que fue la cruzada de los niños, resulta evidente que el carácter popular de estas empresas, ya muy presente con Pedro el Ermitaño desde los orígenes del movimiento, seguía muy vivo en el siglo XIII. De hecho, al contrario que en 1096, la presencia de pequeños nobles o caballeros en el movimiento de 1212 parece inexistente, por lo que quizás deba ser considerada la primera cruzada popular propiamente dicha (Dickson, 2007: 10-34 y 120-129).

No se le puede atribuir a Inocencio III la paternidad de este movimiento tan espontáneo, pero su reinvención de la cruzada estimuló, de manera indirecta, su aparición. Además, el pontífice tomó nota de la enorme popularidad que estas campañas seguían teniendo en Europa. Esta experiencia, unida a la de la fallida Cuarta Cruzada, lo llevó a planear una nueva empresa en Tierra Santa, aunque su muerte en 1216 hizo que fueran sus sucesores en el trono de San Pedro quienes se encargaran de llevarla a cabo.

Capítulo 9

El camino de Jerusalén pasa por Egipto.

La Quinta Cruzada (1217-1221)

La Quinta Cruzada fue la primera que se dirigió a Egipto, una vez que la Cuarta Cruzada nunca llegó a su destino originario. Sin embargo, en su Historia damiatina, el clérigo y cronista Oliver de Paderborn (m. 1227) no lo presentaría como algo novedoso, sino como un objetivo que había estado en la mente de los cruzados desde hacía mucho tiempo. En efecto, en el transcurso de la Primera Cruzada una parte del ejército planteó que era mejor atacar Egipto que asediar directamente Jerusalén, aunque el fervor religioso de la mayoría de la expedición decantó la balanza frente a otras consideraciones estratégicas. Esta situación se repitió en la Tercera Cruzada, en la que Ricardo I no consiguió imponer su criterio de dirigirse contra el corazón del Imperio de Saladino. Al mismo tiempo, Ascalón representaba un enclave vital para la defensa del Reino de Jerusalén. Su conquista en 1153 permitió a los Estados latinos pasar, por primera vez, a la ofensiva contra Egipto, aunque fuera por un periodo breve de tiempo (Murray, 2017b: 117-127).

La idea, por tanto, era razonable. Sin embargo, la estrategia cristiana no había resuelto un problema: ¿cuál era el siguiente paso? ¿Conquistar Egipto? ¿Forzar una negociación para recuperar Jerusalén sin más? No todos los líderes cruzados compartían el mismo propósito ni la situación política de la región era tan simple. La incapacidad de resolver esta cuestión llevó finalmente al fracaso de la Quinta Cruzada.

¿Dirigidos desde la guarida

de su gran tirano? El papado

y la organización de la Quinta Cruzada

Ibn Wasil (1208-1298), un intelectual sirio y miembro de la corte ayubí (nombre que recibe la dinastía de los herederos de Saladino, cuyo nombre completo era al-Nasir Salah ad-Din Yusuf ibn Ayyub), consideraba que la Quinta Cruzada había sido dirigida desde Roma, la guarida del gran tirano de la cristiandad (Cobb, 2014: 207). Durante muchos años, la historiografía respaldó esta idea, viéndola como el último gran proyecto papal, en el que Inocencio III excluyó a los grandes reyes de manera voluntaria para asegurarse el liderazgo de la empresa. En la actualidad, sin embargo, se sostiene que esta campaña fue resultado de una alianza entre el pontificado y el emperador Federico II, que continuaba así con las ambiciones mediterráneas de su padre, Enrique VI, que ya se habían manifestado en la cruzada de los alemanes de 1197.

Honorio III (r. 1216-1227), sucesor de Inocencio III, ejerció un papel importante en la organización y financiación de la empresa, pero nunca asumió un claro liderazgo sobre ella. El papado realizó una intensa actividad diplomática en Italia y en Alemania para dirimir conflictos internos o, al menos, postergarlos y así fomentar la participación de nobles y aristocracia urbana en la cruzada. El apoyo económico que había previsto Inocencio III se vio incluso incrementado y la Iglesia aportó la veinteava parte de las rentas eclesiásticas durante el trienio 1215-1217 para financiar la campaña. A estos ingresos se sumaron los derivados de la venta de indulgencias y la remisión del voto de cruzada. Desde Roma se incentivó a los predicadores a que aumentaran el número de personas que tomaban la cruz, independientemente de sus posibilidades físicas o económicas, para luego ofrecer la conmutación de dicha promesa por un pago en metálico. Esta

estrategia fue especialmente efectiva con las mujeres. Pese a ello, los cruzados tuvieron que hacer frente a importantes gastos para costear su viaje, como era habitual.

La mayor parte de las tropas procedía del imperio, tanto del norte de Italia como de Alemania y Frisia (Países Bajos), aunque también había muchos nobles franceses y algunos ingleses. La dirección de la campaña recaía, en teoría, en el emperador Federico II, pero los conflictos internos postergaron su viaje. Juan de Brienne, anterior rey consorte de Jerusalén y ahora regente de su hija Isabel II (r. 1212-1228), Andrés II de Hungría (r. 1205-1235), los duques Leopoldo VI de Austria (r. 1198-1230) y Luis I de Baviera (r. 1183-1231), y el cardenal Pelayo (m. 1230), legado papal, fueron las principales figuras de la expedición, pero ninguno tenía la capacidad de asumir una posición de liderazgo incontestada. Esta descentralización se vio agravada por la falta de coordinación a la hora de partir. Cada contingente marchó por su cuenta y retornó cuando consideró oportuno, muchas veces tras 12 meses de servicio. En consecuencia, el ejército cruzado se estuvo renovando de manera constante a lo largo de los cuatro años que duró la campaña, lo que acentuó los problemas de liderazgo y debilitó la cohesión interna (Powell, 2010: 67-82, 92-97 y 108-116).

Los límites de la poderosa mano de Dios:

la conquista de Damieta y el desastre

de El Mansurá (1218-1221)

La correspondencia de Honorio III con los líderes cruzados muestra como se intentó realizar una reunión en Chipre para decidir la estrategia a seguir. Sin embargo, la falta de coordinación hizo que los primeros contingentes cruzados, como el de Andrés II de Hungría, llegasen directamente a Acre. Tras unos meses de campaña en Siria sin resultados significativos, el monarca húngaro, enfermo, volvió a su reino. Por su parte, tropas alemanas junto al regente de Jerusalén, Juan de Brienne, se dirigieron a Damieta, una importante ciudad costera en la boca del Nilo, en mayo de 1218. A partir de ese momento, el pontífice se dirigió al resto de líderes cruzados para que se encaminaran directamente hacia la localidad egipcia (Smith, 2017: 17).

Si bien Alejandría era una urbe más poblada y un centro comercial de mayor importancia, Damieta ofrecía un puerto más accesible, además de una posibilidad más fácil de retirada en caso de necesidad, y resultaba más cercana a El Cairo, la capital egipcia. El ataque pilló desprevenido al sultán al-Adil, quien había mantenido una actitud poco beligerante con los Estados latinos de Ultramar, para desdicha de sus ulemas, y no imaginaba una ofensiva tan ambiciosa.

Comenzó así un asedio de 18 meses. Según el testimonio de Oliver de Paderborn, Damieta contaba con unas defensas impresionantes, compuestas por tres círculos de enormes murallas y una imponente torre, la Torre de la Cadena, situada en una isla de la desembocadura del Nilo, que controlaba el paso de navíos por el río. Dicha fortificación fue el primer gran objetivo de los cruzados. Oliver de Paderborn narró cómo él mismo diseñó una torre de

asedio flotante sobre dos embarcaciones, cubierta con pieles para protegerse del fuego griego, que resultó clave para tomar la isla.

Al parecer, al-Adil se murió del disgusto al recibir la noticia de la pérdida de la Torre de la Cadena, pero el régimen ayubí se sostuvo firme. Sus dos hijos, al-Kamil (r. 1218-1238) y al-Mu'azzam (r. 1218-1227) se convirtieron en sultán de Egipto y emir de Damasco, respectivamente. La división de la herencia paterna no provocó inicialmente un conflicto entre sus sucesores, quienes actuaron de manera conjunta frente a la agresión cristiana. Además del prestigio dinástico, perder Damieta también podría tener consecuencias económicas para al-Mu'azzam por el cierre del tráfico comercial con Egipto (Tyerman, 2006: 636-637).

Tras este éxito, los cruzados consiguieron rodear Damieta, pero la ciudad resistió. El goteo de refuerzos que llegó desde Europa compensó la marcha de otros contingentes, como el de Leopoldo VI de Austria, por lo que el cerco se mantuvo. Al-Kamil y al-Mu'azzam intentaron entablar negociaciones con los atacantes en varias ocasiones, ofreciendo Jerusalén y una larga tregua a cambio de que los francos levantaran el cerco. El avance del asedio hizo a los ayubíes mejorar la oferta, incluyendo la entrega de la vera cruz, aunque al-Kamil no sabía dónde se hallaba, pero sin éxito (Cobb, 2014: 210).

La llegada de san Francisco al cerco de Damieta en septiembre de 1219 ofreció una vía alternativa para terminar el conflicto. El ya muy célebre fraile mendicante quería entrevistarse con al-Kamil para convertirlo al cristianismo. El cardenal Pelayo, que había tomado el mando del ejército, rechazó la idea al principio, pero terminó dándole permiso a san Francisco, aunque dudaba de las posibilidades de éxito del fraile e incluso de que fuera a sobrevivir. El sultán egipcio, creyendo que san Francisco era un emisario enviado para negociar un acuerdo, accedió a escucharlo. Cuando el religioso empezó a predicar sobre los errores del islam, parecía que iba a alcanzar la santidad por la vía rápida del martirio, pero al-Kamil lo dejó marchar sin complicaciones y sin resultados.

La actitud de san Francisco no suponía un cuestionamiento a las cruzadas. Reflejaba, por el contrario, las diferentes perspectivas sobre cómo afrontar la conversión de los enemigos de la fe católica,

uno de los grandes temas de debate en el seno de la Iglesia a principios del siglo XIII. Por un lado, los mendicantes confiaban en que el ejemplo personal de pobreza y penitencia constituía la mejor forma de conseguir este objetivo. En cambio, otros sectores reformistas tenían una postura más intelectual, por así decirlo. Por ejemplo, en 1221, tras el fracaso de la campaña, Oliver de Paderborn escribió varias cartas a al-Kamil en las que utilizó sus conocimientos teológicos para intentar persuadirlo de la verdad del cristianismo. Tampoco tuvo éxito (Bombi, 2017: 69-70 y 80-85).

Las armas resultaron más efectivas que las palabras de san Francisco y, en noviembre de 1219, los cruzados tomaron Damieta. La crónica de Oliver de Paderborn exaltaba el poder de Dios, capaz de humillar incluso a la poderosa e inexpugnable ciudad. La conquista del emporio egipcio constituía un enorme éxito, pero puso de manifiesto la falta de previsión y los problemas de liderazgo de la expedición. Una vez tomada Damieta, los cristianos se dividieron con respecto a la pertenencia de la ciudad y el modo de explotar este triunfo, lo que provocó un largo impasse.

Consciente de que resultaba difícil reclamar Damieta para el Reino de Jerusalén, Juan de Brienne era partidario de intercambiarla por la Ciudad Santa, pero no pudo imponer su criterio. Al igual que le había sucedido a Guido de Lusignan, estos aristócratas occidentales tenían una posición ambigua, condicionada por su capacidad de engendrar descendencia, y contestada por los barones locales cuando actuaban como regentes. Frustrado por la falta de acuerdo, abandonó la ciudad en 1220 para perseguir sus propios intereses. El noble, tras enviudar de la reina María de Jerusalén, se casó con Estefanía de Armenia (1195-1220), hija del rey León I, por lo que tras haber sido monarca consorte de Jerusalén, intentó hacer valer los derechos al trono de su segunda esposa en el reino vecino sin éxito. El aventurero franco tuvo más suerte en Constantinopla y en 1231 se convirtió en coemperador y regente de Balduino II, quien se desposó con su hija María, fruto de su matrimonio (el tercero ya) con Berenguela de León (1204-1237), hija de Alfonso IX de León y Berenguela de Castilla (Perry, 2016: 5, 95, 111-115, 157 y 195).

Pese a las enormes críticas que recibió por su marcha, Juan de Brienne regresó a Damieta en julio de 1221. Tras casi dos años de

indecisión, el ejército cruzado decidió aumentar la presión sobre Egipto y dirigirse a El Cairo. Sin embargo, parece que la poderosa mano de Dios no llegaba tan lejos. Desconocedoras de las crecidas del Nilo, las tropas francas fueron rodeadas y fácilmente vencidas en El Mansurá por al-Kamil, quien había tenido tiempo para reforzar la defensa de su reino. Los líderes cristianos se vieron entonces obligados a entregar Damieta a cambio de su libertad y una tregua de ocho años, de la que el emperador Federico II quedaba expresamente excluido. El decepcionante y anticlimático final de la Quinta Cruzada llevó a los autores cristianos a buscar explicaciones y, sobre todo, a quién responsabilizar del desastre.

Esperando a Federico: disensiones,

profecías y la explicación de la derrota

Oliver de Paderborn y Jacobo de Vitry (1180-1240), obispo de Acre e historiador, fueron los principales cronistas de la Quinta de Cruzada. En sus escritos se creó una memoria de la campaña que a su vez emparentaba con el recuerdo de anteriores expediciones. La pérdida es uno de los temas más recurrentes en estos textos. Así, la cruzada se interpretaba como una especie de vía crucis, un deseo de emular el sufrimiento de Cristo (Cassidy-Welch, 2019: 86). Desde ese punto de vista, no se podía negar el éxito de la cruzada; aunque, al atenerse a cuestiones más prosaicas, resultaba sorprendente cómo una campaña que había conseguido un triunfo espectacular en Damieta fracasara de manera tan estrepitosa.

La posibilidad de canjear Damieta por Jerusalén dividió al ejército, pues no se había planteado si Egipto era el objetivo último de la campaña o solo un medio para recuperar Tierra Santa. El liderazgo militar de Juan de Brienne, quien apenas contaba con un reducido contingente bajo su mando directo, no podía competir con la capacidad económica del papado de sostener tropas con su bolsillo, gracias a los impuestos diseñados por Inocencio III. Por tanto, el cardenal Pelayo fue visto de manera tradicional como el principal responsable de la derrota, por su resistencia a negociar con los ayubíes y su malhadada ofensiva sobre El Cairo. Sin embargo, la propuesta egipcia tenía mucha letra pequeña. Por un lado, no estaba claro que al-Kamil pudiera disponer tan libremente de Jerusalén, controlada por su hermano al-Mu'azzam. De manera aún más importante, el pacto dejaba fuera los castillos de Kerak y Montreal. Sin esas fortificaciones, la Ciudad Santa resultaba imposible de defender. Finalmente, el legado papal contaba con la llegada del emperador Federico II, que nunca se produjo. Esta espera demoró cualquier toma de decisiones hasta dejar a los cruzados sin más opción que subir su apuesta con una invasión de

Egipto (Powell, 2010: 201-202).

Junto a estos cálculos políticos, la decisión que terminó condenando a la Quinta Cruzada también se vio influida por el sentido profético que imbuía a toda la empresa. Oliver de Paderborn y Jacobo de Vitry estudiaron las revelaciones de san Clemente (considerado el tercer papa de la historia) y llegaron a la conclusión de que había profetizado la conquista de Damieta y la destrucción de los musulmanes gracias a la ayuda de dos reyes, uno que vendría del este y otro del oeste. Esta interpretación se vio fortalecida por la llegada de las primeras noticias de los avances de Genghis Khan en Asia Central, conocidos gracias a unos prisioneros francos que fueron enviados a Bagdad. El ejército mongol se consideró que pertenecía al rey David, personaje que se asociaba al mítico preste Juan (posiblemente se pensara que era su nieto). A mediados del siglo XII, durante el conflicto entre Federico I Barbarroja y el papado, la cancillería del emperador germano se había inventado la figura de un rey-sacerdote cristiano que vivía al este de Tierra Santa como arma propagandística. Esta leyenda tuvo una enorme popularidad y longevidad. En lo que respecta al rey del oeste no había dudas de que se trataba de Federico II. Esta profecía, que debía cumplirse en 1222, dotó a la cruzada de un sentido de urgencia y contribuyó también a su fracaso, pues incentivó a los líderes a moverse enseguida, pues confiaban en que el emperador alemán se uniría a la expedición al año siguiente, cumpliendo con el vaticinio (Hamilton, 2017: 58-63).

En definitiva, para el papado, el principal responsable del desastre de la Quinta Cruzada no fue ninguno de los participantes, sino el ausente Federico II. La mejor manera de escapar de la culpa era organizar otra cruzada, pues la tregua de ocho años firmada con los ayubíes excluía de manera específica al emperador alemán. Sin embargo, Federico II siguió haciéndose de rogar por más tiempo. Cuando finalmente se puso en marcha, la empresa distaba mucho de ser lo que Roma consideraba una cruzada.

Capítulo 10

El anticristo recupera Jerusalén

para la cristiandad. La 'Sexta Cruzada' (1225-1229)

y el canto de cisne de los Estados

de Ultramar (1244)

La figura de Federico II Hohenstaufen (r. 1220-1250) dividió a sus contemporáneos. Para el papado, el emperador germano era el anticristo, un cínico descreído que amenazaba la fe católica. A ojos de los propagandistas imperiales u otros comentaristas que simpatizaban con él, como el inglés Matthew Paris, siempre dispuesto a ensalzar a cualquiera que se opusiera a Roma, Federico II era la esperanza de la cristiandad frente a una Iglesia corrupta y malvada. Los autores musulmanes, de manera interesada, señalaban los conocimientos y curiosidad que el emperador mostraba por la fe islámica y su tolerancia.

El emperador fue tildado por sus contemporáneos como stupor mundi (el asombro del mundo), porque, más allá de su largo y mediático enfrentamiento contra el papado, sus actuaciones siempre producían sorpresa, admiración o escándalo. La celebración de triunfos militares con desfiles que imitaban el esplendor de la Roma imperial (con elefantes incluidos) y la magnificencia y multiculturalidad de su corte, en la que convivían intelectuales, animales exóticos y un supuesto harén de bailarinas musulmanas, le hicieron enormemente famoso en el orbe cristiano. No obstante, es probable que muchos autores sufrieran un orientalismo avant la lettre al describir el reino de Sicilia que Federico había heredado de su madre, Constanza I, en 1198. Este territorio, urbanizado y con un desarrollo administrativo y burocrático muy sofisticado, constituyó su principal base de poder, mientras que el título imperial obtenido en 1220 le ofrecía un enorme prestigio, pero grandes quebraderos de cabeza por la autonomía de los príncipes alemanes y las comunas italianas.

De este modo, no resulta sorprendente que Federico II haya

cautivado la imaginación de los historiadores, quienes vieron al emperador germano como un hombre tolerante, racionalista, escéptico y agnóstico, un príncipe del Renacimiento adelantado a su época. Esta visión se construyó a partir de una lectura demasiado literal de la propaganda papal. La retórica incendiaria de estos textos no se correspondía con la realidad y, por otra parte, resulta irónico que lo que para los contemporáneos constituían graves acusaciones fueran vistas siglos después como signos de modernidad.

El emperador era un hombre de su tiempo, por mucho que resulte una frase manida. No hay nada que pueda hacer dudar de lo genuino de su fe, aunque también era consciente del prestigio derivado de mostrarse como un rey cristiano y comprometido con la cruzada. Aunque se enfrentó al papado, siempre buscó alcanzar acuerdos. Por otra parte, ni Sicilia era un paraíso multicultural ni su corte era una luminaria intelectual tan distinta a la de sus homólogos del Occidente medieval. Su aspiración de construir un imperio mediterráneo que incluyera Jerusalén podía parecer ambiciosa, pero no una quimera. Tampoco resultaba novedosa, sino que mostraba una continuidad con los crecientes intereses en la región que habían mostrado los emperadores alemanes, sobre todo su padre Enrique VI (Abulafia, 1988: 251-252, 303-318 y 436-439). Lo que sin duda constituía un hito excepcional fue lo que se ha conocido como la Sexta Cruzada (aunque técnicamente no fuera una cruzada o pueda ser considerada como la segunda parte de la quinta). Federico II organizó una expedición a Tierra Santa excomulgado, con la oposición papal y, además, consiguió recuperar Jerusalén para la cristiandad.

Ganar Jerusalén en los despachos: la cruzada diplomática de Federico II (1225-1229)

Tras su reprochada ausencia en la Quinta Cruzada, Federico II firmó en 1225 el tratado de san Germano con Honorio III, en el que se comprometía a marchar de cruzada en un plazo de dos años. Poco después, se casó con Isabel II, reina de Jerusalén. La política de buscar consortes europeos para las herederas al trono alcanzó así su punto culminante. De esta manera, el emperador era, a la vez, un cruzado y señor de un Estado latino de Ultramar, por lo que su liderazgo militar resultaba incuestionable. Al mismo tiempo, se evitaban los habituales conflictos de intereses entre los poderes locales y los francos venidos de Occidente a la hora de dirigir una campaña.

Los líderes de todas las cruzadas, tarde o temprano, se habían dado cuenta de la importancia de la diplomacia para conseguir sus objetivos. En este caso el emperador germano actuó desde el primer momento como un rey de Jerusalén más que como un gobernante occidental, pues adaptó su campaña al complejo escenario político de la zona, del que estaba muy bien informado, antes incluso de ponerse en marcha hacia Tierra Santa.

Tras la derrota de la Quinta Cruzada, volvió la división del mundo islámico. Al-Kamil, sultán de Egipto, temía que al-Mu'azzam, su hermano menor y emir de Damasco, atacase su reino con la ayuda de los corasmios, soldados de origen iraní desplazados por el avance mongol. Federico II aprovechó las disensiones entre los ayubíes para firmar una alianza con al-Kamil en 1226. El sultán se comprometió a entregarle Jerusalén si le ayudaba frente a al-Mu'azzam.

Sin embargo, el plan de Federico II sufriría muchos reveses en los dos años siguientes. La demora en concretar su voto de cruzada llevó a Gregorio IX (r. 1227-1241) a excomulgar al emperador en septiembre de 1227, a pesar de que el retraso final se debió a la

enfermedad del monarca, no a su falta de voluntad. Federico II, pese a todo, partió hacia el Mediterráneo oriental en noviembre de ese año. En 1228, falleció su esposa, Isabel II, dando a luz a su heredero, Conrado IV Hohenstaufen (r. 1228-1254) y II de Jerusalén. Pese a ello, el emperador insistía en seguir usando su título regio y no presentarse como mero regente de su joven hijo. Por su parte, Juan de Brienne, padre de Isabel II y viudo de la reina María, insistía en que su acuerdo matrimonial incluía el derecho a disfrutar de la condición de monarca jerosolimitano de por vida. Finalmente, ese mismo año falleció al-Mu'azzam, por lo que al-Kamil ya no tenía una especial necesidad en mantener su alianza con Federico II.

La situación no mejoró cuando el emperador llegó a Acre, tras una conflictiva escala en Chipre. Federico II intentó conseguir la absolución del papado sin éxito, a pesar de que ya había cumplido su promesa al llegar a Tierra Santa. Gregorio IX condenó la empresa del emperador y desincentivó que otros nobles se unieran a la expedición, negándole su condición de cruzada. Además, se lanzó a atacar las indefensas posesiones italianas de Federico II, con un ejército comandado por el ubicuo Juan de Brienne.

El emperador se sintió entonces acuciado por el tiempo. Las noticias que le llegaban desde Italia le impelían a regresar a Europa cuanto antes, pero no quería hacerlo de manera deshonrosa, sin haber obtenido resultado alguno. Aunque no podía contar con la fuerza militar prevista originalmente ni con la llegada de nuevos contingentes cruzados, Federico II decidió presionar militarmente a al-Kamil para forzarlo a cumplir el acuerdo que habían pactado. Tras una marcha militar por la costa, el sultán egipcio, ocupado en arrebatar Damasco a su sobrino, aceptó firmar el Tratado de Gaza (1229). El gobernante cristiano recibió Jerusalén, Belén y Nazaret, además de una franja de tierra que conectaba estas localidades con el resto de posesiones latinas. Aunque la población musulmana de la ciudad sería sustituida por cristianos, la mezquita de al-Aqsa y la Cúpula de la Roca quedarían bajo jurisdicción islámica, en una situación similar pero invertida a la acordada por Ricardo I y Saladino en 1192. Los castillos de Transjordania seguirían en manos ayubíes, lo que dificultaba la defensa de la Ciudad Santa, pero el emperador consiguió rehacer las murallas de la ciudad. Tras el

acuerdo, Federico II se autocoronó rey de Jerusalén en Belén (Palacios, 2016: 200-206).

El tratado no fue recibido con alegría en ninguna parte. Aunque los sucesores de Saladino no utilizaron la propaganda de la yihad como el creador de la dinastía, al-Kamil recibió fuertes críticas por entregar Jerusalén a los cristianos. El sultán había preferido acentuar su perfil religioso a través de donaciones pías, fomento de las escuelas coránicas y lucha contra los chiitas, especialmente la secta de los asesinos, pero estas actuaciones no podían compensar el valor simbólico de entregar una de las ciudades santas a los cristianos. Muchos autores musulmanes intentaron suavizar esta situación creando una imagen de Federico II como monarca tolerante, respetuoso con el islam y que veía el cristianismo como una mera excusa para conseguir sus ambiciones. Además de recalcar su poco imponente presencia física (era descrito como calvo, miope y con la piel sonrosada), señalaron las bromas que el propio emperador hizo en su visita a la Cúpula de la Roca sobre las inscripciones religiosas. Estas anécdotas seguramente fueran inventadas. En lo que respecta a la supuesta tolerancia de Federico II en su Sicilia natal, se trata de un mito infundado, pues persiguió duramente a la minoría musulmana (Cobb, 2014: 210-216).

La élite jerosolimitana tampoco vio con buenos ojos el tratado. Jerusalén resultaba difícil de defender y el tratado con al-Kamil significaba el enfrentamiento con Damasco, un importante socio comercial, lo que enervó a los mercaderes italianos. Los templarios y hospitalarios fueron además postergados por los caballeros teutónicos a la hora de repartir los territorios recuperados. Por su parte, los nobles, en especial la poderosa familia de los Ibelin, rechazaban la idea de que un legado imperial gobernara en nombre de Federico II tras su marcha. En las próximas décadas, las distintas facciones lucharían por el control del reino.

Resulta increíble que, más de 40 años después de su pérdida, la cristiandad no celebrara la recuperación de la Ciudad Santa. Los cada vez más enconados conflictos internos de un fracturado Reino de los Cielos y la propaganda papal ensombrecieron lo que no dejaba de ser un éxito considerable de Federico II. El emperador tuvo que dejar Acre de manera precipitada para defender sus

posesiones italianas, esquivando las entrañas de cerdo que los carniceros de la ciudad le lanzaban de camino al puerto (Abulafia, 1988: 170-193).

Pese a su anticlimático desarrollo y final, la Sexta Cruzada mostró que la decadencia y desaparición de los Estados latinos de Ultramar no estaba escrita en las estrellas. En los años siguientes, una nueva cruzada aumentaría la base territorial del Reino de Jerusalén, pero sería un triunfo efímero.

Lo que la diplomacia te da la diplomacia te

lo quita: la cruzada de los barones (1239-1241)

y el desastre de La Forbie (1244)

Al mismo tiempo que se enfrentaba a Federico II, el papado planeaba una nueva campaña en Tierra Santa para cuando terminara la tregua de diez años firmada por el emperador. La conocida como cruzada de los barones (1239-1241) reunió a una serie de nobles ingleses y franceses, entre los que destacaban Ricardo de Cornualles (1209-1272), hermano menor de Enrique III de Inglaterra (r. 1216-1272) y futuro emperador (1257-1272), y Teobaldo IV de Champaña, quien se había convertido en rey de Navarra (r. 1234-1257) tras la muerte de su tío, Sancho VII el Fuerte. Muchos de los que tomaron la cruz habían participado en rebeliones en los años anteriores, tanto en Inglaterra como en Francia, por lo que la campaña también ofrecía una oportunidad para alejarse de sus reinos y así favorecer la reconciliación.

La cruzada se estaba convirtiendo en un asunto cada vez más profesionalizado, lo que limitaba la capacidad de liderazgo del papado. Los pontífices hacían un llamamiento a la guerra santa con campañas de predicación hasta conseguir que importantes magnates hicieran voto de cruzada. Además, Roma contribuía económicamente a la empresa con impuestos y la venta de indulgencias. Sin embargo, al final, eran los gobernantes quienes reclutaban a sus tropas y los que invertían sus propios recursos para pagarlas. Esta independencia de los poderes seculares quedó de manifiesto cuando Gregorio IX intentó desviar la cruzada a Constantinopla, para ayudar al asediado Imperio latino de Oriente, y la mayoría de los nobles se negó, insistiendo en marchar a Tierra Santa (Tyerman, 2006: 757-762).

El éxito de la cruzada resulta difícil de explicar, pues la campaña no

tenía ningún ingrediente para ello. La empresa carecía de un líder claro y los barones no tenían gran capacidad militar ni gozaban de un importante apoyo del papado o del emperador (en esta década, Federico II había tenido tiempo para reconciliarse con Roma y ser excomulgado otra vez). Su principal valor fue la capacidad de interpretar cómo funciona el poder en un contexto de debilidad política y división, con alianzas cambiantes.

La muerte del sultán egipcio al-Kamil, en 1238, provocó una crisis sucesoria entre sus hijos y otros parientes, descendientes de su hermano al-Mu'azzam, que significó la descomposición final del Imperio ayubí forjado por Saladino. En este contexto, los cruzados, pese a sufrir serios reveses militares, como una derrota en Gaza o la pérdida temporal de Jerusalén, consiguieron recuperar la parte occidental del río Jordán gracias a su alianza con Damasco frente a Egipto. Tras el primer éxito de Teobaldo de Champaña, Ricardo de Cornualles consiguió que el resto de gobernantes ayubíes reconociesen dichas concesiones y fortificó Ascalón. De manera sorprendente, la campaña fue un fracaso militar y un éxito diplomático (Lower, 2005: 158-160 y 171-176).

La cruzada de los barones consiguió restablecer las fronteras del Reino de Jerusalén hasta casi los límites que había tenido en 1187, antes de la batalla de Hattin. Sin embargo, este juego de alianzas resultaba muy peligroso. Los corasmios, ahora luchando al servicio del nuevo sultán de Egipto, al-Salih (r. 1240-1249), arrasaron Jerusalén, pobremente defendida, en 1244. A pesar de las atrocidades que cometieron y del impacto que causó el saqueo de las tumbas de los reyes en el Santo Sepulcro, este ataque no tenía consecuencias de largo alcance para los Estados latinos de Ultramar. La Ciudad Santa poseía un valor simbólico enorme, pero resultaba difícil de defender y su valor político o económico era anecdótico. La capital del reino se mantuvo en Acre, mientras que la población de Jerusalén se había visto enormemente reducida a lo largo del siglo XIII por su inestable situación. Sin embargo, el ejército jerosolimitano, aliado con Damasco y Homs, decidió enfrentarse a las tropas egipcias y corasmias en lo que no dejaba de ser un conflicto interno de los ayubíes. La batalla de La Forbie (1244) supuso una debacle para los cristianos, que perdieron la mayoría de su ejército. Las órdenes militares quedaron reducidas a unas pocas

decenas de caballeros y gran parte de la élite nobiliaria y eclesiástica franca murió en combate o fue capturada. El peligro que corrían los Estados latinos era aparente para todo el mundo, por lo que Inocencio IV (r. 1243-1254) convocó una nueva cruzada en 1245 (Phillips, 2010: 310).

La Sexta Cruzada y la cruzada de los barones tuvieron un éxito tan inesperado como efímero. Ambas empresas corroboraron lo que la quinta había ya mostrado: la ambiciosa reinvención de estas campañas por parte de Inocencio III mejoró su organización y financiación, pero el papado no era capaz de liderarlas. Resultaba necesario que los gobernantes, preferiblemente los reyes, se implicasen en la empresa. Esta dependencia condicionaba las propias cruzadas, pues el compromiso de los monarcas a la lucha en Tierra Santa era limitado y temporal, dependiente de la situación interna de sus propios dominios. Una sólida alianza entre el papado y el imperio podía haber cambiado la naturaleza de estas campañas, pero los intereses de ambos eran divergentes y la ambición de Federico II puso incluso en tela de juicio el monopolio papal sobre la convocatoria de estas empresas. En 1250, el emperador germano fue enterrado en Palermo con una cruz en su hombro izquierdo, pues nunca olvidó Jerusalén. Sin embargo, sus conflictos en Alemania e Italia y su enfrentamiento con Roma le impidieron volver a Tierra Santa. Sería, en cambio, otro monarca quien cogería el testigo y se convertiría en el rey cruzado por antonomasia.

Capítulo 11

La pasión de san Luis.

Vivir y morir por la cruzada en el siglo XIII

La Sainte Chapelle es una pequeña y sublime iglesia de estilo gótico. Escondida (pero no oculta) en el palacio de la Cité, en el corazón de París, sus espectaculares vidrieras constituyen hoy día su característica más reconocible. Su belleza y luminosidad continúan asombrando a los visitantes siglos después, aunque ni los letreros ni las audioguías (ni las próximas líneas) permiten imaginarse el enorme poder simbólico que esta construcción tendría para sus contemporáneos.

Luis IX (r. 1226-1270) ordenó erigir la Sainte Chapelle tras adquirir una de las reliquias más importantes de la cristiandad, la corona de espinas que Jesús portó durante la crucifixión. Balduino II, el atribulado emperador latino, había tenido que empeñarla a los venecianos por los graves problemas financieros de su reino. No obstante, fue Luis IX quien pagó la deuda y se quedó con el preciado objeto en 1239. Nueve años después, se completaron las obras de un templo que glorificaba el carácter sagrado de la realeza francesa y su compromiso con la cruzada. Décadas más tarde, en 1306, Felipe IV (r. 1285-1314) trasladó parte del cráneo de su abuelo, Luis IX, a la Sainte Chapelle y encargó la elaboración de un lujoso relicario de oro y joyas para su conservación. Se completaba así la asociación entre el rey francés con la pasión de Cristo, alimentada por Luis IX en vida y culminada por sus sucesores tras su muerte y canonización (Gaposchkin, 2008: 72-75).

Un reino al servicio de Dios: la organización de la Séptima Cruzada (1245-1248)

La preocupante situación de los Estados latinos de Ultramar coincidió con la voluntad de Luis IX de hacer el voto de cruzada. Esta decisión respondía a la devoción y piedad personal del monarca, que se había multiplicado tras curarse milagrosamente de una enfermedad, aunque la anécdota pueda parecer más un topos literario que una historia verídica. También es importante recordar que los Capeto habían asociado su linaje con la guerra santa durante generaciones. Su bisabuelo, Luis VII, había participado en la Segunda Cruzada; su abuelo, Felipe Augusto, en la Tercera; y su padre, Luis VIII, había luchado contra los cátaros, que también contaba como cruzada. Por último, esta decisión reflejaba el deseo del rey de escapar de la sombra de su madre, Blanca de Castilla (r. 1188-1252), que había gobernado como regente durante su minoría de edad y seguía ejerciendo un poderoso influjo.

La convocatoria de Inocencio IV en 1245 tuvo escaso eco fuera de Francia. En el mismo Concilio de Lyon en el que apeló a la cristiandad para defender Tierra Santa, el pontífice depuso y excomulgó (otra vez) a Federico II. Esto facilitó que varios príncipes y ciudades de Alemania e Italia se levantaran contra el emperador, por lo que estaban demasiado ocupados con su cruzada doméstica como para pensar en otra más lejana. Pese a ello, la enorme involucración de Luis IX en la empresa y la asistencia papal hicieron que la Séptima Cruzada fuese quizás la mejor organizada de la historia.

Además de las contribuciones económicas habituales a través de las indulgencias, redenciones del voto de cruzada y tributos papales, Roma permitió que Luis IX cobrara un impuesto especial a las instituciones eclesiásticas francesas del 10% de sus rentas durante tres años (luego extendido a cinco). Pese a esta ayuda, el monarca francés tuvo que hacer un esfuerzo económico descomunal para

financiar la empresa. El rey pidió “donativos forzosos” (si se permite el oxímoron) a las ciudades, demandó tributos especiales a las comunidades judías, intentó recortar los gastos de la administración regia y alargó las vacantes de sedes episcopales o abaciales por la muerte de sus titulares para destinar esas rentas a la cruzada. Se ha estimado que Luis IX llegó a gastarse más de millón y medio de libras de Tournois para costear la empresa, cantidad seis veces superior a las rentas regias anuales. Además de sufragar sus propias tropas, el monarca realizó préstamos a otros nobles para que reclutaran sus contingentes o los incluyó en su propio séquito cuando se quedaron sin dinero. Se ha estimado que el rey francés reunió un ejército de unos 25.000 hombres, un imponente número de tropas que, además, servían bajo el incuestionable liderazgo del monarca (Le Goff, 2008: 133).

La vida de san Luis, escrita por Jean de Joinville (1224-1317), senescal de Champaña e historiador, décadas después de la muerte del monarca, tiene un carácter panegírico. El paso del tiempo además había modificado el recuerdo y la interpretación de los hechos, pero, a pesar de todo ello, probablemente se trate de la mejor narración de las cruzadas; sin duda, la más amena.

Al mismo tiempo, ilustra lo que pudo ser la experiencia de muchos nobles franceses a la hora de marchar a la cruzada, ya que el relato de Joinville tiene mucho de autobiográfico, al incluirse constantemente en él gracias a su estrecha relación con Luis IX. Su relato muestra una combinación de piedad y pragmatismo. La memoria familiar de su linaje, como era habitual en Francia, estaba asociada a la cruzada: su abuelo había muerto en la Tercera Cruzada y su padre había luchado contra los cátaros. Por tanto, Jean de Joinville siguió sus pasos y recibió el morral y el bastón de peregrino de un abad local. Antes de marchar, se encargó de dejar sus tierras en orden, dirimiendo litigios pendientes y asegurándose de que su hijo era reconocido como heredero. La posibilidad de morir en cruzada era un temor muy real, pero también había otros más mundanos, como el miedo que le daba a Joinville cruzar el mar. El coste del viaje requirió que el senescal hipotecara sus tierras, pero eso no fue suficiente. En 1248, cuando llegó a Chipre con su primo y 20 caballeros, apenas le quedaba dinero para pagarles durante un año (Alvira Cabrer, 2021: 35-38). Por tanto,

entró al servicio directo del rey, como muchos otros nobles hicieron, incluyendo importantes magnates como Guido de Flandes (1226-1305), quien, por supuesto, había continuado con la sempiterna tradición familiar de tomar la cruz y volvería a hacerlo para la Octava Cruzada (Tyerman, 2006: 783).

Los contingentes militares del rey y de los nobles franceses constituían la columna vertebral de la expedición, pero todas las cruzadas seguían incluyendo miles de personas que no eran combatientes. Además de los familiares y sirvientes de los guerreros, muchísimos individuos se unieron a estas campañas. La cruzada siempre mantuvo un componente popular, más allá de que la cristiandad europea tuviera ahora nuevas formas de participación, como los donativos económicos o las misas y ceremonias que se multiplicaban por el continente para obtener el favor divino. Por ejemplo, casi el 10% de los pasajeros que aparecen en el listado de la embarcación de una nave, el San Víctor, en Messina, en 1250, para unirse a la cruzada de san Luis IX, eran mujeres. De estas 42, solo la mitad viajaban con familiares masculinos y todas eran identificadas como peregrinas (Nicholson, 2023: 18-19).

Otra vez mordidos por la serpiente: la Séptima Cruzada como repetición de la quinta (1249-1254)

Los paralelismos entre la Quinta Cruzada y la Séptima Cruzada resultan sorprendentes. Hubo diferencias, obviamente, entre ambas campañas, aunque parece difícil no ver la campaña de Luis IX como una repetición de la liderada por el cardenal Pelayo y Juan de Brienne tres décadas antes. El aspecto más llamativo es que el propio monarca francés era muy consciente de ello y tuvo el recuerdo de la Quinta Cruzada muy presente en sus decisiones, aunque dicha experiencia tampoco sirvió para evitar un rotundo fracaso.

Una vez reunidas en Chipre, que se había convertido en un punto logístico vital para las cruzadas, las tropas de Luis IX se dirigieron a Damieta en junio de 1249. Tras un espectacular desembarco anfibio en la desembocadura del Nilo, en el que el propio rey se lanzó al agua para liderar las tropas en persona, según el relato de Joinville, la guarnición abandonó la ciudad y Damieta se rindió tras unas horas.

Lo que durante la Quinta Cruzada había exigido un duro asedio de año y medio, se había conseguido, 30 años después, en apenas unas horas. Sin embargo, Luis IX volvió a afrontar el mismo dilema: qué hacer a continuación. Tras rechazar el intercambio de Damieta por Jerusalén, se plantearon posibilidades alternativas, como dirigirse a la rica Alejandría, pero al final se optó por marchar a El Cairo. Según Joinville, Roberto de Artois (1216-1250), hermano menor del rey, era el mayor partidario de esa opción, pues insistía en que, para matar a una serpiente, primero había que aplastar su cabeza. La obra, escrita varias décadas después, conocía el nefasto resultado que tendría tomar esta decisión, por lo que seguramente quisiera exculpar al monarca francés y presentar una cabeza de turco alternativa a la que responsabilizar del desastre.

Luis IX se demoró unos meses en Damieta, organizando el gobierno

de la ciudad, pero pese a este retraso y la lentitud de la marcha hacia el sur, no se trataba de un plan descabellado. El ejército cruzado había estudiado bien la Quinta Cruzada; incluso el monarca llegó a entrevistarse con un hombre que había luchado con Juan de Brienne y ahora vivía en Damieta, tras convertirse al islam. De ese modo, las tropas estaban bien pertrechadas y se habían previsto las crecidas del Nilo para que la hueste no quedara rodeada. Además, la muerte del sultán al-Salih, en noviembre de 1249, permitía pensar en un posible colapso del gobierno ayubí debido a la presión militar franca y la crisis sucesoria interna. Sin embargo, los mamelucos, esclavos de origen turco que constituían la élite militar del sultán egipcio, decidieron sostener militar y políticamente al régimen ayubí, para poco después hacerse con el poder, como se verá en el siguiente capítulo.

En 1250, el ejército cruzado llegó a El Mansurá, como había hecho el de la Quinta Cruzada. La vanguardia cristiana, liderada por Roberto de Artois, atacó por sorpresa y consiguió desbaratar a las tropas egipcias, pero, según Joinville, se lanzó en su persecución en lugar de esperar refuerzos. Los mamelucos consiguieron resistir el empuje de la hueste franca y lanzar un contraataque para repeler su avance. Finalmente, los cruzados ganaron este primer enfrentamiento, pero fueron incapaces de tomar la ciudad, quedando atrapados en una precaria posición. El hermano del rey pagó con su vida su error, quedando así para siempre asociada su memoria con la inminente debacle.

Luis IX se negó a huir y permaneció con un ejército incapaz de romper las defensas egipcias y arrasado por las enfermedades. El monarca adoptó un tono fatalista que le acompañaría el resto de su vida, pero no se olvidó de cuestiones prácticas, como que le cortaran los pantalones para lidiar con los síntomas de la disentería. Finalmente, tras un intento de retirada caótico, el rey y la mayoría de los nobles franceses (entre ellos Joinville), se rindieron a los mamelucos. El rescate de Luis IX y el resto de magnates se cifró en la astronómica cifra de 400.000 libras de Tournois, además de la entrega de Damieta (Alvira Cabrer, 2021: 51-111).

El monarca pasó los siguientes cuatro años en Tierra Santa, donde ejerció de gobernante de facto del Reino de Jerusalén. Durante ese

tiempo se dedicó a renovar las fortificaciones y a hacer penitencia por sus pecados. Además, se intentó un acercamiento diplomático a los mongoles (ya conocidos en Europa, especialmente en el este) con el quimérico empeño de entablar una alianza común frente a los musulmanes y convertirlos al cristianismo.

Las noticias del desastre de la Séptima Cruzada causaron asombro y consternación en Europa. Resultaba inexplicable que una campaña bien organizada y liderada por un rey que era un modelo de piedad y devoción no hubiera gozado del favor divino. Entre las manifestaciones de duelo y fe que se produjeron, la más conocida es la cruzada de los pastores, en 1251. Este movimiento no fue liderado por pobres ni representaba una revuelta social, como se ha creído tradicionalmente, sino que reflejaba la cotidianeidad de la cruzada en la vida de los europeos del siglo XIII. Un par de miles de personas querían dirigirse a Tierra Santa para liberar a su querido rey, pero, a pesar de lo utópico del proyecto, mostraban un conocimiento profundo de los mecanismos de predicación, financiación y reclutamiento de la cruzada, de los que se querían hacer cargo. El gobierno de regencia se negó a apoyar su propuesta, lo que generó altercados y explosiones de violencia antisemita, fruto de la excitación religiosa, que fueron apagados por las autoridades.

Más allá de la voluntad de Dios, y de la arrogancia y temeridad de Roberto de Artois, había otras razones que explicaban la derrota de Luis IX. Al contrario que durante la Quinta Cruzada, el monarca no contempló realmente intercambiar Damieta por Jerusalén. Las decisiones que tomó al conquistar la ciudad, entre ellas crear un arzobispado, indican una voluntad de establecer un dominio permanente en la región. Seguramente aspiraba a convertir Egipto (o al menos la franja costera) en una colonia franca, un nuevo Estado latino de Ultramar gobernado por algún hermano del monarca. La cruzada estuvo bien organizada, pero resultaba un plan demasiado ambicioso para conseguir solo con la fuerza de las armas. Más allá de los ingenuos contactos con los mongoles, Luis IX no realizó ningún movimiento diplomático ni ofreció ningún tipo de solución de compromiso en el aspecto religioso que hubiera podido servir para obtener apoyo de las élites locales (Le Goff, 2008: 134-143; Tyerman, 2006: 790-804).

Pese a la debacle, el entusiasmo cruzado no disminuyó en Europa. Durante los siguientes 75 años se debatió el modo en que se podía conquistar Egipto, estudiando con detalle la campaña de 1248-1250. Sin embargo, ningún ejército franco volvería a invadir el país del Nilo hasta que lo hiciera Napoleón, cinco siglos y medio más tarde. La “última cruzada” tendría un destino más inesperado: la histórica Cartago.

En busca de oro y almas:

Túnez y la Octava Cruzada (1270)

A finales de la década de 1260, la situación de los Estados latinos de Ultramar era crítica, como se verá en el siguiente capítulo. Por esa razón, la decisión de Luis IX de dirigir una cruzada contra Túnez, en lugar de marchar hacia Egipto o Tierra Santa, resultó un tanto sorprendente, de forma que se planteó que Carlos de Anjou, hermano del monarca y rey de Sicilia (r. 1266-1282) tras acabar con los herederos varones de Federico II, estaba detrás del plan.

Para los historiadores ha sido difícil explicar cómo los distintos intereses de ambos hermanos podían conjugarse, pero sus agendas no tenían por qué ser antagónicas. Carlos de Anjou tenía unos intereses políticos y económicos: recibir tributo de Túnez y mantener la paz en el Mediterráneo para fomentar el tráfico comercial con Egipto. Por su parte, Luis IX había acentuado su devoción y piedad a partir del fracaso de la Séptima Cruzada. En ese sentido, su espíritu cruzado ya iba más allá de objetivos militares concretos y se centraba en la conversión y expansión del cristianismo, como intentaría en vano con los mongoles. La perspectiva de convertir a al-Mustansir (r. 1249-1277), sultán de Túnez, era percibida con entusiasmo, creyéndose que serviría de ejemplo para otros gobernantes musulmanes. Además, un triunfo en el norte de África podría suponer una inyección de fondos y un avance diplomático para consolidar una alianza antimameluca antes de dirigirse a Egipto.

La campaña, sin embargo, fue un desastre. Tras varios retrasos, Luis IX partió de Aigues-Mortes, en Occitania, el 2 de julio de 1270 y el 25 de agosto ya estaba muerto. El ejército cruzado asedió la histórica ciudad de Cartago, pero el calor y las malas condiciones higiénicas del campamento causaron estragos. En febrero de 1271, el nuevo rey de Francia, Felipe III (r. 1270-1285), le pidió al abad

de Saint Denis que rezara por las almas de su padre, de su joven hermano Juan Tristán (que había nacido en Damieta, durante la Séptima Cruzada), de su cuñado, Teobaldo II de Navarra (r. 1253-1270), de su esposa, Isabel de Aragón (1247-1271), y de su pequeño hijo, Roberto (Lower, 2018: 5, 146-155 y 170-176).

El empeño cruzado de Luis IX le había costado su vida, la de varios miembros de su familia y una enorme cantidad de dinero (sin contar con los miles de personas muertas, heridas, esclavizadas o que perdieron todos sus bienes como resultado de estas campañas). Desde un punto de vista militar, político o económico, el resultado había sido un fracaso absoluto. Sin embargo, el monarca francés obtendría otras recompensas: la santidad y la eternidad.

Otra manera de llegar a Jerusalén:

san Luis y la cruzada como imitación de Cristo

Las últimas palabras que profirió Luis IX antes de morir fueron, supuestamente, “Jerusalén. Jerusalén”. El monarca francés no consiguió recobrar la Ciudad Santa en vida, pero sí alcanzó la Jerusalén celestial tras su muerte. Desde el mismo momento de su deceso, el rey ya gozó de la consideración de santo. Sus restos mortales fueron hervidos para separar la piel de los huesos y así poder trasladarlos a Francia sin que se descompusieran por el calor. En ese momento ya se hacía mención a dichos restos como reliquias sagradas. En esta línea, Felipe III informó de la muerte de su padre a las instituciones eclesiásticas de Francia y les pidió que rezaran por su alma, aunque señalaba que muchos consideraban que el difunto monarca no necesitaba de la intercesión de otros (pues al haber alcanzado la santidad, ya era él quien podía interceder ante Dios directamente).

La narración del largo periplo del cadáver de Luis IX hasta llegar a París se pareció más al traslado de reliquias propio de un relato hagiográfico que a un cortejo fúnebre. Desde Túnez, el cuerpo del monarca fue trasladado a Sicilia. Allí, Carlos de Anjou pidió quedarse con el corazón y los intestinos de su hermano, que fueron depositados en la catedral de Monreale, a pocos kilómetros de Palermo. Según los testigos, se produjeron varios milagros en ese momento. La comitiva viajó después a Calabria y de ahí a Roma, para a continuación atravesar los Alpes y, finalmente, llegar a París. Durante su viaje por Italia y Francia siguieron sucediendo todo tipo de portentos por los lugares por donde pasaban los restos mortales del rey. Como colofón, las reliquias fueron embalsamadas en especias y envueltas en ricas telas de seda para entrar con todos los honores en la capital francesa. Tras pasar la noche en Notre Dame, los restos de Luis IX fueron solemnemente depositados en la abadía de Saint Denis.

Todo el ceremonial y documentación que rodean a este acontecimiento muestra el deseo de la monarquía francesa de dar por hecha la santidad de Luis IX antes de que fuera canonizado por la Iglesia. El papado había limitado progresivamente el acceso a la santidad hasta hacerla cada vez más exclusiva. En el caso de los reyes, la mayoría de las veces, esta condición iba asociada a la conversión al cristianismo y su difusión en sus territorios. Se trataba, en cualquier caso, de una cuestión excepcional (no tanto en el de las reinas) y muy infrecuente después del siglo XI. Pese a todo, Bonifacio VIII (r. 1294-1303) canonizó a Luis IX en 1297. La decisión, muy influida por cuestiones políticas (a su primo, Fernando III de Castilla, mucho más exitoso en la lucha contra los musulmanes, le costó cuatro siglos alcanzar la santidad de manera oficial), se justificó, sobre todo, por la participación del rey en las cruzadas.

Una década más tarde, Jean de Joinville, desarrolló la misma idea para explicar la santidad de Luis IX en su obra. Las cruzadas del monarca no debían juzgarse en función de sus triunfos militares. En su lugar, había que tener en cuenta los padecimientos y enfermedades que sufrió el rey en ellas y su negativa a abandonar a sus hombres a su suerte en la derrota. Dicha interpretación estaba muy influida por el franciscanismo y la idea de renuncia para buscar el sufrimiento, imitando a Cristo. Estas campañas, por tanto, ofrecieron una oportunidad a Luis IX para mostrar esta voluntad de sacrificio y, desde ese punto de vista, resultaron un éxito indudable que lo hicieron merecedor de la santidad (Gaposchkin, 2008: 19, 25-28 y 42-45).

Esta manera distinta de ver las cruzadas refleja los cambios que habían experimentado la religiosidad y las prácticas devocionales en la Europa del siglo XIII. También muestra el creciente pesimismo que rodeaba a estas empresas, ya lejano el recuerdo de la mitificada campaña de 1099, y el deseo de encontrar una explicación a la sucesión de desastres militares, incluso cuando se trataba de expediciones cuidadosamente preparadas y lideradas por el rey cristiano por antonomasia. Pese a todo, la idea de cruzada siguió muy presente en el Occidente medieval, aunque ya fuera tarde para salvar a los Estados latinos de Ultramar.

Capítulo 12

El rugido del león. Mongoles, mamelucos

y la desaparición de los Estados latinos

de Ultramar (1291)

La estancia de Luis IX en Tierra Santa (1250-1254), tras el fracaso de la Séptima Cruzada, ayudó a paliar la crisis política interna de los Estados latinos de Ultramar y a mejorar sus defensas tras la derrota de La Forbie (1244). A mediados del siglo XIII, por tanto, la situación de los reinos cristianos no resultaba idílica, pero su desaparición estaba lejos de ser inevitable.

En la primera mitad del siglo XIII, la yihad había pasado de moda. Los sucesores de Saladino habían reactivado este discurso en momentos de amenaza, cuando una expedición europea llegaba a la región, pero resultaba más habitual la firma de largas treguas y periodos de paz con los Estados latinos. Los gobernantes ayubíes no querían provocar una respuesta armada de Occidente y las relaciones comerciales con el Reino de Jerusalén resultaban muy beneficiosas para ambas partes. Además, los habituales conflictos internos y luchas sucesorias del mundo musulmán favorecían que los distintos aspirantes buscaran la alianza militar con los francos, no atacar sus tierras (Goudie, 2019: 163-200).

Sin embargo, la situación política de Tierra Santa cambió por completo en unos pocos años con la llegada de los mongoles. La rápida y violenta expansión militar de este pueblo estepario acabó con importantes Estados musulmanes hasta que los mamelucos consiguieron frenar su avance. El nuevo régimen, que había surgido en Egipto y pronto controló Siria, sí cambió su actitud hacia los Estados latinos de Ultramar y, desde el primer momento, buscó su destrucción. La escasa y desorganizada ayuda proveniente de Europa no pudo impedirlo.

Escondidos en sus madrigueras: la tormenta mongola se abate sobre el mundo islámico

Temujín (1162-1227), un guerrero mongol más conocido como Genghis (o Chinggis) Khan, el título que adoptó en 1206, unificó a los pueblos esteparios de Asia Central e inició una expansión sin precedentes. En 1215 ya había saqueado Zonghu (actual Pekín) y conquistado el norte de China. Tres años después, su imperio ya bordeaba con el mundo islámico.

Los mongoles profesaban una religión chamánica, sin organización institucional, cuya principal deidad era Tengri, el Dios Cielo. Creían además que tenían el mandato divino de gobernar toda la humanidad. No está claro si esta idea ya existía desde tiempos de Genghis Khan o si se desarrolló posteriormente, como legitimación y explicación de sus enormes éxitos militares. En un principio, los mongoles se limitaban a demandar tributo a las poblaciones conquistadas para mantener su ejército, pero con el paso del tiempo empezaron a desarrollar un aparato burocrático para gobernar y extraer recursos de esos territorios de manera más sistemática. Por otra parte, toleraban otras creencias, pues no las consideraban excluyentes a las suyas, lo que facilitó el gobierno sobre millones de personas de diversas razas, etnias y religiones. Este contacto con poblaciones tan distintas influyó en la cultura de los mongoles, en su organización política y en su ejército. Las primeras conquistas se habían basado en tropas muy móviles, caballería y arqueros montados, acostumbrados a la vida nómada. Sin embargo, el contacto con sociedades sedentarias supuso la integración de distintos contingentes y grupos más especializados, como ingenieros capaces de fabricar máquinas de asedio. El tamaño y calidad de estas huestes, unido al terror que causaban sus matanzas y atrocidades, convirtieron a los mongoles en una amenaza militar sin precedentes (May, 2018: 13-15, 77-82, 118-121 y 141).

Pese a las perturbadoras noticias que recibían de Asia Central, los

gobernantes musulmanes, como censuró Ali ibn al-Athir (1160-1233), historiador de Mosul, se escondieron en sus madrigueras, sin ofrecer un frente común de resistencia. Una vez más, la desunión política del islam tenía la culpa de la tormenta que se avecinaba. El enorme impacto que tuvo la llegada de los mongoles en el mundo musulmán fue narrado de manera muy vívida en Las cruzadas vistas por los árabes (1983), la excelente obra de Amin Maalouf que podría haber aparecido mucho antes en estas páginas.

En apenas tres años (1218-1221), los mongoles conquistaron el vasto Imperio de los corasmios, que se extendía por los actuales Irán, Afganistán, Turkmenistán y Uzbekistán. Los rumores sobre sus incursiones en Iraq y el Cáucaso llegaron hasta Occidente, alimentando la leyenda del preste Juan y el ambiente profético de la Quinta Cruzada.

Tras la muerte de Genghis Khan, su hijo y sucesor, Ogodei (r. 1229-1241), continuó las conquistas de su padre. Entre 1230 y 1231, destruyó el nuevo Imperio corasmio que había surgido en la zona iraní de sus antiguos dominios, lo que provocó el desplazamiento de importantes poblaciones hacia Siria. Tres años después, se iniciaron las campañas en el sur de China que terminarían con la dinastía Song. La expansión mongola también avanzó hacia el oeste, dirigiéndose contra los principados rusos y el este de Europa. Riazan (1236) y Kiev (1240) fueron conquistados, mientras que Polonia y Hungría sufrieron terribles ataques en 1241 y 1242. El papado, ya al tanto de la identidad de este pueblo, convocó una cruzada contra ellos, pero las tropas mongolas se retiraron antes hacia el este. En Oriente Medio, los mongoles aseguraron el dominio sobre Persia y empezaron a realizar incursiones en Iraq. Los sultanes selyúcidas de Anatolia aceptaron pagar tributo a los mongoles, pero, cuando las relaciones entre ambos se deterioraron, padecieron destructivas campañas contra sus principales ciudades en 1242 y 1243. Esta derrota inició un proceso de atomización política del sultanato del Rum, que se dividió en pequeños principados turcos.

La elección de Mongke en 1252 como Khan supuso una renovada oleada de ataques. Hulagu (1217-1265), hermano de Mongke, inició

una serie de ofensivas que cambió el escenario político del Mediterráneo oriental y Oriente Medio para siempre. En 1256, conquistó Alamut y varias fortalezas de los asesinos, lo que dejó a la secta al borde de la desaparición, excepto en la memoria popular. Dos años después, los mongoles tomaron Bagdad. Esta conquista causó estupor y temor en todo el mundo islámico por la terrible matanza que siguió al asedio de la ciudad y por la desaparición del califato abasí, que había pervivido durante cinco siglos. A pesar de que su dominio efectivo no se extendía más allá de Iraq, todo el islam suní miraba con respeto a Bagdad y la aprobación (muchas veces ficticia) del califato servía a muchos gobernantes para legitimar su propia autoridad.

A continuación, Hulagu se dirigió hacia Siria. Bohemundo VI (1237-1275), príncipe de Antioquía y conde de Trípoli (ambos Estados latinos habían quedado unidos dinásticamente un par de generaciones atrás), acató la soberanía mongola, que se traducía en el pago de un tributo, ayuda militar y la sustitución del patriarca latino de la ciudad por uno ortodoxo. El legado papal, escandalizado por esta última cuestión, excomulgó a Bohemundo, quien pese a todo recuperó importantes plazas gracias a esta decisión, como la localidad costera de Latakia. En los territorios de dominio musulmán, la autoridad ayubí colapsó por completo, incapaz de organizar una resistencia conjunta frente a los mongoles. En 1260, Alepo y Damasco fueron fácilmente conquistadas. Sin embargo, la muerte de Mongke el año anterior y la consiguiente disputa por la sucesión, unido a las dificultades logísticas de avituallar su enorme contingente de tropas, hizo que Hulagu se marchara de Siria con gran parte de su ejército. Mientras tanto, en Egipto, los mamelucos habían respondido a la petición de convertirse en tributarios de los mongoles matando a los emisarios (Morton, 2022: 10-12, 26-29, 71-94 y 155-177).

Mejor que 300 hijos: Baibars y el ascenso

de los mamelucos (1250-1265)

Según un emir del siglo XI, “un esclavo obediente es mejor que 300 hijos, pues estos anhelan la muerte del padre, mientras que el primero no desea sino una larga vida al amo” (Asbridge, 2019: 726). Los mamelucos eran un grupo de esclavos especializados en la práctica militar desde la juventud que constituían la élite guerrera de los sultanes de Egipto. Durante la Séptima Cruzada, mostraron su lealtad a al-Salih y fueron clave en la victoria sobre Luis IX en El Mansurá (1250), aunque no se sintieron en deuda con su ingrato hijo y sucesor, Turan Shah.

Tras llegar a Egipto procedente de Damasco, el nuevo sultán, que había estado enfrentado con su padre, desoyó sus indicaciones póstumas y postergó a los mamelucos en beneficio de su propio séquito militar. En respuesta, los jefes mamelucos asesinaron a Turan Shah y se hicieron ellos mismos con el poder en 1250. Necesitados de legitimar su posición, en un primer momento nombraron a Shajar al-Durr, la viuda de al-Salih, Malikat al-Muslimin (reina de los musulmanes), pero elevar a tal dignidad a una mujer resultaba inaceptable para los misóginos ulemas, por lo que el líder de los mamelucos, Aybak, se casó con ella y nombraron sultán a un niño de la familia ayubí para que actuara como títere. En 1257, el intento de Aybak de conseguir otra esposa para crear una alianza con los zenguíes de Mosul frente a los ayubíes de Siria provocó que al-Durr ordenara su asesinato; sin embargo, la mujer perdió también la vida en el golpe de Estado. Subió entonces al poder Kutuz, otro comandante (el-Azhari, 2019: 372-381).

En 1260, los mamelucos, informados de que gran parte del ejército de Hulagu se había replegado de Siria, se dispusieron a enfrentarse a los mongoles. La victoria de Ain Yalut (en el norte del actual Israel) les confirió un prestigio enorme y les permitió hacerse con

Siria rápidamente, aunque Kutuz no pudo disfrutar de su éxito. Después del triunfo, otro de los líderes mamelucos, Baibars (r. 1260-1277), organizó un golpe de Estado y se hizo con el poder tras matar a Kutuz.

Baibars justificó su posición ante sus compañeros de armas en el derecho que le daba haber acabado con el anterior gobernante, pero era consciente de que necesitaba elementos adicionales para aumentar su legitimidad. En 1261, "encontró" un miembro de la familia abasí que había sobrevivido a la caída de Bagdad y lo encumbró a la posición de califa como al-Mustansir II (como murió poco después, "halló" a otro sucesor), para así presentarse él como un sultán que gobernaba bajo su autoridad, lo que apuntalaba su posición y le permitía aspirar a unificar al islam suní bajo su único mandato. En las oraciones de los viernes y en las monedas, el nombre del califa acompañaba siempre al suyo. Baibars potenció también su propia figura: se apropió de la victoria de Ain Yalut y adoptó la figura del león (o una pantera) como su símbolo heráldico, lo que evocaba su talento militar.

Estas decisiones recordaban a las adoptadas por Saladino casi un siglo antes para apuntalar su posición, aunque el sultán mameluco tuvo todavía más éxito. Baibars combinó la brutalidad con la habilidad política para crear un Estado mucho más centralizado y más duradero que se extendió por Egipto, Siria y, pocos años después, por la franja costera que controlaban los Estados latinos de Ultramar. Se ha planteado a veces, de manera errónea, que las cruzadas provocaron una radicalización del mundo musulmán; sería más correcto señalar que potenciaron, de manera indirecta, el desarrollo estatal y que sirvieron para encumbrar élites militares al poder (Cobb, 2014: 221-226).

El sultanato mameluco se convirtió así en un Estado excepcional dentro del mundo islámico medieval. Su longevidad se basó en su poderío militar y en un sistema de sucesión que combinaba la herencia y la usurpación, lo que le daba, paradójicamente, un carácter volátil, pero duradero. Los principales cargos militares competían con hacerse con el poder tras la muerte de cada sultán, pero gobernar en nombre de algún miembro de la dinastía confería legitimidad y hubo casos en los que los hijos o nietos del anterior

sultán se mantuvieron en el puesto tras la muerte de su padre. La herencia, por tanto, no se dividía. Además, la sucesión se limitaba a la élite militar y, pese a fomentar la competencia, las intrigas y la conspiración, los lazos personales y los forjados en la guerra desarrollaban una identidad compartida y fuertes lealtades entre este grupo (Petry, 2022: 73-78).

Una vez asentados en el poder, la principal amenaza para los mamelucos provenía de los mongoles. Tras la división de su vasto imperio, Hulagu se había convertido en ilkhan (soberano) de un extenso Estado que ocupaba Iraq y Persia, y que sería posteriormente conocido como el Ilkanato. En este contexto, los Estados latinos de Ultramar podían ponerse del lado de los mongoles, como había hecho Bohemundo de Antioquía y Trípoli, además de que siempre existía la posibilidad de que obtuvieran refuerzos desde Europa en forma de cruzada. Por tanto, Baibars puso su atención en los territorios francos y comenzó un proceso de conquista sistemático que, además, serviría para aumentar su prestigio como defensor de la fe islámica.

¿Dónde está el Dios de los cristianos? El final de los Estados latinos de Ultramar (1265-1291)

A pesar de las derrotas, los llamamientos del papado a tomar la cruz seguían teniendo respuesta. Pequeños contingentes de peregrinos y soldados viajaban constantemente hacia Tierra Santa, aunque su impacto militar era, obviamente, limitado. Una gran expedición necesitaba del concurso de un monarca poderoso, pero ningún otro rey europeo mostró un compromiso con Jerusalén comparable al de Luis IX. El coste de la empresa y la necesidad de atender el gobierno de sus dominios hacían que el entusiasmo inicial por seguir la senda de Cristo no terminara de concretarse. Hubo excepciones, claro. Jaime I de Aragón (r. 1213-1276) partió hacia Tierra Santa en 1269, pero una tormenta dispersó su flota, lo que, unido a la (según los parámetros de entonces) avanzada edad del monarca (61 años), le hizo desistir de la empresa. El príncipe Eduardo de Inglaterra, el futuro Eduardo I (r. 1272-1307), sí llegó al Reino de Jerusalén en 1271. Su campaña fue parte de la Octava Cruzada, aunque a veces ha sido considerada la Novena Cruzada. Realmente, su singularización proviene del estatus y fama del futuro monarca inglés, no de los resultados que obtuvo. El aspecto más célebre de su estancia en Tierra Santa fue el intento de asesinato que sufrió.

El papa Gregorio X (r. 1272-1276), que había sido antes legado papal en Tierra Santa, realizó el último intento de convocar una cruzada de grandes dimensiones. En el Concilio de Lyon II (1274), el pontífice interpeló a toda la cristiandad, diciendo que los musulmanes se burlaban de su fe y se preguntaban dónde estaba su Dios para protegerlos. Gregorio X recabó consejos y propuestas de todo tipo, incluidos planes de conversión, sobre cómo afrontar la angustiosa situación en Tierra Santa. Además de la habitual aportación económica a través de impuestos eclesiásticos, el papa se comprometió a liderar la expedición en persona, algo insólito en la historia de las cruzadas, con la esperanza de animar a los grandes monarcas cristianos. Sin embargo, pese a la cada vez mayor eficacia

administrativa de la Iglesia, su capacidad de persuasión era menor que antaño. Finalmente, la muerte del pontífice, en 1276, supuso el fin de la empresa (Baldwin, 2014: 203).

Sin la ayuda de Europa, los Estados latinos de Ultramar no tenían esperanza alguna de resistir el empuje de los mamelucos, que habían vuelto a unificar Egipto y Siria bajo su mando. Por si esto no fuera suficiente, la enorme división interna impedía cualquier tipo de acción defensiva conjunta. En 1268, tras la desaparición de los herederos de Federico II, la Corona de Jerusalén había recaído en los Lusignan que gobernaban Chipre, uniendo ambos reinos. En cualquier caso, la guerra de San Sabas (1256-1270), en la que Venecia y Pisa se habían enfrentado a Génova, con las ciudades, órdenes y nobles del reino dividiéndose entre ambos bandos, había mostrado que los distintos poderes de los Estados latinos actuaban de manera ya casi independiente en la segunda mitad del siglo XIII.

Baibars procedió a asediar las principales poblaciones y fortalezas francas. Cesarea y Arsuf fueron conquistadas en 1265 y Safed cayó al año siguiente. Los mamelucos siguieron una política distinta en función de la ubicación de las plazas que tomaban. Las murallas de las localidades costeras, como Cesarea y Arsuf, eran demolidas mientras que las plazas del interior, como Safed, se reparaban y fortificaban. Consciente de la superioridad naval cristiana, Baibars quería evitar que una importante ciudad marítima pudiera servir como cabeza de playa para futuras cruzadas.

En 1268, Antioquía fue conquistada y sufrió un brutal saqueo en el que decenas de miles de personas perdieron la vida o la libertad. El sultán mameluco se dispuso en 1271 a asediar Trípoli, pero la amenaza de un ataque mongol lo llevó a aceptar una tregua. Ese mismo año, no obstante, la imponente fortaleza del Crac de los Caballeros fue tomada por los mamelucos. La muerte de Baibars (1277) y el recelo a una ofensiva de Ilkanato sobre Siria retrasó la consecución de las últimas conquistas que, finalmente, fueron completadas por sus sucesores. En 1289, Trípoli fue tomada y saqueada y, dos años más tarde, Acre, la capital del Reino de Jerusalén, sufrió el mismo destino. Inmediatamente después, los francos abandonaron Tiro, Beirut y Sidón y los últimos castillos que conservaban las órdenes militares en el interior. Aunque alguna

fortaleza aislada se mantuvo bajo control cristiano hasta principios del siglo XIV, en 1291, tras casi 200 años de vida, el Reino de los Cielos dejó de existir. Durante los próximos siglos numerosos monarcas reclamaron el título de rey de Jerusalén (en la actualidad, los reyes de España lo incluyen entre los suyos de manera honorífica), pero no consiguieron hacerlo valer de manera efectiva.

La caída de Acre fue descrita con horror por las fuentes cristianas. Las noticias de los desesperados intentos de huir de la ciudad, las matanzas y el saqueo, y la última resistencia en las torres de los templarios para proteger a la población civil refugiada allí causaron una enorme conmoción y un gran pesar en Europa. Para algunos autores musulmanes, la brutal conquista de Acre era la adecuada respuesta a la crueldad que habían mostrado los francos justo un siglo antes, cuando Ricardo I ordenó ejecutar a miles de prisioneros tras tomar la ciudad (Cobb, 2014: 238). La memoria de las cruzadas y toda la violencia alrededor de ellas no pertenecía al pasado, sino que estaba muy presente.

Pese a la importancia (efectiva y simbólica) de la caída de Acre, el mundo islámico no vio 1291 como un capítulo definitivo. Chipre constituía un claro recordatorio de que la amenaza de futuras invasiones, que podían utilizar la isla como base logística, seguía estando muy presente. Europa occidental opinaba lo mismo: la desaparición de los Estados latinos no significaba el final de las cruzadas.

Capítulo 13

Después de Acre. Las cruzadas durante

la Baja Edad Media (siglos XIV-XV)

Los cuentos de Canterbury (1387-1400) es una de las obras más aclamadas y estudiadas de la literatura medieval. Con el pretexto de narrar una peregrinación para visitar la tumba de santo Tomás Becket, enterrado en la catedral de Canterbury, el poeta inglés Geoffrey Chaucer hizo una aguda radiografía de la sociedad y cultura de su época. Entre los 30 peregrinos que aparecen en el libro, el que tiene mayor estatus es el Caballero, y por eso él es el primero en contar una historia. Este personaje es descrito de manera muy positiva por Chaucer, pues su lealtad, honorabilidad, generosidad y buenos modales lo convertían en modelo del ideal caballeresco. Además, combatió con bravura por el rey (en la guerra de los Cien Años, como el propio autor) y viajó a tierras lejanas para demostrar su talento militar.

Como no podía ser de otra manera, el Caballero había luchado en las cruzadas. Se había enfrentado a los paganos en el Báltico, participado en el asedio castellano de Algeciras (1342-1344) y sumado a la expedición que conquistó Alejandría (1365) de los mamelucos (Guardia Massó, 1991: 65-67). Chaucer mostraba así que en la Baja Edad Media el ideal cruzado seguía muy vivo en la sociedad occidental. La nobleza europea, por tanto, aún tenía ante sí tres escenarios donde continuar con la práctica de la guerra santa: el Báltico, la península ibérica y el Mediterráneo oriental, aunque la situación en cada uno de ellos era muy distinta.

Hacer la cruzada por inercia: la orden teutónica y la cristianización del Báltico

Tras la caída de Acre, los caballeros teutónicos trasladaron su cuartel general a Venecia y, en 1309, a Marienburg (actual Malbork, Polonia). El cambio reflejaba que los intereses de la orden ya residían exclusivamente en el Báltico, donde controlaban un amplio territorio costero que se extendía desde Prusia hasta Estonia, adquirida en 1346 a los daneses. La zona oriental de estos dominios era gobernada por la Orden de Livonia, una rama autónoma de la orden principal que había surgido en el siglo XIII.

Los deseos expansionistas de los teutónicos continuaron en el siglo XIV, esta vez con el objetivo de someter a Lituania, territorio que, pese a su paganismo, se había conformado como una monarquía bien organizada. Desde la década de 1260, el papado no había emitido ninguna bula de cruzada en el Báltico, pero los participantes en dichas campañas las seguían considerando como tales. En cualquier caso, Roma no veía inconveniente alguno mientras no se atacara a ningún territorio cristiano.

Con carácter casi anual, la orden teutónica organizaba una resie (razia) contra territorio lituano e invitaba a nobles de toda Europa a participar, no solo a los germanos. En la segunda mitad del XIV, numerosos aristócratas franceses e ingleses tomaron parte en ellas. Estas campañas se convirtieron en un destino turístico caballeresco, pues, más allá del barniz religioso que las cubría, había fiestas, despliegues de heráldica e incluso premios para los visitantes. En 1375, los nobles asistentes recibieron una chapa con el emblema “El honor lo conquista todo”, lo que contrastaba con la idea primigenia de la Iglesia de marchar a Jerusalén por devoción, no por ansias de riqueza o fama (Tyerman, 2006: 707).

En 1386, Ladislao (o Wladyslaw) II de Lituania se convirtió al catolicismo y se casó con Eduviges (Jadwiga), reina de Polonia, lo que supuso el nacimiento de la Confederación Polaco-Lituana y la

cristianización (al principio solo nominal) del último territorio pagano de Europa. Este cambio no apagó los deseos expansionistas de la orden teutónica, que continuó sus campañas contra Lituania pese a la drástica disminución de cruzados foráneos y a sufrir reveses importantes, como la derrota, en 1410, en la batalla de Tannenberg. Este desastre dejó un recuerdo tan indeleble que, cuando Alemania venció a la Rusia zarista en 1914, el II Reich (y luego el III) usó ese nombre para referirse a tal choque con ánimo de presentarlo como la revancha de los caballeros teutónicos.

La Iglesia llegó a debatir intensamente sobre este conflicto en el marco del Concilio de Constanza (1414-1418). Pese a los argumentos de los eclesiásticos favorables a la orden, los caballeros teutónicos fueron vistos como hipócritas por querer continuar expandiéndose a costa de correligionarios cristianos con la excusa de luchar contra el paganismo. Los enfrentamientos se prolongarían hasta 1466, aunque ya sin tener carácter de cruzada. En el siglo XVI, la Orden Teutónica y la Orden de Livonia se secularizaron y sus últimos territorios fueron finalmente absorbidos por Polonia y Lituania (Lock, 2006: 222-224).

Las campañas de la orden teutónica resultaron en la consolidación de Estados (Lituania y los principados rusos) capaces de ofrecer resistencia a dicha expansión. No obstante, la causa última de su desaparición fue, de manera paradójica, su éxito. Una vez que la cristiandad se había extendido por todo el Báltico, impulsada por la presión militar externa y la conversión de las élites locales, como de costumbre, su razón de ser dejó de existir.

Católicos y muy católicos:

los reyes de Castilla y el fin de al-Ándalus

En 1496, el papa Alejandro VI veía conveniente recompensar a Isabel de Castilla y Fernando II de Aragón con el título por el que pasarían a la historia: el de Reyes Católicos. Esta distinción, que se convirtió en hereditaria, reconocía su conquista de Granada, el último reducto musulmán de la península ibérica, en 1492, además de otras cosas que, de momento, ni la extrema derecha se atreve a celebrar abiertamente, como la expulsión de los judíos ese mismo año.

Los Reyes Católicos, como muchos de sus predecesores en los reinos ibéricos, utilizaron la lucha contra los musulmanes para ensalzar su posición y adquirir prestigio internacional. El papado, por su parte, los presentaba como ejemplo a seguir para el resto de la cristiandad, sobre todo en los siglos bajomedievales, cuando el resto de monarcas europeos dejaron de hacer voto de cruzada o, mejor dicho, de cumplirlos.

En la Baja Edad Media, Castilla era el único reino cristiano que mantenía frontera terrestre con al-Ándalus, por lo que fue la monarquía más activa en la prosecución de la cruzada, aunque Aragón, Portugal y Navarra también mantuvieron un vivo interés en ella. El reinado de Alfonso XI de Castilla (r. 1312-1350) fue uno de los periodos de mayor actividad bélica. Los benimerines, un poderoso imperio norteafricano que había sustituido a los almohades y llegó a extenderse desde Marruecos a Túnez, recibieron una serie de ciudades del sultanato nazarí de Granada a cambio de su ayuda militar. El monarca castellano tuvo el dudoso honor de ser el único rey europeo que murió de peste, durante el cerco de Gibraltar, pero, gracias a su victoria en la batalla del Salado (1340) y a la conquista de Algeciras (1342-1344), aseguró el control castellano del Estrecho, lo que impidió futuras

intervenciones norteafricanas en la península ibérica (Arias, 2012: 387-394).

A pesar de su menor tamaño y de no recibir ayuda de sus correligionarios al otro lado del Mediterráneo, Granada sobrevivió hasta finales del siglo XV gracias a la orografía de su territorio, la habilidad diplomática de alguno de sus monarcas, como Mohamed V (r. 1354-1359 y 1362-1391), la inestabilidad interna de Castilla y la buena organización fiscal y militar del reino. Durante un siglo y medio, Castilla realizó algunas conquistas aisladas (Antequera, en 1410, o Gibraltar, en 1462) y obtuvo la mitificada, pero poco efectiva, victoria de la Higueruela (1431), inmortalizada en un fresco de enormes dimensiones en El Escorial. Los Reyes Católicos conquistaron Granada en 1492, pero, para llegar hasta ahí, habían necesitado de la unión dinástica entre Castilla y Aragón, un desgarrador conflicto interno entre los miembros de la familia real nazarí y diez años de guerra con duros asedios y una costosa inversión económica (O'Callaghan, 2014: 54-55, 75-78 y 195-196). La alegría del papado estaba, por tanto, más que justificada, especialmente porque las cruzadas de la península ibérica fueron las únicas exitosas de la Baja Edad Media.

Herejes o piratas: el destino de las órdenes militares tras la caída de Acre

Las órdenes militares recibieron enormes críticas por la desaparición de los Estados latinos, pues habían fracasado en el cometido para el que habían nacido (y que las había enriquecido). Surgieron numerosas voces que cuestionaban su razón de ser o que proponían unificarlas todas en una sola institución. La actitud respecto a cada una de ellas fue, no obstante, diferente. La misión de los caballeros teutónicos en el Báltico y su poder territorial en la región los mantuvo al resguardo de la mayoría de estas invectivas. Los hospitalarios, por su parte, se readaptaron rápidamente al nuevo contexto bélico de Tierra Santa. En cambio, los templarios, la primera y más popular de todas estas organizaciones, no sobrevivió mucho tiempo al Reino de Jerusalén.

La enorme riqueza que había obtenido la Orden del Temple gracias a las numerosas donaciones recibidas y, sobre todo, a su actividad como prestamistas y banqueros atrajo el interés de Felipe IV de Francia (r. 1285-1314). Las necesidades económicas del monarca francés, en deuda con la propia orden, y su deseo de fortalecer la autoridad regia (la actuación contra los templarios serviría de precedente para futuros procesos judiciales y confiscaciones), lo impulsaron a iniciar un proceso legal contra los miembros del Temple, a los que acusó de herejía. En 1307, arrestó a los caballeros de su reino y se hizo con los bienes de la orden. El pontífice Clemente V (r. 1305-1314), que acababa de trasladar la sede papal de Roma a Aviñón y que por tanto se avenía a (casi) todos los deseos del rey francés, ordenó al resto de gobernantes europeos que hiciera lo mismo. Ningún otro monarca actuó contra la orden, pero tampoco trató de salvarla. En la península ibérica, los reyes de Aragón y Portugal fundaron, respectivamente, las órdenes de Montesa (1317) y Cristo (1319) para sustituir a los templarios.

Abandonados a su suerte, los caballeros arrestados reconocieron

bajo tortura todos los cargos que se fabricaron contra ellos (blasfemia, sodomía, idolatría), aunque muchos se retractarían posteriormente, por lo que la orden fue disuelta en 1312 y el último gran maestre, Jacques de Molay, murió en la hoguera en 1314 (Nicholson, 2021: 63-81). El súbito y morboso final de los templarios ha cubierto a la orden con una pátina de misterio, inspirando a las logias masónicas que se crearon en el siglo XVIII, como puede verse en El siglo de las luces (1962), la excelente novela de Alejo Carpentier, y generando todo tipo de leyendas a su alrededor.

En cambio, los hospitalarios mantuvieron una intensa actividad militar en el Mediterráneo oriental bajo supervisión papal. Tras la caída de Acre se instalaron en Chipre, para, en 1309, conquistar Rodas y otras pequeñas islas del Dodecaneso de los bizantinos. A pesar de su reducido tamaño, el poderío naval de la orden le permitió dedicarse a la piratería y hostigar los territorios musulmanes durante dos siglos hasta que, en 1522, Rodas fue conquistada por los otomanos. Los hospitalarios se trasladaron entonces a Malta en 1530, continuando su lucha contra los turcos con el apoyo de la Monarquía Hispánica (Nicholson, 2001: 71-80 y 143-161).

¿Y ahora qué? Los proyectos para recuperar Tierra Santa en el siglo XIV

Las cruzadas no declinaron después de la pérdida de Acre, en 1291, sino que cambiaron, como lo habían hecho en los dos siglos anteriores. Por un lado, miles de europeos continuaron peregrinando hacia Jerusalén, especialmente a partir de la década de 1330, cuando los mamelucos permitieron a la orden franciscana establecerse allí como representantes de la Iglesia romana. Estos frailes mendicantes organizaban "rutas turísticas" para que los visitantes pudieran conocer los santos lugares. Por otro lado, la idea de recobrar Tierra Santa no desapareció. Durante el primer tercio del siglo XIV la recuperación de Jerusalén se convirtió en un género literario propio, con centenares de trabajos que estudiaban el pasado para sugerir todo tipo de proyectos, incluido el de la conversión de los musulmanes. La popularidad de las cruzadas queda patente en el hecho de que todos estos autores asumían que no serían únicamente empresas militares, ya que las mujeres participarían de un modo u otro en ellas (Nicholson, 2023: 54).

Tierra Santa, por tanto, seguía muy presente en la cabeza y en el corazón de los europeos del siglo XIV, aunque las circunstancias imposibilitaron la convocatoria de una gran expedición. Los monarcas cristianos eran conscientes del prestigio que les confería hacer voto de cruzada y del entusiasmo popular que estas empresas suscitaban, como mostraban la exitosa recaudación de indulgencias y las multitudinarias ceremonias religiosas asociadas a Tierra Santa. Sin embargo, el gobierno de sus reinos, tarea cada vez más compleja, hacía desaconsejable ausentarse durante un largo periodo de tiempo de sus dominios. El inicio de la guerra de los Cien Años (1337-1453), conflicto que enfrentó a Inglaterra y Francia, pero en el que se vieron involucrados en algún momento casi todos los Estados europeos, hizo además que la atención de dos dinastías con una larga tradición cruzada se centrara en otros asuntos.

Las campañas del siglo XIII habían demostrado que la involucración de los monarcas resultaba vital para su viabilidad. El papado, en cualquier caso, no tuvo la capacidad de organizar una gran campaña a Tierra Santa. El traslado de la sede pontificia a Aviñón (1309-1376) reflejaba el control de la monarquía francesa sobre la institución durante gran parte de la centuria. Poco después de la vuelta a Roma, se produjo el Cisma de la Iglesia (1378-1417), con dos papas enfrentados (uno en la Ciudad Eterna y otro en Aviñón) y Europa dividida en el apoyo a cada uno de ellos. En este contexto, se multiplicaron las mal llamadas cruzadas políticas, en las que los pontífices declaraban la guerra santa por sus intereses regionales en Italia, en apoyo de Francia o contra el papado rival durante la época del cisma. Sin embargo, la institución no tenía ni el prestigio ni los recursos para convocar a toda la cristiandad en una empresa común hacia Tierra Santa (Housley, 1986: 293-298).

Hubo, pese a todo, intentos y alguna campaña puntual. El Concilio de Vienne (1311-1312), además de disolver la Orden del Temple, discutió sin éxito la convocatoria de una cruzada. En la década de 1330, Felipe VI de Francia (r. 1328-1350) se comprometió a tomar la cruz en un par de ocasiones, consciente de que tenía la obligación de continuar la tradición familiar, pero no llegó a cumplir con su palabra. Pedro I, rey de Chipre y de Jerusalén (r. 1358-1369), se pasó tres años en Europa intentando conseguir apoyo para una cruzada. Finalmente, con la colaboración de Venecia y los hospitalarios, tomó Alejandría (Egipto) por sorpresa en 1365. Se debate si la campaña era un primer paso para recuperar Tierra Santa o simplemente un golpe de mano para saquear este importante emporio comercial. La rápida huida de los cruzados con un enorme botín y miles de cautivos favorece la segunda interpretación, aunque la campaña y el monarca chipriota adquirieron mucho prestigio en Europa. Esta sería la última expedición contra Egipto, pues desde finales del siglo XIV un nuevo Estado se convertiría en el principal objetivo de las cruzadas en el Mediterráneo oriental: el Imperio otomano (Tyerman, 2006: 829-833).

Otomanos, faisanes y viajes mesiánicos:

la vigencia de la cruzada en el siglo XV

El final del cisma (1417) restauró el liderazgo papal para organizar cruzadas, por lo que los pontífices del siglo XV se dedicaron con mucha energía a dicha tarea. Mientras que las campañas contra enemigos del papado o entre las diferentes sedes pontificias habían suscitado enormes críticas, no hubo dudas en casos de herejía, como las cinco cruzadas contra los husitas en Bohemia (1420, 1421, 1422, 1431 y 1465-1471). Al mismo tiempo, los reinos del este de Europa, las ciudades-Estado italianas y los principados rumanos vieron la utilidad de este instrumento para conseguir apoyo económico, militar y diplomático frente a los otomanos. En cambio, para los gobernantes occidentales el poder turco no suponía un peligro directo a sus intereses. Que Bizancio y los Estados balcánicos, con fe ortodoxa, fuesen los lugares más amenazados por la expansión otomana tampoco contribuía a suscitar el entusiasmo de una nobleza que seguía teniendo una visión idealizada de Jerusalén y de las campañas de sus antepasados en la memoria. De ese modo, mientras que la cruzada siguió siendo una institución relevante en la parte oriental de Europa en el siglo XV, en la zona occidental, donde había surgido el fenómeno, se convirtió en un mero ideal.

Los otomanos fueron uno de los principados turcos que surgieron en Anatolia durante la segunda mitad del siglo XIII por la atomización del sultanato del Rum, tras la llegada de los mongoles. En el siglo XIV comenzaron un proceso expansivo tanto en la zona de los Balcanes como dentro de la península de Anatolia, aprovechando la fragmentación política de ambas regiones. En la segunda mitad de la centuria habían desarrollado un Estado bien organizado y un poderoso ejército en el que destacaban los jenízaros, un cuerpo militar formado originariamente por esclavos y cautivos cristianos. Al igual que otros gobernantes musulmanes habían hecho en el

pasado, la guerra contra enemigos de la fe islámica, además de ofrecer importantes beneficios económicos, sirvió para fortalecer la legitimidad de los sultanes otomanos y aumentar su prestigio (Murray, 2017a: 206-209).

En 1396, los turcos vencieron en Nicópolis (Bulgaria) a un ejército cruzado liderado por Segismundo I (r. 1387-1437), rey de Hungría y posteriormente emperador alemán, en el que participó un contingente de nobles franceses. La victoria permitió a los otomanos controlar Bulgaria y convertir a Bizancio y a los reinos balcánicos en tributarios. El coloso otomano estuvo, sin embargo, cerca de la destrucción en 1402, cuando Tamerlán (r. 1370-1405), gobernante de un imperio que se extendía desde Anatolia hasta la India, derrotó y asesinó a su sultán Bayezid (r. 1389-1402). A pesar de esta debacle y de sufrir dos decenios de conflictos internos, el imperio recobró su unidad y se preparó de nuevo para continuar su expansión a partir de la década de 1420.

Los acercamientos de los últimos emperadores de Bizancio a Roma, dispuestos a volver a unir ambas Iglesias, pese a la oposición de la jerarquía ortodoxa, incentivaron a los pontífices a redoblar su esfuerzo contra los turcos. El liderazgo de esta lucha, sin embargo, recaía en Venecia, que tenía posesiones en los Balcanes, y en Hungría, que controlaba Croacia y quería seguir expandiendo su influencia por la zona. En el siglo XIX, las historias nacionales de Grecia y los Estados balcánicos presentaron su resistencia frente a los otomanos como sus mitos fundacionales. En cambio, en el siglo XV la población ortodoxa (y sobre todo la jerarquía eclesiástica) veía con mejores ojos la dominación musulmana que la húngara o veneciana. En cualquier caso, los otomanos volvieron a vencer a una nueva cruzada en Varna (Bulgaria), en 1444, liderada por Ladislao III de Polonia y Hungría (r. 1434-1444), quien perdió la vida en la batalla (Cobb, 2014: 251-258).

En 1453, los turcos conquistaron Constantinopla. Al contrario que los cruzados dos siglos y medio antes, los otomanos sí fueron capaces de restablecer la estructura política y administrativa del imperio tras tomar la capital bizantina. Mehmed II (r. 1451-1481) adoptó el título de césar, con el deseo de mostrarse como un continuador de Roma. Tras la caída de Constantinopla, Pío II (r.

1458-1464) se afanó en organizar una cruzada e incluso se comprometió a participar en persona, a pesar de que daba por hecho de que moriría durante esta por su deteriorada salud. Por otra parte, el pontífice redactó una carta al sultán-césar otomano, que nunca llegó a ser enviada, en la que mostraba sin ambages que si se convertía al cristianismo, sus sueños de conquista no tendrían oposición (Housley, 2017: 2-3). En cualquier caso, los turcos siguieron su expansión por Europa en las décadas siguientes sin tener que valorar siquiera esta posibilidad.

Desde la perspectiva islámica, las cruzadas terminaron a finales del siglo XV. Aunque Chipre (ahora bajo poder veneciano) y Rodas continuaron en manos cristianas durante un tiempo, ya no suponían una amenaza para futuras invasiones sobre territorio musulmán. Además, el Imperio otomano, aunque detestado por eclesiásticos y humanistas, ya era reconocido como un Estado europeo y un actor político más por el resto de monarquías del continente, en lugar de como un enemigo de la fe contra el que había que combatir sin cuartel. El ascenso de los turcos no había provocado en Europa occidental un deseo unánime de tomar las armas, pero eso no significa, ni mucho menos, que el espíritu de cruzada hubiera desaparecido.

En el siglo XV, hasta la gentry (pequeña nobleza rural) de Inglaterra tenía copias de la historia del Reino de Jerusalén escrita por Guillermo de Tiro (1130-1185). La idea de cruzada, por tanto, seguía siendo omnipresente en Europa, aunque adoptó nuevas formas, influida por la cultura patriótica (nacional, si se prefiere, pero con muchísimas comillas), caballeresca y humanista de la época.

En la fase final de la guerra de los Cien Años, tanto Francia como Inglaterra potenciaron ideas “protonacionales” en sus discursos propagandísticos para persuadir a sus sociedades de que su conflicto se trataba de algo más que una lucha dinástica entre los monarcas. Al mismo tiempo, estos discursos estuvieron teñidos de un toque religioso y providencialista más marcado para mostrar que Dios estaba de su parte. La aparición de la figura de Juana de Arco y el deseo de los ingleses de desacreditarla como enviada divina constituye el ejemplo más evidente de dicha práctica. Esta actitud

se acentuará aún más en el siglo XVI, cuando la religión se convierte en una “razón de Estado” (Housley , 2002: 190-192).

Al mismo tiempo, el ideal caballeresco impregnaba la cultura de los nobles y monarcas europeos del siglo XV. Este periodo será el momento dorado de la heráldica, las ceremonias de investidura, las justas, los torneos, etc., idealizando una forma de entender el poder y de hacer la guerra que estaba cambiando enormemente. Dentro de este ideal caballeresco caracterizado por la nostalgia, las cruzadas ocupaban un espacio muy importante, sobre todo en Borgoña. Los duques de este territorio (que también incluía por herencia Países Bajos y Flandes) eran vasallos de los reyes de Francia, aunque en la práctica actuaban con enorme autonomía por los avatares de la guerra de los Cien Años. Su objetivo, por tanto, fue alcanzar un título regio que marcara su independencia de manera inequívoca. Además de acciones políticas, militares y diplomáticas, la dinastía se comprometió con la recuperación de Jerusalén para aparentar un estatus regio. En 1430, Felipe III (1396-1467) creó la Orden del Toisón de Oro, una orden caballeresca laica comprometida con la guerra santa (el rey Felipe VI es en la actualidad gran maestre de la institución). La corte borgoñona se convirtió durante años en un hervidero de planes para recuperar Tierra Santa: se recopilaron obras sobre las cruzadas, se enviaron espías al Imperio otomano y al sultanato mameluco y se dio cobijo a todo tipo de “expertos” que presentaban proyectos para llevar a cabo la empresa. Sobreexcitado por la reciente conquista turca de Constantinopla, el duque organizó la conocida como fiesta del faisán en 1454. Esta lujosa celebración culminó con el juramento de Felipe III y otros 200 invitados de luchar contra los infieles. Nadie tomó la cruz, pues era una celebración laica y caballeresca, y nunca se realizó una cruzada, pero muestra que el compromiso con Jerusalén seguía ofreciendo a los gobernantes europeos un enorme prestigio (Tyerman, 2006: 858-861).

Finalmente, la idea de cruzada adquirió un tono profético o mesiánico, en algunos casos de manera muy sorprendente. De manera errónea, se ha presentado muchas veces a Cristóbal Colón (c. 1451-1506) como el paradigma de “hombre moderno” cuya curiosidad y mentalidad científica consiguieron imponerse, con enorme esfuerzo, a la superstición medieval. En la Edad Media todo

el mundo sabía que la Tierra era redonda, al igual que se tenía un conocimiento bastante aproximado de la longitud del planeta. Por tanto, era imposible llegar a Asia por el oeste con la tecnología de la época. Sin embargo, Colón tuvo suerte y encontró un nuevo continente. El navegante, en cambio, interpretó de manera distinta su "descubrimiento". Colón, obsesionado con la recuperación de Jerusalén, escribió tras sus viajes un Libro de las profecías (1504), en el que sostenía que él estaba destinado a llegar a las Indias para evangelizarlas y obtener el oro necesario para recuperar Tierra Santa. En un tono similar, tres años antes, les había escrito una carta a los Reyes Católicos en la que afirmaba que el éxito de su viaje era una consolación para la cristiandad por la pérdida del Santo Sepulcro (Housley, 2002: 191; Tyerman, 2006: 914). El almirante, como la mayoría de los hombres del medievo, soñaba con alcanzar Jerusalén, aunque los caminos para llegar a la Ciudad Santa eran muy diversos. Algunos de ellos incluso pasaban por América.

Epílogo

El monumento más notable a la estupidez

humana: historia y memoria de las cruzadas

Las cruzadas fueron un invento papal, por lo que la Reforma (1517) y la crisis de autoridad que sufrió la Santa Sede explican la decadencia de este fenómeno en época moderna. Durante el siglo XVI se dio una paradoja en la (cada vez más extensa) Europa protestante: se criticaba la venta de indulgencias y la capacidad de los pontífices de declarar la guerra santa, pero se observaba con angustia el avance otomano. Esta actitud no era exclusiva de los humanistas e intelectuales de estos países, sino que era compartida por gran parte de la población. Por ejemplo, la noticia de la victoria de Lepanto (1571) sobre los turcos, una cruzada liderada por la católica Monarquía Hispánica, fue motivo de grandes celebraciones en Londres (Tyerman, 1998: 100-107).

Al mismo tiempo, la consolidación de las cada vez más autoritarias monarquías europeas hizo que estas reprimiesen con mayor efectividad cualquier tipo de disidencia, especialmente la religiosa. La fe se convirtió en una razón de Estado y, por tanto, los gobiernos de la Edad Moderna formularon las guerras de religión en sus propios términos. La idea de cruzada no estaba desacreditada, pero ya no resultaba políticamente útil para campañas contra otros cristianos. En 1546, el emperador Carlos V (r. 1516-1556) reconocía abiertamente en su correspondencia que la guerra que se disponía a emprender contra la Liga de Esmalcalda (la alianza de ciudades y principados protestantes de Alemania) estaba motivada por la defensa de la fe. Sin embargo, de cara al exterior, la justificaba con el deseo de mantener la paz en el Imperio, amenazada por las actuaciones de Hesse y Sajonia, y se negó a darle el carácter de cruzada que algunos propagandistas católicos demandaban (Housley, 2002: 194-195).

Desde un punto de vista formal, la guerra de la Liga Santa (1684-1699), en la que Austria lideró una coalición que se impuso con rotundidad al Imperio otomano, puede considerarse la última cruzada. Una vez que la amenaza turca empezaba a desvanecerse

resultaba lógico considerar que las cruzadas ya no eran necesarias. Estas campañas podían ser cosa del pasado, pero eso no significa que cayeran en el olvido.

El desarrollo de la disciplina histórica, su profesionalización y su conversión en una ciencia (se pueden poner comillas si se quiere) a partir del siglo XVIII aumentaron el conocimiento de las cruzadas y les dio una entidad propia, dotándolas de una coherencia y de una numeración que resultarían extrañas para los contemporáneos que participaron en ellas. De manera paralela, aunque no siempre separada de la historia, desde la Ilustración hasta nuestros días se han creado numerosas memorias de las cruzadas con un alto componente emocional. El pasado no solo servía para conocer el presente, sino que se creaba un vínculo afectivo con este y se utilizaba para justificar actuaciones políticas o crear identidades sociales, religiosas o nacionales.

Los intelectuales del siglo XVIII vieron las cruzadas con fascinación y horror. Influidos por su anticlericalismo, los autores ilustrados vieron en estas campañas una muestra del fanatismo de la época medieval. Según el filósofo escocés David Hume (1711-1776), constituyeron el monumento más notable a la estupidez humana que había ocurrido en cualquier época o lugar. Voltaire (1694-1778), admirador de Saladino, consideraba que las cruzadas habían sido empresas absurdas sin utilidad o provecho alguno. El célebre historiador inglés Edward Gibbon (1737-1794), muy influido por el pensador francés, tenía una opinión parecida, aunque afirmaba que el fracaso en este fútil empeño había tenido consecuencias positivas inesperadas, pues contribuyó a que Europa abandonara las tinieblas góticas y se abriera al comercio y la industria.

En el siglo XIX la visión de las cruzadas cambió, motivada por el interés y admiración que mostraron el Romanticismo y el nacionalismo por la Edad Media. Los países europeos situaron el origen de sus naciones en este momento, por lo que se miró con mayor condescendencia la violencia y la intolerancia de la época medieval, al considerar estos siglos como la infancia de Europa, un periodo de ignorancia sin maldad real. En lo que respecta a las cruzadas, además de idealizar el mundo caballeresco que

supuestamente encarnaban estas campañas y olvidar las atrocidades que causaron, se les dio un barniz patriótico a los cruzados de cada país. Godofredo de Bouillón, conquistador de Jerusalén, se convirtió en héroe nacional de la recién creada Bélgica, necesitada de referentes ilustres. En Francia, el rey Luis Felipe (r. 1830-1848) encargó una Sala de las Cruzadas para el palacio de Versalles, con centenares de obras (Delacroix realizó un cuadro sobre la entrada en Constantinopla durante la Cuarta Cruzada, mucho menos conocido que La Libertad guiando al pueblo) que recordaban la tradicional implicación de los monarcas franceses en la lucha por Tierra Santa. Además, se incluían las listas de miles de familias cuyos antepasados habían participado en las cruzadas. Algunos individuos con carácter emprendedor vieron ahí una oportunidad de negocio y vendieron documentos falsos a nobles crédulos (o cínicos) que deseaban formar parte de tan prestigioso elenco (Tyerman, 1998: 111-118).

La imagen de estas campañas se tornó aún más positiva a finales de dicha centuria. La creación de imperios coloniales y la visión orientalista del mundo árabe hicieron que los europeos observaran las cruzadas bajo una nueva luz, interpretándolas de manera falaz como misiones civilizatorias o como prueba del carácter inexorable (y necesario) del expansionismo occidental. En España, antes de que Franco utilizara el término cruzada para legitimar su figura y al bando insurgente durante la Guerra Civil (1936-1939), la jerarquía católica ya había interpretado la guerra colonial en el norte de África en esos términos. En 1923, el propio Alfonso XIII (r. 1886-1931), quien había tenido una gran responsabilidad en el desastre de Annual (1921), mostró su voluntad de aparcar sus obligaciones regias para liderar una cruzada si el papa (Pío XI) la convocaba (Phillips, 2010: 399). Por esas mismas fechas, el monarca comenzó a producir, ayudado por el conde de Romanones (1863-1950), las primeras películas pornográficas filmadas en España, muestra de que sus inquietudes no se limitaban al ámbito religioso.

La memoria de las cruzadas estuvo muy presente durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918). En 1917, el general inglés Edmund Allenby (1861-1936) intentó evitar cualquier tipo de paralelismo histórico cuando conquistó Jerusalén, parte entonces del Imperio

otomano, y entró discretamente a pie en la Ciudad Santa. Sin embargo, la prensa británica tenía otros planes y adoptó un tono triunfalista, afirmando que se había cumplido al fin el sueño de Ricardo Corazón de León. Dos años después, una vez concluido el conflicto, Francia reclamó el mandato territorial de Siria, afirmando que tenía derechos históricos sobre la región. Aunque el emir Faisal, líder de la rebelión árabe contra los turcos y futuro rey de Iraq (r. 1921-1933), preguntó con sarcasmo al representante francés cuál de los dos había ganado las cruzadas, la demanda fue atendida (Tyerman, 2004: 30-32). El recuerdo de estas campañas continuó estando muy presente en los años inmediatamente posteriores a la Gran Guerra. Muchas de las esculturas, vidrieras y otros elementos decorativos que adornaban los miles de memoriales erigidos por todo el Reino Unido para recordar a los soldados caídos en el conflicto adoptaron una estética cruzada. Ante el sinsentido de la guerra, presentar a los muertos como luchadores por una causa noble contribuiría a reconfortar a sus seres queridos (Siberry, 2021: 196).

Al mismo tiempo, el término cruzada empezó a adquirir cierto sentido neutro en el mundo occidental a partir de las décadas centrales del siglo XX, referido a empeñarse de manera vehemente en una noble causa. Por ejemplo, el general Dwight D. Eisenhower, futuro presidente de Estados Unidos (1953-1961), tituló sus memorias sobre sus campañas de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) como Crusade in Europe. Las palabras, sin embargo, nunca son inocentes. La obra más famosa del escritor norteamericano Kurt Vonnegut, Matadero cinco (1969), se basa en su propia experiencia como soldado y prisionero de guerra durante el bombardeo aliado de Dresde (enero de 1945) y tiene como esclarecedor subtítulo La cruzada de los niños.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la perspectiva colonial de las cruzadas recibió numerosas críticas desde diferentes ámbitos. En el mundo académico, la célebre y popular obra de Runciman (1951, 1952 y 1954) sobre las cruzadas no tuvo tanta influencia como los estudios de Carl Erdmann (1898-1945). El historiador alemán, que murió en 1945 tras ser alistado forzosamente en el ejército nazi, no era un disidente del régimen, pero tampoco un entusiasta. Esta ambigüedad permitió que sus trabajos seminales sobre el papado y

el contexto intelectual y político en el que surgió la idea de cruzada no fueran proscritos al olvido y sirvieran de estímulo para una nueva generación de historiadores. En consecuencia, la visión materialista y antiimperialista de las cruzadas, muy influida por el marxismo, fue perdiendo terreno en las décadas siguientes frente a los estudios que se centraban en la Iglesia y en el discurso ideológico para explicar este fenómeno. En los últimos 60 años la investigación sobre las cruzadas ha crecido de manera espectacular, pero resulta evidente la preferencia por estas cuestiones de índole más cultural en el mundo académico angloparlante, el que domina la historiografía actual.

El Estado de Israel, desde el momento de su creación, en 1948, rechazó rotundamente que se estableciera cualquier comparación con el Reino de Jerusalén. La atracción de inmigración desde décadas anteriores y la integración con el paisaje a través de los kibutz (explotaciones agrícolas colectivas) se utilizaron como argumentos para mostrar que la población judía no era un elemento exógeno en la región. De manera paralela, los estudios históricos también han querido suavizar el modelo colonial de los Estados latinos de Ultramar, enfatizando su adaptación a la zona y su longevidad (Tyerman, 2011: 165-172 y 182-188).

En el mundo musulmán, desde finales del siglo XIX, se adoptó una visión colonial de las cruzadas, pero desde una perspectiva crítica. Así, estas campañas, aunque fracasaran, ya mostraban el deseo de Occidente de dominar política y económicamente a otros pueblos. El nacionalismo árabe, por tanto, alimentó esta interpretación a lo largo de todo el siglo XX, a la par que se producía el proceso de descolonización de Oriente Medio. En las últimas décadas, el islamismo radical ha sido el que ha abrazado esta interpretación. De esa manera, grupos terroristas como Al Qaeda, la organización liderada por Osama bin Laden (1957-2011) que cometió los atentados del 11-S en Estados Unidos en 2001, y el Estado Islámico (ISIS), que fundó un califato en partes de Siria e Iraq entre 2014 y 2019 (y aún sobrevive en zonas rurales), presentaron sus acciones como respuesta a la agresión occidental, que había empezado en el siglo XI y continuaba bajo nuevas formas en la actualidad. El presidente norteamericano George W. Bush (2001-2009) se refirió a la invasión estadounidense de Afganistán en respuesta al 11-S como

una “cruzada”. Aunque posteriormente se retractaría, sus desafortunadas declaraciones fueron utilizadas por el islamismo radical para reafirmar su visión (Knobler, 2021: 176). En cualquier caso, seguramente las poco decorosas y muy ineficaces intervenciones de Estados Unidos y sus aliados en tiempos recientes en Afganistán, Iraq, Siria o Libia contribuyen a alimentar más la idea de que el choque de civilizaciones entre Occidente y el mundo islámico resulta inevitable.

En la actualidad, no se puede ocultar la apropiación del término y la estética cruzada por la extrema derecha en los últimos años. Algunas de estas manifestaciones podrían considerarse hasta cierto punto “folclóricas”, como la costumbre de algunos aficionados ingleses de vestirse de cruzados para apoyar a la selección de fútbol masculina (lo que no se interpreta del mismo modo si tiene lugar durante la Euro de 2016, en Francia, que si se hace en el Mundial de Rusia, en 2018, y, sobre todo, en el de Catar, en 2022). Sin embargo, la mayoría tiene un componente racista y violento y refleja la islamofobia y el frontal rechazo a la inmigración, especialmente de personas musulmanas, por parte de estos colectivos. El término Deus vult, el mensaje lanzado por Urbano II en el Concilio de Clermont para recuperar Jerusalén, aparece de manera habitual en pintadas sobre mezquitas en Inglaterra y está muy presente en cualquier manifestación de la extrema derecha en Estados Unidos. La apropiación del término por grupos neonazis hizo que el popular videojuego Crusader Kings III (2020) dejara de utilizar la frase como eslogan. De manera aún más trágica, grupos terroristas cristianos de Estados Unidos adoptaron el nombre de cruzados, mientras que los autores de las horribles matanzas en Utoya (Noruega, 2011) y Christchurch (Nueva Zelanda, 2019) actuaron con una motivación similar. En el caso del segundo, el terrorista Brenton Tarrant escribió en sus armas nombres de víctimas de atentados islamistas o alusiones al cerco cruzado de Acre (1189-1191) y la batalla de Lepanto (1571), entre otros acontecimientos.

Desde el mismo momento de la conquista de Jerusalén (1099) se empezó a fraguar una historia y una memoria de las cruzadas. Por ello, en este libro se ha tratado no solo de explicar los procesos históricos y los acontecimientos, sino también cómo los contaron e

interpretaron los contemporáneos y los historiadores, y cómo han sido recordados. Futuras investigaciones matizarán y ampliarán nuestro conocimiento histórico sobre este tema a la vez que plantearán nuevas preguntas. Al mismo tiempo, la(s) memoria(s) de las cruzadas cambiará(n) en función del presente. La historia y la memoria no son hieráticas, pero se pueden alcanzar consensos más o menos duraderos. Para Runciman, las cruzadas fueron “un largo acto de intolerancia en nombre de Dios, que es pecado contra el Espíritu Santo” (Runciman, 1954: 480). La frase no refleja, ni mucho menos, toda la complejidad del fenómeno, pero, en esencia, resulta difícil de cuestionar. Además, es la cita más memorable con la que se ha terminado una obra sobre las cruzadas, por lo que parece aceptable tomarla prestada.

Mapas

Las cruzadas (siglos XI-XV)

Fuente: Rubén Cascado.

El Mediterráneo oriental y Oriente Medio durante las cruzadas

Fuente: Rubén Cascado.

Bibliografía

Abulafia, David (1988): Frederick II. A Medieval Emperor, Oxford, Oxford University Press.

Alvira Cabrer, Martín (ed.) (2021): Jean de Joinville. Vida de san Luis, Cáceres, Universidad de Extremadura.

Arias Guillén, Fernando (2012): Guerra y fortalecimiento del poder regio en Castilla. El reinado de Alfonso XI (1312-1350), Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Ministerio de Defensa.

Asbridge, Thomas (2019): Las cruzadas: una nueva historia de las guerras por Tierra Santa, Barcelona, Ático de los Libros.

Ayala Martínez, Carlos de (2004): Las Cruzadas, Madrid, Sílex.

— (2016): El pontificado en la Edad Media, Madrid, Síntesis.

Baldwin, Philip (2014): Pope Gregory X and the Crusades, Woodbridge, Boydell & Brewer.

Barber, Malcolm (2018): The Crusader States, New Haven y Londres, Yale University Press.

Bartlett, Robert (2003): La formación de Europa. Conquista, civilización y cambio cultural, 950-1350, Valencia, Universitat de València.

Bennett, Stephen (2021): Elite Participation in the Third Crusade, Woodbridge, Boydell Press.

Bombi, Barbara (2017): "The Fifth Crusade and the conversion of the Muslims", en E. J. Mylod et al. (eds.), The Fifth Crusade in Context. The Crusading Movement in the Early Thirteenth Century, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 68-91.

Cassidy-Welch, Megan (2016): “Remembering in the time of the Crusades: concepts and practices”, en Megan Cassidy-Welch (ed.), Remembering the Crusades and Crusading, Nueva York, Routledge, pp. 3-10.

— (2019): War and Memory at the Time of the Fifth Crusade, Philadelphia, Pennsylvania University Press.

Cobb, Paul (2014): The Race for Paradise. An Islamic History of the Crusades, Oxford, Oxford University Press.

Díaz Rolando, Emilio (ed.) (2016): Ana Comnena. La Alexíada, Barcelona, Ático de los Libros.

Dickson, Gary (2007): The Children’s Crusade. Medieval History, Modern Mythistory, Basingstoke, Palgrave MacMillan.

El-Azhari, Taef (2019): Queens, Eunuchs and Concubines in Islamic History, 661-1257, Edinburgh, Edinburgh University Press.

France, John (1994): Victory in the East. A military history of the First Crusade, Cambridge, Cambridge University Press.

Frankopan, Peter (2022): La Primera Cruzada. La llamada de Oriente, Barcelona, Crítica.

Freed, John (2016): Frederick Barbarossa: The Prince and the Myth, New Haven, Yale University Press.

Gaposchkin, Cecilia (2008): The Making of Saint Louis: Kingship, Sanctity and Crusade in the Later Middle Ages, Ithaca, Cornell University Press.

— (2017): Invisible Weapons. Liturgy and the Making of Crusade Ideology, Ithaca, Cornell University Press.

García Fitz, Francisco (2005): Las Navas de Tolosa, Madrid, Ariel.

Gillingham, John (1999): Richard I, New Haven, Yale University Press.

Goff, Jacques Le (2008): Saint Louis, Notre Dame, University of

Notre Dame (1ª ed., 1996).

Goudie, Kenneth (2019): Reinventing Jihād: Jihād Ideology from the Conquest of Jerusalem to the End of the Ayyūbids (c.492/1099-647/1249), Leiden, Brill.

Guardia Massó, Pedro (ed.) (1991): Geoffrey Chaucer. Cuentos de Canterbury, Madrid, Cátedra.

Hamilton, Bernard (2017): "The impact of Prester John on the Fifth Crusade", en E. J. Mylod et al. (eds.), op. cit., pp. 53-67.

Hernández, Francisco (1993): Las rentas del rey. Sociedad y fisco en el reino castellano del siglo XIII, Madrid, Centro de Estudios Ramón Areces.

Hillenbrand, Carole (1999): The Crusades: Islamic Perspectives, Edinburgh, Edinburgh University Press.

Hosler, John (2018): El sitio de Acre 1189-1191. Saladino, Ricardo Corazón de León y la batalla que decidió la Tercera Cruzada, Barcelona, Edhasa.

Housley, Nicholas (1986): The Avignon Papacy and the Crusades, 1305-1378, Oxford, Clarendon Press.

— (2017): "Introduction", en Norman Housley (ed.), The Crusade in the Fifteenth Century. Converging and Competing Cultures, Londres y Nueva York, Routledge, pp. 1-11.

Housley, Norman (2002): Religious Warfare in Europe, 1400-1536, Oxford, Oxford University Press.

Humphreys, Stephen (1997): From Saladin to the Mongols: The Ayyubids of Damascus, 1193-1260, Nueva York, State University of New York Press.

Knobler, Adam (2021): "Paradigms for Understanding Modern Crusading", en Kurt Villads Jensen y Nielsen Torbern Kjersgaard (eds.), The Crusades: History and Memory: Proceedings of the Ninth Conference of the Society for the Study of the Crusades and the Latin East, Odense, 27 June-1 July 2016. Volume 2, Turnhout,

Brepols, pp. 169-179.

Lock, Peter (2006): The Routledge Companion to the Crusades, Nueva York, Routledge.

Loud, Graham (2010): The Crusade of Frederick Barbarossa: The History of the Expedition of the Emperor Frederick and Related Texts, Londres y Nueva York, Routledge.

Lower, Michael (2005): The Barons' Crusade: A Call to Arms and Its Consequences, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.

— (2018): The Tunis Crusade of 1270. A Mediterranean History, Oxford, Oxford University Press.

May, Timothy (2018): The Mongol Empire, Edimburgo, Edinburgh University Press.

Morton, Nicholas (2019): The Crusader States and their Neighbours. A Military History, 1099-1187, Oxford, Oxford University Press.

— (2022): The Mongol Storm. Making and Breaking Empires in the Medieval Near East, Nueva York, Basic Books.

Murray, Alan (2017a): "Conclusion: transformations of crusading in the long fifteenth century", en Norman Housley (ed.), op. cit., pp. 206-210.

— (2017b): "The place of Egypt in the military strategy of the crusades, 1099-1221", en E. J. Mylod et al. (eds.), op. cit., pp. 117-131.

Nicholson, Helen (2001): The Knights Hospitaller, Woodbridge, Boydell.

— (2021): The Knights Templar, Leeds, Arc Humanities Press.

— (2022): Sybil, Queen of Jerusalem, 1186-1190, Londres y Nueva York, Routledge.

— (2023): Women and the Crusades, Oxford, Oxford University Press.

O'Callaghan, Joseph (2004): Reconquest and Crusade in Medieval Spain, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

— (2014): The Last Crusade in the West. Castile and the Conquest of Granada, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.

Palacios Ontalva, Santiago (2016): Cruzadas y órdenes militares en la Edad Media, Madrid, Síntesis.

Perry, Guy (2016): John of Brienne: King of Jerusalem, Emperor of Constantinople, c. 1175-1237, Cambridge, Cambridge University Press.

Petry, Carl (2022): The Mamluk Sultanate. A History, Cambridge, Cambridge University Press.

Phillips, Jonathan (2007): The Second Crusade. Extending the Frontiers of Christendom, New Haven, Yale University Press.

— (2010): Holy Warriors: A Modern History of the Crusades, Nueva York, Random House.

— (2021): Vida y leyenda del sultán Saladino, Barcelona, Ático de los Libros.

— (2022): La Cuarta Cruzada y el saqueo de Constantinopla, Barcelona, Ático de los Libros.

Powell, James (2010): Anatomy of a Crusade, 1213-1221, Filadelfia, University of Pennsylvania Press (1ª ed. 1986).

Riley-Smith, Jonathan (1997): The First Crusaders, 1095-1131, Cambridge, Cambridge University Press.

— (2003): The First Crusade and the Idea of Crusading, Londres, Continuum.

Rubin, Jonathan (2018): Learning in a Crusader City: Intellectual Activity and Intercultural Exchanges in Frankish Acre, 1191-1291, Cambridge, Cambridge University Press.

Runciman Steven (1951): A History of the Crusades. Volume I: The

First Crusade and the Foundation of the Kingdom of Jerusalem, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1952): A History of the Crusades. Volume II: The Kingdom of Jerusalem and the Frankish East, 1100-1187, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1954): A History of the Crusades. Volume III: The Kingdom of Acre and the Later Crusades, Cambridge, Cambridge University Press.

Sénac, Philippe y Laliena Corbera, Carlos (2020): 1064, Barbastro. Guerra santa y yihad en la España medieval, Madrid, Alianza.

Siberry, Elizabeth (2021): "Memorials to Crusaders: The Use of Crusade Imagery in British First World War Memorials", en Kurt Villads Jensen y Nielsen Torbern Kjersgaard (eds.), op. cit., pp. 181-197.

Smith, Thomas (2017): "The role of Pope Honorius III in the Fifth Crusade", en E. J. Mylod et al. (eds.), op. cit., pp. 15-26.

Spencer, Stephen (2019): Emotions in a Crusading a Context 1095-1291, Oxford, Oxford University Press.

Tibble, Steve (2018): The Crusader Armies 1099-1187, New Haven y Londres, Yale University Press.

— (2020): The Crusader Strategy. Defending the Holy Land 1099-1187, New Haven y Londres, Yale University Press.

Tyerman, Christopher (1998): The Invention of the Crusades, Nueva York, Palgrave MacMillan.

— (2004): Las cruzadas. Realidad y mito, Barcelona, Crítica.

— (2006): God's Wars. A New History of the Crusades, Londres, Belknap.

— (2011): The Debate on the Crusades, Mánchester, Manchester University Press.

— (ed.) (2012): Chronicles of the First Crusade (1096-1099), Londres, Penguin.

Wickham, Chris (2017): Europa en la Edad Media: una nueva interpretación, Barcelona, Crítica.